

GUILLERMO FELIU CRUZ

EMILIO VAISSE

(Omer Emeth)

(1860 - 1935)

Humanista, crítico literario y bibliógrafo.

La bibliografía general de Chile

ENSAYO



BIBLIOGRAFOS CHILENOS

Santiago de Chile

1969

GUILLERMO FELIU CRUZ

EMILIO VAISSE
(Omer Emeth)
(1860 - 1935)

*Humanista, crítico literario y bibliógrafo.
La bibliografía general de Chile*

ENSAYO



BIBLIOGRAFOS CHILENOS

Santiago de Chile
1969

*Para Alone, Hernán Díaz
Arrieta, brillante continua-
dor de Omer Emeth.*

Una personalidad subyugante. Lo que caracterizó en la segunda década del siglo xx la obra de Emilio Vaisse como periodista en la vida intelectual chilena, fue la crítica literaria. Todas las otras aptitudes y facultades eminentes del humanista, las obscureció el género en que fue un maestro con imperio incontrastable por espacio de mucho más de un cuarto de siglo (1906-1935). Desempeñó la crítica con un espíritu original. ¿En qué consistió esta originalidad? Desde luego, en el estilo, en su estilo, en uno muy personal. Hablaba en una lengua española ágil, movida, correcta, de raíz clásica. La suya era la francesa. Ese estilo era sencillo, fácil, claro, agradable, sugerente, chispeante, elegante, intencionado; surgía de él, de su brioso temperamento, sin esfuerzo, sin afectación, como lo más natural. Una sabiduría omnisciente en las culturas vernáculas, griega y latina y en casi todos los conocimientos del saber, hacía grata su lectura. De inmediato surgía el polígloto, dueño de lenguas antiguas —sánscrito y hebreo, griego y latín— y modernas. Revélase también el hombre de formación filosófica, el lógico, armado del método para disciplinar y organizar la inextinguible curiosidad intelectual que le dominaba y que había de convertirlo en diestro averiguador universal de toda clase de conocimientos. Se manifestó sensible a las emociones estéticas del arte en la poesía, en la prosa, en cualquiera manifestación de belleza, de la inteligencia y de la naturaleza. El formidable humanista había conformado el ideal de lo bello en la gracia, en la armonía, en la serenidad de su escuela griega y latina. Su espíritu galo le dio la vibración y agilidad para comprender las modernidades de los estilos y de la forma, al romper las formas clásicas, como consecuencia de los avances de la civilización occidental. Defendió esas transformaciones de la estética cuando ellas no vulneraban la armonía, la lógica, lo permanente del orden en la concepción, es decir, cuando no arrasaban con lo clásico, con la medida, con la proporción, como lo eterno en la belleza. De sus artículos fluían a raudales los ideales del humanista en el arte, en las letras,

en la filosofía, en las ciencias, en la religión suya, de una fe ardiente, viva y combativa, pero jamás intolerante para con las otras religiones. Todo eso era dicho con gracia y livianura. Lo mismo hizo al aplicar las concepciones generales de su ideología humanística a la literatura chilena, a la que orientó hacia lo único que, a su juicio, podía darle permanencia: hacia lo vernáculo de Chile. Sostuvo la doctrina del criollismo y le dio vida formando una escuela de criollistas. Señaló rumbos estéticos y definió el buen gusto en literatura. Contradijo escuelas novedosas y apoyó otras más audaces, porque reconocían la herencia, el legado de lo griego y latino. Hizo entender que una cultura tiene una tradición y no nace de las circunstancias de un impulso ni político ni social. Desde la tribuna en que habló durante treinta años, semanalmente, sin faltar jamás a ella, ejerció el magisterio de la crítica en el periodismo como un soberano. Tuvo la suerte de escribir en Santiago en el diario más antiguo de Chile y de la América española, con más difusión, *El Mercurio*. Hizo de la crítica literaria un género periodístico suyo, una creación periodística que institucionalizó en el diarismo. Ya lo había dicho: "El arte del periodista... consiste... en mezclar lo serio con lo ameno para que, merced a éste, aquél despierte el apetito de las gentes de estragado paladar. Hoy los grandes periodistas son precisamente aquellos que saben mezclar magistralmente "*le grave au doux*" y dosificar ora "*le plaisant*", ora "*le sévère*", según las exigencias del lugar y del tiempo". Fue lo que hizo Vaïsse. Con una raíz griega y otra hebraica formó el seudónimo que lo hizo famoso: Omer Emeth, yo digo la verdad, dos palabras que en sí denunciaban autoridad y... un algo de intransigencia, a la vez. Con todo el inmenso valor que en sus manos tuvo la crítica literaria como escuela de buen gusto, de orientación de las letras, de formulación de doctrinas estéticas, de señalización de los caminos que conducen al humanismo, de moral literaria, de indicación de la búsqueda de una literatura chilena típica de la vida nacional, Omer Emeth no es el fundador del género en Chile. El creó uno propio, singular, sui generis, que se une al de la tradición de estos estudios en Chile. Las inclinaciones preferentes de la inteligencia en el siglo xx fueron hacia la historia, la jurisprudencia y la crítica. Surgieron estas inclinaciones como consecuencia propia y natural del espíritu del chileno que buscó en las letras una satisfacción intelectual. En la Colonia, el género no prosperó en la literatura; pero se evidenció en la historia, hecha crónica todavía y en camino de llegar a serla con Pérez García y Carvallo Goyeneche; en la teología y en el derecho, con cultivadores constantes, entre éstos, algunos chilenos verdaderamente afortunados.

Los antecedentes de la crítica literaria en Chile. Por curioso y coincidente habrá de considerarse que la más lejana indicación sobre los orígenes de la crítica literaria en Chile independiente, deba ser referida al fundador del periodismo nacional, al fraile de la Buena Muerte, Camilo Henríquez (1769-1825),

quien desde las columnas del primer periódico impreso en el país, la *Aurora de Chile*, ejerce la crítica al comentar el día jueves 4 de marzo de 1813, en el número 8 del tomo II, con el título *Especies Finas*, la obra intitulada *Vindiciae contra Tiranos*, por Esteban Junio Bruto, año 1581. El comentario es muy breve y se reduce a una *Advertencia* en la que Henríquez escribe: “Esta es una de las obras más interesantes y raras del siglo XVI, por la valentía de las ideas y principios. Es la producción de un republicano, que habla de los principios como se hablaba en Roma después de la expulsión de los Tarquinos. Su fin es establecer un sistema contrario a todos los principios perniciosos, y a las máximas ponzoñosas de Maquiavelo”. Sigue el texto de la obra extractado por el traductor. Lo acomoda a su intención política, a su ideología revolucionaria. “La impostura y la adulación auxiliares de los intentos ambiciosos —traduce—, hicieron creer a los pueblos ignorantes e incautos que la autoridad de los príncipes no emanaba de la libre voluntad de los vasallos, y que, como si fuesen de una superior y particular naturaleza, habían sido puestos sobre los demás a manera de pastores sobre rebaños de brutos. Este error, indigno de la especie humana, está en contradicción con la naturaleza y con el testimonio de la historia”. Toda la argumentación del discurso, que se continúa en el número siguiente de la *Aurora*, es contra la monarquía, el monarca, el príncipe, la sucesión dinástica, origen y principio de la tiranía, de la esclavitud del hombre y de la conculcación nefanda de la libertad. Habría que comparar los textos de Junio Bruto con el que traduce Henríquez. ¿Traduce y extracta simplemente? Es evidente que siempre algo agrega de su cosecha con sentido crítico para la reafirmación del odio al príncipe. Peligrosamente, en estas primeras manifestaciones de la crítica literaria, todavía informe, la pasión política extraviará la objetividad del juicio. Son libros de carácter político, de un sentido doctrinal liberal, republicano, democrático, los que se buscan y comentan. Apenas si la bella literatura tiene significación. Pero importa mucho determinar quién es el escritor que hace la crítica: si es un político, no es posible sacarlo de su órbita; si es escritor, tiene tendencias humanistas; si su formación ha sido amplia, aunque escriba con sentido político, se complacerá en trabajar con ideas generales. Es el caso del escritor neogranadino Juan García del Río. Habíase educado en España y en Londres permanece algún tiempo, cuando tenía 20 años, como Secretario de la Legación de Colombia. En los comienzos de 1818 llega a Chile y desempeña el cargo de Oficial Mayor del Ministerio de Relaciones. Con él se inicia propiamente la crítica literaria en Chile. Desde las modestas columnas del periódico *El Telégrafo* (4 de mayo de 1819 - 2 de mayo de 1820, 75 números) da cuenta, con sentido de información, primero, del carácter de las obras que examina, para, en seguida, dar una opinión. Todas estas críticas son brevísimas, son simples notas y de preferencia los autores y el idioma son franceses. Dumarsais, Juan Ginés de Sepúlveda, el contradictor del Padre Bartolomé de las Casas, el Barón de Holbach, J. Barlow,

escritor norteamericano, Philibert, Mongin, Scherer y Tonlongeon, son los escritores comentados. García del Río se detuvo especialmente en el poeta norteamericano J. Barlow, autor de *La Colombiada* y en J. B. Scherer, que escribió unas *Indagaciones históricas y geográficas sobre el Nuevo Mundo*. A medida que se consolidan las instituciones republicanas, aunque el clima lo nutre la inquietud política en una lucha ardiente por la organización del Estado, según las concepciones ideológicas, el cultivo del espíritu encuentra oportunidad para hacerse sentir principalmente en la enseñanza y también en las letras. La crítica literaria tiene quienes la ejerzan: en el *Patriota Chileno* (1825) el español Juan Francisco Zegers la hace para el teatro en el género dramático. José Joaquín de Mora, también español, habla de libros y plantea problemas sobre el buen decir en *El Mercurio Chileno* (1828). En *La Clave* (1828), el joven chileno Melchor José de Ramos, cultísimo agitador de un periodismo ágil y novedoso, maneja con desenfado la crítica al comentar libros y señalar rumbos y orientaciones. Con menos amplitud, pero con honrado sentido de la misión del crítico, Ramón Rengifo desde el periódico *La Opinión* (1830), del cual es fundador, se revela como un buen oficiante. A medida que *El Mercurio* de Valparaíso, fundado en 1827, se desenvuelve como empresa comercial, incorpora las letras, la literatura, en sus columnas y la crítica ocupa un lugar cuando ella es ejercida por los redactores Miguel Piñeiro, Juan García del Río, Juan Carlos Gómez, Juan Bautista Alberdi, Domingo F. Sarmiento, Vicente F. López, argentinos casi todos. Desde 1830, con la fundación del periódico oficial *El Araucano*, cuya redacción científica y literaria el Gobierno confía a Andrés Bello, el caraqueño inicia su magisterio intelectual y funda prácticamente como institución la crítica literaria periodística cuya continuidad debía seguir con un estilo mucho más movido, con igual sapiencia en las humanidades clásicas, Omer Emeth. Ningún periódico, diario y revista de importancia que se edite en Chile de carácter literario, se excusará de hacer crítica en sus páginas. Al producirse la eclosión del movimiento literario de 1842, aparecen como críticos del *Semanario* (1842), el órgano de ese movimiento, Francisco Bello, Salvador Sanfuentes y José Joaquín Vallejo (*Jotabeche*). Francisco de Paula Matta, Hermógenes de Irisarri, José Victorino Lastarria, son los críticos de la *Revista de Santiago* (1848). En las publicaciones que en seguida surgen en Chile, aparecen los nombres de los hermanos Amunátegui, Diego Barros Arana, Manuel Antonio Matta, Joaquín Blest Gana, Guillermo Matta, los hermanos Arteaga Alemparte, Marcial González, Manuel Blanco Cuartín, Rómulo Mandiola, Zorobabel Rodríguez, Eduardo de la Barra, Pedro N. Cruz, Ventura Blanco Viel, Juan Agustín Barriga, Julio Bañados Espinosa, Augusto Orrego Luco, Enrique del Solar, Vicente Aguirre Vargas, Benjamín Dávila Larraín y José Toribio Medina. Es posible que en esta enumeración falten muchos nombres. Desde luego, se han omitido muchos de extranjeros. Pero así y todo, hay algo que puede establecerse. Son las tendencias de las escuelas

en que se dividieron los críticos y que se pueden agrupar en dos. La romántica, se manifestó en los diarios, periódicos y revistas liberales. Los títulos de esas publicaciones son los que siguen: *Anales de la Universidad de Chile* (1842...); *El Semanario* (1842); *La Revista de Valparaíso* (1842); el *Museo de Ambas Américas* (1842); *El Crepúsculo* (1843); la *Revista de Santiago* (1848-1851-1853); la *Revista de Ciencias y Letras* (1857); la *Revista del Norte* (1859); la *Revista del Pacífico* (1858); *La Semana* (1859); la *Revista de Sud-América* (1860); *El Correo del Domingo* (1862); *Revista Literaria Ilustrada* (1865); *Revista de Santiago* (1872); *Revista de Valparaíso* (1873); *Revista Chilena* (1875); *La Revista Literaria* (1878); *La Lectura* (1884); *Revista del Progreso* (1889); *La Revista de Chile* (1898); *La Revista Nueva* (1900). La escuela neoclásica, se congregó en las publicaciones periódicas de filiación política conservadora, como la *Revista Católica* (1842-1843 y 1874); *La Estrella de Chile* (1867) y la *Revista de Artes y Letras* (1884-1890). Cuando Emilio Vaisse se inicia como crítico literario en el diario de Santiago *El Mercurio*, en 1906, dedicábanse a la crítica Pedro N. Cruz, Carlos Silva Vildósola, el presbítero Juan Salas Errázuriz, Nicolás Peña Munizaga, Eleodoro Astorquiza, Julio Vicuña Cifuentes y Misael Correa Pastene.

Los antecedentes de Vaisse antes de llegar a Chile. Por humildad o por soberbia —el límite es imperceptible— Emilio Vaisse esquivó ferozmente referirse a su vida. “Prohibo —dijo en su testamento— que nadie pueda... tomar conocimiento de mis manuscritos, cartas, archivo y, en general, papeles manuscritos que se encuentren en mi escritorio. Esto regiré para todos los casos y prohibo se admita como excusa, el pretexto de preparar una biografía mía”. En forma terminante había dispuesto, además, en ese documento: “Todos mis manuscritos serán quemados y prohibo que ninguno de ellos se conserve y publique”. Ignoramos, o por lo menos no nos son claros por estas limitaciones impuestas por Vaisse, el conocimiento de algunas etapas de su vida. Muchos pormenores de ella no podemos fijarlos con seguridad; por ejemplo, la cronología de su existencia en la tierra natal para seguir los estudios. Casi nada sabemos ni de sus padres, ni de su infancia, ni de la adolescencia. Las motivaciones de la vocación eclesiástica, o si el sacerdocio le fue impuesto en razón de una tradición familiar, son interrogantes sin respuesta. Vaisse nació en el departamento de Tarn, en el Languedoc, en la ciudad de Castres sur l’Agout, el día 30 de diciembre de 1860. Fue bautizado ese mismo día en la Parroquia de Saint Jacques. Jean Vaisse, su padre, desempeñaba las funciones de maestro, *instituteur*, de la Escuela Parroquial de Saint Jacques. La madre, la señora Houles, seguramente hacendosa, trabajadora e inspirada en el santo temor de Dios, fortalecía aquel modesto hogar con su alegría y bondad para sobrellevar las responsabilidades de su condición de esposa y madre. Al Seminario de Castres entró apenas le fue posible, y sabemos que en 1880, a los 20 años, era un mi-

norista cuyos estudios recién terminaban. En el Seminario de Albi cumplió con las disciplinas teológicas y pudo ampliar, al igual como lo había hecho en Castres, donde los había comenzado, los estudios de las humanidades clásicas griegas y latinas. Pero Vaisse por esta época sintió el llamado de su vocación misional. Misteriosamente habíasela inspirado la admiración que sentía hacia San Vicente de Paul. En su servicio, renunció a la vida y así el 1º de junio de 1880 entró al Seminario de los Padres Lazaristas de París. Tenía 20 años. Los primeros votos los pronunció el 2 de junio de 1882. Aquí aprendió cánones y teología; amplió el conocimiento del griego y del hebreo; se familiarizó con la liturgia y las ciencias, que entonces tan severamente se exigían para obtener el presbiteriado. En enero de 1884, se le envió al Berceau de San Vicente de Paul, en la región de Landes, en la diócesis de Dax, para ordenarse sacerdote el 7 de junio de ese año. En las largas y penosas jornadas de estudio en los Seminarios de Castres y de Albí, Vaisse sintió predilección por las letras y las ciencias. Fue un buen teólogo y filósofo; se reveló con capacidad excepcional para el aprendizaje de las lenguas muertas y vivas; descolló en el estudio de la historia; demostró interés por las ciencias físicas y matemáticas y predilección por las ciencias naturales. Todos los ramos que la exigencia del sacerdocio le impuso con la severidad más inexorable, la poderosa capacidad intelectual de Vaisse los ganó con distinciones. Descubrió para el estudio una inteligencia ágil, rápida, comprensiva, relacionadora, y una imaginación brillante, plástica, creadora. Le ayudaba una memoria potente y fidelísima. El seminarista conquistó en las aulas la disciplina intelectual y también esa otra poderosa para renunciar sin ningún dolor al goce de las cosas y de los bienes materiales. Aprendió a satisfacer las exigencias de su espíritu inquieto en la búsqueda de la belleza, a la que era sensible en las letras, en las ciencias. Al fin, los Seminarios de Castres y de Albí habían formado, más allá de las restricciones que se pedían para recibir el presbiteriado, un perfecto humanista. Sus maestros diéronse cuenta de ello, y el recién ungido sacerdote recibió la distinción de hacerse cargo de las clases de filosofía, hebreo, griego y latín en el Seminario Diocesano de Chalons sur Marne, dirigido por los lazaristas. Dos años ejerció el magisterio. Su afición a enseñar no se curó jamás. Tomó las más diversas formas: enseñó como escritor; lo hizo en sus averiguaciones universales, absorbiendo respuestas; dando conferencias; conversando y, en la cátedra misma, como profesor en dos establecimientos de enseñanza secundaria y como tal también de cursos libres en una universidad particular.

Misión frustrada. Aprendizaje del idioma español. El magisterio en el Seminario de Chalons sur Maine terminó por haberle confiado los superiores otra tarea específicamente concordante con su sacerdocio, eminentemente misional. Fue destinado al Levante, pero el azar de la suerte cruzó la decisión de la autoridad lazarista. Uno de los sacerdotes que había sido destinado para Chile

enfermó grave y repentinamente, y Vaisse sustituyó a su compañero. En septiembre de 1886, se le notificó del viaje que debía emprender a un país donde los padres lazaristas tenían una casa y eran demasiado escasos. Se encontraban muy recargados de trabajos misionales y debían atender a las Hermanas de la Caridad en los hospitales, los hospicios y los orfanatos, al decir de un biógrafo de Vaisse. En los primeros días de octubre de 1886, el joven Vaisse, de 25 años de edad, lleno de vida y de ilusiones en su fe, sabio y prudente, se embarcaba en el puerto del Havre, en el paquebote *Atlantique*, con destino a Chile. Un viaje de una duración de 45 días, con arribadas en Río de Janeiro y Buenos Aires, empleó en el trayecto. En la línea del trópico saboreó las frutas de la región. Disciplinado en sus conocimientos filológicos y lingüísticos, se propuso en ese viaje de 45 días formar idea de la lengua del país a que se le destinaba. El español lo aprendió solo y bien, quedándole en la pronunciación la nasalidad francesa que después desapareció. Logró hablarlo y predicó en Santiago en el verbo de Cervantes. ¿Cómo hizo el aprendizaje? El mismo Vaisse lo ha recordado. “En llegando a Santiago a mediados de noviembre de 1886 —nos dice— hube de estudiar el castellano, de cuyos elementos sólo poseía entonces lo que puede aprenderse en un viaje de mes y medio entre el Havre y Valparaíso. Tarea ruda. Empecé por donde se debe: por el abecedario. Pasé un mes deletreando como un peneca, y cuando supe, a medias, pronunciar la jota y me hube deshecho de algunas nasalidades francesas, mi profesor me entregó la gramática de don Andrés Bello. La leí de punta a cabo en una semana: para un francés de lengua de oc que, además, había estudiado latín, griego y lógica, esa lectura fue relativamente fácil, pero, debo confesarlo, salí de ella con el cerebro revuelto, mareado, nebuloso. Volví a leerla lentamente y con el sincero deseo de asimilarla. Imposible. Las casillas de un cerebro formadas en el estudio del francés, del latín y del griego rechazaron esa enseñanza. Fuerza fue abandonar a don Andrés y refugiarme en Salvá. Salvá me salvó. Sin él (y sin la gramática franco-española de Pascual Hernández, publicada por Hachette en la colección “Sommer”) estaba yo perdido: nunca aprendería castellano”.

Las primeras referencias a Chile. La superioridad de la comunidad lazarista de París simplemente destinó a Chile a Emilio Vaisse y ni siquiera, de acuerdo con las reglas de la comunidad, lo consultó. La cristiana faena de la orden también así lo requería frente a las necesidades. ¿Qué sabía Vaisse de Chile? ¿Había oído hablar de esta tierra ultramontana? Entre los 12 y 14 años en sus oídos había sonado el nombre del país a que se le destinaba. Su imaginación, ante ciertos nombres geográficos, los había envuelto en ensueños evocadores y el país le despertó desde esa tierna edad una viva curiosidad. “¿Cómo y cuándo le conocí yo? No recuerdo la fecha exacta en que la geografía del abate Drioux —dirá 33 años más tarde, en 1919— me reveló su existencia, pero debió

aquello suceder por 1872 - 1874. Los datos que se hallaban en aquel pobrísimos manual eran pocos, ¡pero cuán sugestivos...! *Valparaíso*: recuerdo la impresión poética que ese hermoso nombre dejó en mi memoria: *la Vallée du Paradis*. Para mí, en ese entonces, no había nombre más hermoso en toda la geografía. Recuerdo también que otros dos nombres (*Copiapó* y *Curicó*), me parecieron más que extraños, exóticos... *Curicó*, sobre todo, me hacía pensar en Jericó... Merced al abate Drioux, llegué casi al fin de mis estudios de humanidades sabiendo que allá, en el extremo sur de la América, hay un país llamado *Chili* (¡curioso nombre!, pensaba yo), donde hay un "Valle del Paraíso", un Edén sin duda, con un ferrocarril que va desde Calderá (¡así acentuaba yo entonces!) hasta Copiapó y que en ese país viven (o vivían) tres millones de habitantes. ¿Era poca mi conciencia? Pero no terminé mis humanidades sin acrecentar ese caudal de noticias. Olvidado en la sala de billar del Colegio, hallé un número de *Le Correspondant*, ajado, sin cubierta, listo para ser barrido. Ya en esos tiempos, era yo gran coleccionista de libros, folletos y números sueltos de diarios. Cuanto más viejos éstos, tanto más me agradaban y su aspecto pobre y descuidado no era para arredrarme. Llevé, pues (y no sé si robado), aquel número de *Le Correspondant* y allí leí el relato más espeluznante de todos los que he visto en mi larga vida. Leí *El Incendio de la Compañía*. Lo leí con lágrimas en los ojos; lo hice leer en mi casa y en la vecindad y puede creérmelo el lector: desde entonces Chile existió para mí. Cuanto a él se refería, atraía inmediatamente mi atención. Ese nombre bastaba por sí solo para evocar en mi mente al "Valle del Paraíso" y, a la vez, la pira, la horrenda pira de la Compañía. ¿Quién me hubiera dicho entonces que, andando el tiempo, sería yo teniente cura del Canónigo señor Villalobos en Valparaíso, y más tarde, miraría a cada momento, desde la ventana de mi escritorio en la Biblioteca Nacional de Chile, las palmeras del jardín del Congreso que agitan sus largas ramas en el sitio mismo en que tanta mujer hermosa, desgraciada y buena pereció quemada y alargando inútilmente sus brazos hacia un salvador que no vino a librarla? Más tarde completé mis datos sobre Chile antiguo leyendo cuanto hay sobre él en la *Historia de los Viajes*. Pero sobre Chile moderno, sobre Chile en 1873 y años posteriores, nada aprendí. ¿Por qué? La explicación es sencilla: porque ni en los diarios ni en las revistas que caían en mis manos, jamás se hablaba de Chile. No era mía la culpa. Andando el tiempo, tocóme venir a Chile y entonces quise documentarme sobre el país en que, según un pronóstico que se ha cumplido, iba a radicarme para el resto de mis días. Todo lo que pude hallar fue un artículo escrito por Cochut en una enciclopedia cuyo título exacto no recuerdo y la *Historia de la Guerra del Pacífico*, por Barros Arana".

En Chile. El 15 de noviembre de 1886, desembarcaba Vaisse en ese *vallée du Paradis*, que tanto había idealizado su imaginación. No conocemos sus impre-

siones acerca de la ciudad porteña. Pero muchos años más tarde dijo de ella: "El terremoto de 1906 la heroseó como ciudad, pero antes tenía el encanto y el misterio de los puertos franceses del Mediterráneo con sus cerros poblados y las calles estrechas con hermosos edificios". Al viajero le esperaba en el muelle el Padre Visitador Justino Delaunay. Se hospedó en el Convento de los Padres Franceses en el puerto, donde permaneció muy pocos días. Urgía estar en Santiago. Oigamos al propio Vaisse. "Llegué a la capital a fines de 1886. El primer consejo que recibí del P. Justino Delaunay, mi superior, fue el siguiente: "Leyendo diarios y oyendo conversaciones de clérigos o de seglares católicos, no tardará Ud. en formarse una idea, probablemente errónea, acerca de la controversia que agita actualmente al clero chileno. Sea cual fuere la conclusión a que usted llegue, no la comunique a nadie fuera de su casa y, aun entre nosotros, cuando haya gente de fuera, sea usted parco en opinar. Hay soplones en todas partes...". Y en otra parte dice: "Los consejos del P. Delaunay no cayeron en oído de sordo. Eran tanto más oportunos cuanto que no se hablaba de otra cosa. Todo clérigo chileno o extranjero estaba obligado a declararse taforista o larrainista o, una vez descartada la candidatura del señor Taforó, a optar entre el Vicario Capitular Ilmo. señor Larraín Gandarillas y el señor don Mariano Casanova. No era aceptada una respuesta dilatoria. Si, recién llegado, contestaba yo que aún no había conseguido formarme una opinión personal, se me observaba que un clérigo o un religioso decente no podía ser sino larrainista. ¡Qué época, qué tiranía...! Ciertas miradas de sectarios, que entonces y por primera vez vi, resucitan en mi memoria. Nunca parecióme más clara la verdad del dicho de Tácito... es propio del corazón humano odiar al que hemos ofendido. Para calumniar a destajo a Taforó o a Casanova bastaba haber lanzado o acogido una sola vez una calumnia en su contra. Gentes que por su profesión, su empleo, su situación, estaban obligadas a hablar con prudencia y caridad, no reparaban en calumniar o en propagar calumnias. ¡Qué época más escandalosa! Pero lo que más me repugnaba era que se calumniara por amor a Dios y a la Iglesia". Para Vaisse ese estado espiritual de las conciencias creyentes era "todo un paisaje, toda una atmósfera".

En Santiago, Vaisse fue a residir en el convento de los lazaristas, situado en Alameda entre las calles Dieciocho y Castro. Formaban entonces parte de la Orden 5 franceses, 1 italiano y 1 español. Los franceses eran el Superior Justino Delaunay, Antonio Corgé, José Kemen y Augusto Solacroup; el italiano, el sacerdote Juan Maresca y el español un religioso llamado Ricardo Durán Infante. Pero cuando Vaisse llegó hasta esa casa, sólo se encontraban en la capital el P. Delaunay y el P. Corgé, y su permanencia en ella sería apenas de dos meses, pues, como los otros miembros de la comunidad, debía salir fuera de la capital para atender graves situaciones producidas por una epidemia que costaría muchas vidas. Efectivamente, el 25 de diciembre de 1886, en una vi-

lla de la provincia de Aconcagua, en la de Santa María, produjéronse casos de cólera. Desde Mendoza se había propagado a esa región y luego pasado a Valparaíso, de donde se extendió a Santiago, en enero de 1887, a mediados de ese mes. Anticipándose a lo que pudiera ocurrir, en una fecha un poco anterior a la indicada, el Padre Delaunay había dado a conocer al Intendente de la capital un remedio anticolérico, el licor de Tardieu, que con éxito habíase usado en París en 1858 en el curso de la epidemia que azotó la ciudad. La fórmula de ese remedio ha sido conocida por todas las generaciones que se han sucedido después y hasta en nuestros días se pide en las farmacias el famoso licor del Padre Delaunay. La epidemia, entretanto, amenazaba hasta Chillán y el 22 de enero de 1887, a Vaisse se le enviaba al centro misional de la ciudad para auxiliar a las Hermanas de la Caridad. Un año permanecerá en la tierra de O'Higgins. Anota el doctor Laval un hecho curioso. Dice que "en marzo de 1887, el cólera dominaba en Talca y en mayo en Concepción, especialmente en el departamento de Coelemu; Ñuble, provincia intermedia entre los dos focos, con regímenes hidrológicos análogos, se encontraba indemne, pero al fin cayó el azote". En la región se le esperaba y se tomaban todas las medidas para conjurar los efectos del flagelo. Vaisse comprende las exigencias a que lo somete su misión y no se da descanso en las medidas de prevención. "Es incansable, es inteligente —dice Laval—. Llegado a Chillán, entra en contacto con los doctores don Luis Espejo y don Luis Emilio Jarpa, quienes habían tomado a su cargo combatir la epidemia: sugiere medidas preventivas prácticas, contribuye a organizar los servicios asistenciales y de modo especial a rehabilitar el antiguo Lazareto de variolosos ubicado próximo a la línea férrea; busca y logra donaciones suficientes para instalar dos ambulancias y llega hasta Concepción, donde contrae una gastroenteritis aguda, que hace temer a sus médicos que fuese cólera. La violenta deshidratación lo obliga a internarse por algunos días en el Hospital de Talcahuano. Los primeros casos de la epidemia se presentan en Chillán en la segunda quincena de agosto; son escasos, pero de septiembre a noviembre se produce un alza violenta y el cólera adquiere caracteres de extrema gravedad. La epidemia empezó a ceder en febrero de 1888 para concluir en el mes siguiente. En lapso tan corto se presentan 1.602 enfermos y fallecen 823; la mortalidad alcanza al 51,37% de los atacados. En el Lazareto trabaja otro sacerdote, el Padre Benito Maillard, enviado para aliviar la dura tarea que soporta don Emilio. Este distribuye su tiempo entre las dos ambulancias y el Hospital de San Juan de Dios; acude al auxilio espiritual y material de los enfermos en la ciudad y en los campos vecinos, pero el quehacer agotador de todos los días es incapaz de rendir su juvenil resistencia física y su extraordinario celo apostólico".

El sentimiento profundo de la caridad fue en Vaisse una de las virtudes más bellas, espontáneas y generosas de su corazón. Si no hubiese sido un creyente de su religión, el mismo sentimiento lo habría abrigado con igual fuer-

za. El espíritu religioso lo embellecía, lo dignificaba, pero era espontáneo, natural, immanente en la esencia de su ser. La caridad lo hizo modesto, pero intelectualmente soberbio. Recién llegado a Chile, animado del deseo de servir, emprendedor, porque aun todavía anciano lo distinguió la actividad, su alma compasiva debió estremecerse ante el desamparo de las poblaciones sureñas en materia de higiene y salubridad públicas, así en las clases acomodadas como mayormente en las menesterosas. La misma higiene privada acusaba la primitividad de los hábitos. Vaisse rindió como lazarista toda su voluntad —y fue heroica ciertamente— en la atención física y espiritual de los enfermos. Cuando, al regresar a Francia, el país le manifestó sus agradecimientos por los bienes culturales que dejaba en Chile, no se recordó esta jornada anónima de su obra de enfermero del alma y del cuerpo; no se dijo nada del sacerdote bueno, puro y bondadoso que expuso la existencia en la lucha contra la terrible epidemia y que, al fin, de ella salió con la salud quebrantada. Nosotros, que tan cerca estuvimos de Vaisse, nunca le oímos hablar de esta etapa de su vida. ¿Carecía de importancia para él? No. En su cuenta figuraba sencillamente la satisfacción de haber cumplido con el servicio de Dios, con el semejante y la propia responsabilidad personal de su condición de ser humano.

Viaje al Perú. No como un premio a la conducta ejemplar del lazarista, pero acaso para distraerlo de aquellas penosas faenas, el Padre Delaunay quiso restituirlo a sus goces intelectuales, enviándolo a Trujillo. Chile y el Perú formaban una provincia lazarista para la orden. En la ciudad trujillana, existía el Seminario diocesano y Vaisse fue destinado el 16 de abril de 1888 para enseñar en sus aulas las cátedras de Teología Dogmática y Moral. Poco tiempo permaneció allí. Habíase propuesto secularizar. Al Padre Fiat, que ejercía el cargo de Superior General de los Lazaristas, le solicitó la secularización. Ella le fue acordada en sesión del Consejo de la Congregación en París el 13 de noviembre de 1888, pero siguió, sin embargo, amando a la Orden en que pasó la adolescencia y la juventud. Y cuando comprendió que se acercaba el viaje sin remisión, un padre lazarista le brindó los auxilios de la extremaunción. En 1920, hizo el balance de lo que debía a su Orden: “Si algo he aprovechado en los 8 lustros de mi estada en Chile, a los hijos de San Vicente de Paul lo debo —dijo— y, al declararlo públicamente, cumpla no sólo con una obligación de gratitud, sino también con un deber de estricta justicia”.

Otra vez en Chile: San Pedro de Atacama. Volvió a Chile. ¿Qué hacer? El Arzobispo de Santiago, Mariano Casanova, hombre de mundo, intelectual como él, de fe reflexiva, que sabía de las ingratitudes y en quien la calumnia de una parte de la clergaya había lanzado el veneno, debió comprender el paso dado por aquel hombre que no alcanzaba a los 30 años todavía, pero en cuya mirada inteligente, limpia, penetrante, se adivinaba antes que nada la franque-

za de un espíritu. La entrevista de ambos debió tener lugar a comienzos del año de 1889, porque en marzo se le nombraba Vicepárroco de la Iglesia del Espíritu Santo de Valparaíso. Era el párroco un sacerdote llamado Cristóbal Villalobos. Luego enfermó. Desgraciadamente, el abuso del tabaco impidió a Vaisse permanecer por mucho tiempo en la Parroquia del Espíritu Santo. Comenzó a mortificarle una bronquitis que con el tiempo se fue agudizando y tomó los caracteres de crónica. Se enflaqueció. El mal pareció una tuberculosis pulmonar. Sus buenos amigos los doctores José Grossi y Enrique Deformes, no consiguieron convencerlo de que su dolencia era bronquitis. Resuelto a combatir su enfermedad, buscó reposo en un clima de altura y nada le pareció mejor que el de San Pedro de Atacama. Se dirigió entonces al Vicario Apostólico de Antofagasta, Luis Silva Lezaeta, más tarde Obispo, en demanda de una parroquia en esa región, quien le ofreció la de aquel lejano pueblo. En diciembre de 1889, Vaisse partía a ejercer el apostolado, en la extensión enorme de su gobernación espiritual, desde San Pedro a Telemonte, en la banda oriental del Salar de Atacama. A lomo de mula, caminando por el desierto, cumplió con gusto, con placer, el ministerio que, en divina armonía, ejercía el hombre de nobles sentimientos con los que al sacerdote le imponían sus deberes. La población de la parroquia alcanzaba por entonces a 1.500 almas. Era en su casi totalidad de indígenas que hablaba la lengua cunza. La aldea, el caserío asentado entre los cauces de los ríos Vilama y Atacama, hacia la orilla oriental del primero, constaba en 1899 de 334 habitantes. Dos calles largas, que cortaban otras cortas para formar manzanas, casi siempre regulares, constituían la villa. Hacia el extremo oriental estaba la plaza que era el centro de la actividad de sus moradores. La Oficina del Correo y Telégrafo, la del Registro Civil, una escuela pública gratuita, la administración de justicia y el servicio de policía, eran los nervios que ordenaban y coordinaban la vida ciudadana, cuyos habitantes vivían en casas modestas.

Ardiente el clima en el día y frío, heladísimo, en la noche. La altura sobre el mar alcanza allí a 2.436 metros. Esa altura y esa sequedad del clima, era la que buscaba Vaisse para su imaginaria dolencia al pulmón. El culto sacerdote, el conversador inagotable, el hombre que necesitaba cambiar ideas para calmar su inquietante curiosidad intelectual, se había desterrado al mundo de la soledad. ¿Con quién dialogar? ¿Qué iba a aprehender entre esos indígenas cunzas y los palurdos habitantes blancos, salvo una que otra excepción? Buscaba la salud a un precio muy alto para su espíritu en esas regiones desoladas. “Llené mis ojos —dijo él mismo— de sus esplendores y de sus horrores; su magnificencia colosal y su tristeza abrumadora, el eterno quejido del viento en las cumbres, la desolación infinita que mana de ella a pesar del infinito derroche de color y de fuerza. Todo esto lo conservo en mi memoria”. Vaisse habría de sacar provecho de ese mundo desértico para su formación intelectual, para el ejercicio de su ministerio sacerdotal y para sus observaciones de la naturaleza.

El biógrafo de Vaisse nunca acabará de admirar la curiosidad sin valla que lo dominaba. Cuando supo que el Vicario Apostólico lo destinaba a la parroquia de San Pedro para encontrar allí la recuperación de su mal, sintióse feliz. ¿Por qué? El solitario del desierto buscó luego compañía en su amiga la Naturaleza, que, bella y esplendente, la había gozado en su tierra nativa del Languedoc. En Chillán, la contempló a la distancia, sin disfrutarla. Era otra naturaleza en sus asperezas primitivas. Bajo nuevas formas, a su vez, captó la del Perú, en Trujillo. Ahora le tocaba sentir la naturaleza en la región cordillerana andina norteña. Es el paisaje el que va a impresionarle: desértico en una extensa latitud, en otra lo verá fértil con tierras generosas para el cultivo del trigo, del maíz, la alfalfa y algunos árboles frutales. El alma de Vaisse sentirá la naturaleza en los fundos comarcanos del Conde-Duque, Beter, Catarpe, Cayo, Cúcuter, Poconchi, Solcor, Solor, Vilama y Yape. En ellos observa los métodos agrícolas cuando los recorre y va misionando. El contacto con la naturaleza y la visión de un paisaje nuevo, le darán una eterna y permanente compañía. Tendrá otra muy importante. Desde lo más íntimo de Vaisse brotaban ansiosamente, como en una especie de contradicción con su altanera superioridad intelectual, los dones infinitos de sus sentimientos caritativos, de piedad por el sufrimiento, de compasión por los dolores morales, de amor por los descarriados síquicos, o arrastrados a los vicios por la debilidad de la voluntad. Al sacerdocio había llegado impulsado por estas virtudes para ofrecerlas al servicio de Dios en homenaje al fundador de la orden lazarista. Enseñando las ciencias de Dios y las del espíritu en el Seminario de Trujillo, ¿captó Vaisse la horrible tragedia del indio en la sierra del que había sido el antiguo Virreinato? ¿Vio en la vieja ciudad trujillana la condición de los pobres, de los desamparados, no ya de los que no poseían bienes materiales, sino de aquellos que, teniéndolos, carecían de la riqueza de dar? Vaisse llegó a San Pedro de Atacama a salvar almas y le pareció un deber filantrópico elevar la condición moral de los indios cunzas adoctrinándolos en la enseñanza del Salvador. ¡Qué distancias no recorrió tras este noble fin! Todavía en San Pedro de Atacama se conservaba hacia 1955 el recuerdo de Vaisse como párroco. Marina Yutronic Cruz, hija de la región, lo ha evocado orgullosa por el hombre eminente que ejerció allí el ministerio sacerdotal antes de su fama, pero más especialmente por la obra que llevó a cabo en la redención de las almas, instruyéndolas en una fe de amor, de dulzura y de sacrificio. Las almas superiores necesitan dar los bienes espirituales que poseen y Vaisse dio el consuelo de su fe y también la infinita de su sentimiento de compasión "... como si quisiera imitar a los sabios de otros tiempos que se retiraban a los lugares solitarios, donde nadie ni nada podía turbar la visión del infinito, don Emilio hizo sus largos ejercicios de preparación para la jornada que debería vivir en Chile", escribe Marina Yutronic Cruz. Fue en San Pedro de Atacama donde profundizó a los clásicos, gustó de la literatura moderna y penetró en el secreto de las

lenguas muertas, buscando en ellas el de las modernas. Empezó a redactar un diccionario latino-hebraico, destinado a facilitar el aprendizaje de la lengua bíblica y, en colaboración con don Felipe Hoyos y don Aníbal Echeverría y Reyes, compuso un glosario de la lengua atacameña o cunza. Esta tarea debió ser ardua e ingrata, dados el natural esquivo y desconfiado del atacameño y su carencia de nociones abstractas. El mundo de las ideas y de los libros absorbía la atención de don Emilio, mas no lo apartaba del contacto directo y persistente con todas las manifestaciones de la existencia. Así, pues, él no descuidó su ministerio sacerdotal en detrimento de las almas de la parroquia. Hombre de fe profunda, emprendió la tarea de la vulgarización del Evangelio con ánimo fuerte y batallador. Sus actividades de sacerdote abnegado, de alma sin complicaciones ni vaguedades, de temperamento metódico y constructivo, las encontramos reveladas en las cartas que enviaba al Vicario Apostólico de Antofagasta, ora consultando preceptos, ora proponiendo reformas. En el aspecto material —enumera Marina Yutronic Cruz—, se preocupó de hacer reparar la iglesia de San Pedro de Atacama con fondos fiscales, “de adquirir vasos sagrados y ornamentos” “de forma más adecuada y más conforme a la que, en estos últimos tiempos, viene adaptándose en todas las iglesias de este país. La casa parroquial, en el estilo que hasta hoy conserva, es obra de la administración de don Emilio Vaisse, como también la creación del Libro de las Comunicaciones Oficiales, que con el tiempo, puede adquirir el carácter de documento histórico en la vida de la parroquia de San Pedro de Atacama, por contener datos de lugares que hoy pertenecen a Argentina y Bolivia y relatos de costumbres actualmente desaparecidas. Para ejercer su ministerio en esa parroquia, inmenso por la distancia entre un pueblo y otro, don Emilio debía recorrer a caballo grandes extensiones por desiertos vacíos. Evocando esta época de su vida, escribirá: “He vivido poco más de tres años en la Cordillera del Norte . . . he recorrido en largas y pesadas caminatas sus “cañones”, y he pernoctado cien veces en sus cuevas, cuando no al abrigo de sus peñas”. En una de estas excursiones, vivió una verdadera odisea. El 2 de julio de 1890, don Emilio se dirigía a Toconao, un pueblo a 36 kilómetros de San Pedro de Atacama, con el propósito de dar una misión. El recorrido debió hacerlo a caballo, en un día, pero se extravió en el camino a causa de un fuerte ventarrón, que impedía avanzar a la cabalgadura y orientarse al jinete. Tres días con sus noches, don Emilio estuvo perdido en el desierto y a punto de sucumbir por la fiebre, la sed y el cansancio. Mas, la fuerza invencible de su fe, vibrante, animadora de todas sus empresas y esa voluntad tenaz y varonil, se aunaron para sacarlo con vida en aquel peligroso trance. “¿No le parece que hay algo de milagroso en mi salvación?”, exclamaba en una carta dirigida al Vicario de Antofagasta.

Otras jornadas de la vida de Vaisse. La quinta jornada de la vida de Vaisse iba a comenzar. La primera había sido Chillán; la segunda, Trujillo; la tercera, Valparaíso y la cuarta, San Pedro de Atacama. El Vicario Silva Lezaeta lo envió a servir a la parroquia de Calama, en marzo de 1893. Cuando el misionero recordaba su apostolado de cerca de 3 años en San Pedro, se ufana de haber sido ciudadano de la más antigua población de Chile, fundada mucho antes del descubrimiento de América, en 1450, por el Inca Yupanqui y en donde habíanse detenido el Adelantado Diego de Almagro en 1536 y el Capitán Pedro de Valdivia en 1540, en viaje a la conquista de Chile. La aldea de Calama, situada a una altura un poco menor que la de San Pedro, a 2.270 metros sobre el mar Pacífico, tenía entonces, en 1893, una población que no sobrepasaba los 800 habitantes. La separaban de la ciudad de Antofagasta 238 kilómetros hacia el noreste y del mineral de Caracoles se encuentra hacia el sur, a 70 kilómetros. La aldea estaba rodeada de vegas. Se alza en una corta planicie y contaba entonces con una iglesia, la Oficina del Registro Civil, un servicio de Correo y Telégrafo, escuelas públicas, establecimientos de beneficios de minerales de plata, una estación de ferrocarril, un retén de policía y un juzgado. Todos los servicios de la administración concentrábanse también en la plaza de armas. La iglesia era muy antigua. Al poco tiempo de haber comenzado su ministerio, Vaisse, obsesionado con la idea de su afección pulmonar, creyó sentir sus efectos. Al término de ese año 1893, abandonó, con la licencia necesaria, la parroquia, para internarse en la sierra peruana. ¿Qué hizo en la sierra? ¿Dónde vivió? ¿Cómo ejerció el ministerio? Nada sabemos. Parece que, convencido de que sus males eran solamente aprehensiones de su estado nervioso, regresó a Valparaíso para servir en la parroquia del Espíritu Santo como Teniente Cura a las órdenes del mismo párroco Cristóbal Villalobos. Nuevamente la permanencia en la parroquia del Espíritu Santo fue breve para Vaisse, pues al concluir el año de 1895, veníase a Santiago para asumir una capellanía. No se ha podido establecer si la del Instituto Zambrano o la de los Talleres de San Vicente de Paul, que poseían los Hermanos de las Escuelas Cristianas. También fue corto este paso, y al término de 1896 se ocupaba de ejercer el ministerio en una gran hacienda.

Capellán de una hacienda. Consignemos aquí a este respecto, un dato que oímos al propio Vaisse. En Valparaíso conoció a Juan Enrique Concha Subercaseaux, político conservador dedicado con verdadera unción al estudio y a la solución práctica de las graves situaciones en que se encontraban las clases modestas en Chile. Concha Subercaseaux habíase dedicado a la cuestión social y junto con un grupo de jóvenes del partido liberal y radical, escrito folletos, dado conferencias e intervenido en el Congreso en favor de algunas leyes sociales, que el individualismo de la mayoría de los políticos de entonces consideraba atentatorias de la libertad. Concha Subercaseaux conversó con Vaisse

sobre la cuestión social chilena. El problema lo había contemplado el francés en Chillán y en Antofagasta. Conocía la situación de Francia, Alemania, Italia e Inglaterra. Los dos hombres, animados por un ideal común, se entendieron. Concha Subercaseaux quedó admirado de la extensa cultura de Vaisse y de su penetrante inteligencia y le ofreció el cargo de Capellán del fundo de su madre, doña Emiliana Subercaseaux de Concha, en Pirque. Aquí encontró Vaisse a otro francés, que fue uno de los grandes amigos de su vida, el enólogo Paul Labuchelle, de la viña de la hacienda, la famosa Viña Concha y Toro. Vaisse volvió a encontrarse en el campo de la estancia con su gran amiga, la Naturaleza. La disfrutó a plenitud. Uno de sus biógrafos, el doctor Laval, ha retratado ese momento de la vida del capellán de la hacienda con estas vivas palabras: "... don Emilio se asomó a la naturaleza desnuda y conoció el maravilloso misterio de las flores y de los insectos; contemplaban sus ojos la belleza casi sin límites del paisaje, vivió en el campo, entre los bosques, a orillas de los ríos, montado en espléndido caballo, y comenzó a desquerer la enfermedad que había cultivado con tanta obstinación; poco a poco, se fue desdibujando en su mente, borrándose la claridad de sus contornos, hasta sumergirse en el olvido. Disfrutó de la naturaleza con amplitud, su blanca tez se tostaba bajo el sol acariciante. Jinete experto, el caballo se le entregaba dócilmente; cazador de diestro pulso y maravillosa puntería, salía a la caza acompañado de sus fieles perros, y después de haber cobrado innumerables piezas, regresaba a sus faenas de apicultor, en las cuales llegó a ser un técnico y un artista". Pero también conoció lo que era la alta sociedad santiaguina, el carácter de ella, pues había entrado a prestar sus servicios en un hogar patricio. Allí supo lo que era la aristocracia chilena y el primer rasgo distintivo de ella que debió impresionarle fue el espíritu francés de su formación. Todo en la alta clase social era francés, en el gusto, en las costumbres, en la manera de ser de la vida hasta en sus más pequeños detalles. El concepto del honor, el sentido del decoro, la dignidad, el espíritu caballeresco de los deberes y obligaciones seguían siendo en esa sociedad auténticamente españoles, castellanos principalmente. Debía admirar el patriotismo de sus hombres: la ley era servir al Estado con sacrificio personal si era necesario. El individuo debía tener como el más alto título ciudadano haber dado al Estado todas sus energías para hacerlo grande y así engrandecer a la patria. El hogar de los Concha Subercaseaux en Santiago, como en Pirque, congregaba, por las relaciones de parentesco solamente, a lo más distinguido de la alta clase social. Hombres de negocios, políticos, estadistas, magistrados, escritores, profesores, abogados, médicos, ingenieros, con sus respectivas mujeres, se daban cita en los salones de la familia Concha Subercaseaux. Los más altos dignatarios de la Iglesia pasaron por esos salones. Vaisse debió creerse en el seno de la alta clase francesa, en su aristocracia, cuando le tocaba asistir a esas brillantes recepciones. Admiró allí la varonil postura de sus hombres y la belleza y distinción de sus mujeres. Siem-

pre guardó por esa sociedad una respetuosa consideración. Lo cierto es que la admiró. Además, pudo establecer que las diferencias entre el chileno del pueblo y el chileno de la alta clase social eran una gama establecida por la educación. Ambos estaban animados de sentimientos nobles, generosos, dignos, patrióticos, viriles y enaltecedores.

En el Hospital de San Vicente. Por esta época contrajo Vaisse una fiebre tifoidea en la hacienda de Pirque. Era el año de 1898. Posiblemente se trató de un tifus exantemático. El caso, en cualquiera de esas dos formas, por su carácter infeccioso, asumió los caracteres de una grave enfermedad. Vaisse se vio obligado a hospitalizarse en el pensionado del Hospital de San Vicente de Paul, donde encontró las simpatías del personal de los padres lazaristas y la atención médica de un doctor profundamente humano, Isaac Ugarte Gutiérrez, de quien era ayudante de clínica un joven que después fue decisivo en la iniciación de la carrera del escritor y del crítico, el doctor Carlos Fernández Peña. La vigorosa naturaleza física de Vaisse lo salvó de la muerte después de 2 meses de lucha, al término de los cuales debió seguir un severo régimen de vida. Antes de salir del hospital, los padres de San Vicente de Paul y las hermanas de la misma congregación, le solicitaron fuera su capellán; pero Vaisse debió atender a la reposición de su salud, volviendo a los campos hermosos de la hacienda de Pirque. Por esa estancia conservó toda su vida un recuerdo ardiente y emocionado y siempre que le fue posible, retirado ya de su labor misional, los domingos decía allí la misa, atendía a los que requerían los auxilios religiosos y se dedicaba a la caza o a otros deportes de su predilección.

Al Hospital de San Vicente de Paul entró como capellán en 1899. En realidad, ese fue su hogar. Atendía a los enfermos y a las hermanas paules. El lazarista demostró en el servicio espiritual religioso su sólida formación, la voluntad sin desmayo para cumplir con su ministerio, la amplitud del criterio para la comprensión de las almas sufrientes en lo físico y en lo moral. Consoló, ayudó, aconsejó, transmitió su fe ardiente, alentó. Fueron muchos, muchos los ojos que piadosamente entornó con una oración que reconfortaba el último latido. Cuando se estudia este aspecto profundamente humano, noble, generoso, altruista y místico de la vida de Vaisse como misionero, se le ve superior y se le siente puro, animado de una fuerza impulsiva misteriosa. Cerró los ojos del poeta Pedro Antonio González y ayudó a bien morir a Carlos Pezoa Véliz. El doctor Laval, el mejor biógrafo de Vaisse, al recordarlo en esta obra, ha escrito acerca del capellán del Hospital, estas palabras: "El tedio de las largas tardes de hospital invita a los enfermos —ha escrito— a la ansiedad por su dolencia, a girar alrededor de sus sufrimientos morales, de su angustia por la familia y el hogar abandonados. ¿Cómo romper esa monotonía inmisericorde y crear un estado propio a la curación? Don Emilio comprendió rápidamente que la lectura podría significarles un derivativo que les variara la mente. Su inven-

tiva y habilidad mecánica constituían el asombro de todos; transformó unos desvencijados carros de transporte de enfermos en bellas bibliotecas ambulantes, y él y una religiosa —especialmente Sor Margarita— iban de cama en cama, llevando el pequeño carro y ofreciendo algún libro. Muchos no habían leído jamás un libro; muchos no aceptaban nada, no deseaban nada; pero se les dejaba algún libro o una revista, “por si querían hojearla”. A la semana siguiente el paciente había leído el libro y requería otro, y otros, y así este primer ensayo de biblioteca hospitalaria para enfermos convirtió a don Emilio en un precursor de este eficaz elemento curativo, que junto con la terapia ocupacional forma hoy parte del armamento insustituible de todo hospital capaz de llevar este nombre”. Intervino también en otros aspectos de la vida hospitalaria: se preocupó de la alimentación de los enfermos, en el sentido de que la dieta fuera, en lo posible, con el sabor de la cocina del hogar. Con ello lograríase traer al paciente a lo suyo, haciéndole olvidar el hospital. Estas manifestaciones espontáneas de la generosidad del corazón de Vaisse y el espíritu alegre de su carácter, radiante de franqueza y de bondad, la gracia y sapiencia de su conversación, la ingenuidad y candor de su espíritu, el compañerismo profesional, las rebeldías de la inteligencia frente a la estupidez humana, todas estas prendas y calidades de su naturaleza, concitáronle al sacerdote, al hombre, al escritor, al sabio, la admiración, la simpatía, la amistad de los servidores del Hospital. Primero, le quisieron las Hermanas de la Caridad; en seguida, los empleados superiores e inferiores del establecimiento; luego, los médicos que disfrutaron de su charla y, finalmente, los estudiantes de medicina que allí hacían los internados o eran ayudantes de clínica. Ya hemos nombrado al doctor Isaac Ugarte Gutiérrez y su ayudante Carlos Fernández Peña, pero hay muchos otros más todavía y, entre éstos, los doctores Manuel Barros Borgoño, Ventura Carvallo Elizalde, Alejandro y Roberto del Río, Emilio Petit, Wenceslao Díaz, Augusto Orrego Luco, Daniel García Guerrero, Virginio Gómez. Los estudiantes de medicina lo admiraban, sentíanlo suyo, porque los orientaba en las tareas, les enseñaba la propedéutica del trabajo intelectual y les reunía bibliografía para el buen logro de las investigaciones. Una respetuosa admiración les causaba el hombre por sus francos modales, la brillantez de su espíritu y además, por su cultura enciclopédica. Vaisse se unía a ellos como un estudiante más de medicina. El mismo lo ha recordado: “En materia de medicina —dijo— soy tan preguntón y averiguador como lo era Bourget con su amigo el profesor Lupré. . . fui capellán del Hospital de San Vicente de Paul durante casi 14 años (1899-1913). Allí conocí muy de cerca a los mejores médicos de Chile y vi florecer el talento de muchos jóvenes que ahora son gloria y prez de la medicina. Conversando con ellos a cada momento y presenciando con frecuencia operaciones quirúrgicas, oyendo discusiones de índole médica a cada paso, era forzoso que se me pegara algo de medicina y que mi curiosidad de profano se mantu-

viera viva y simpática. Así como en un molino no se está sin respirar harina, del mismo modo respiré yo medicina en San Vicente de Paul y algo de ella se me quedó en la mente”.

Nueva etapa de la vida de Vaisse (1906 - 1930). La vida intelectual. El periodista. Mucho antes de aparecer de lleno en la vida literaria chilena, el nombre de Emilio Vaisse tenía resonancia en algunos círculos intelectuales. Los estudiantes de medicina que hacían el internado en el Hospital de San Vicente, lo habían descubierto. Hablaban de un sacerdote francés vigoroso físicamente, inquieto, charlador entusiasta, apasionado en sus opiniones, de una mirada penetrante e inteligentísima, armado de toda clase de conocimientos, pero especialmente en los de las humanidades clásicas. Los ayudaba en la preparación de sus memorias, siempre con una indicación útil, un consejo sobre propedéutica, o una bibliografía. Se decía que el capellán del Hospital, como buen francés, era generoso y de mal genio. La fama de Vaisse, llevada por el coro de los estudiantes internos de San Vicente, se esparció con rapidez entre los médicos. Algunos de ellos eran de extensa cultura, no solamente en la especialidad científica, sino también en la literatura y en las artes. Ya los hemos nombrado. Agregaremos a los doctores Pardo Correa y Alcibíades Vicencio. Los voceros de la fama de Vaisse habían sido los estudiantes Lucas Sierra, Virginio Gómez y Carlos Fernández Peña, más tarde médicos eminentes. El más entusiasta admirador de Vaisse era Fernández Peña, quien proclamaba admirado la capacidad intelectual del sacerdote, su sapiencia ecuménica, la profundidad de sus humanidades, el extraordinario conocimiento de las lenguas muertas y vivas. Es que Fernández Peña —así muchacho, joven y hombre maduro—, fue un idealista empedernido. De Vaisse lo separaban las creencias religiosas. El futuro médico, natural de Concepción, era 12 años menor que Vaisse. Su primer contacto con el sacerdote lo tuvo como ayudante de Ugarte Gutiérrez al atenderlo en el Hospital durante la enfermedad. Diferencias profundas, abismales, los separaban. Fernández Peña era hijo del racionalismo. La creencia en una voluntad hacedora no le era ajena, porque no era ateo. Formulaba de la existencia extraterrena otra concepción que la católica. Rechazaba el rito romano, como cualquier otro, y se sentía cristiano, admirador de la doctrina de Jesús sin aceptar lo que la Iglesia de San Pedro le había añadido para su administración. Inspirado en los más nobles sentimientos de amor al prójimo, a la sociedad, cristiano verdadero, ya estas condiciones espirituales suyas bastaban para llegar a una comprensión franca y abierta con Vaisse. Lo que interesaba a esos dos hombres en la comunión de ideales era el sentimiento hondo y profundo de la caridad, de amor al prójimo, de salvación de las vidas físicas para uno y de las espirituales para el otro. Por eso, se entendieron. Fernández Peña corrió la voz del ser extraordinario que había descubierto, y los médicos sintieron curiosidad de conocerlo. Manuel Barros Borgoño, hombre de intelligen-

cia fina y cultivada, fue el primero en llegar hasta él y en la Sala de San Miguel, del Hospital de San Vicente, donde efectuábanse las charlas entre los médicos, Vaisse entró a participar en ellas. Allí fue donde reveló sus extensísimos conocimientos sobre los fundamentos de la evolución de las especies zoológicas según la concepción racionalista y la católica, de acuerdo con los textos bíblicos, principalmente en el del Pentateuco. Esas charlas de Vaisse, que luego fueron adquiriendo formas de conferencias o de amplias disertaciones, motivaron el deseo de darlas a conocer en un público más amplio y en alguna institución cultural de importancia. Fernández Peña sirvió en este evento poniéndose en contacto con el presidente del Ateneo de Santiago, que entonces lo era el periodista Carlos Silva Vildósola (1870 - 1939), para que Emilio Vaisse pudiera disertar acerca de la carencia de conflicto entre la Biblia, con más propiedad entre el libro del Génesis y la teoría de la evolución para un católico. Era la primera vez que Vaisse aparecía en público en Santiago en una tribuna tan altamente prestigiada como era la del Ateneo. Sin embargo, en el círculo de los filólogos era conocido y en un grupo reducido del clero se le sabía escritor, especialmente en el del norte. En 1890 había publicado Vaisse, en Valparaíso, en la Imprenta de la Librería del Porvenir, un pequeño folleto en 16º— de 19 páginas, con el título *Carta del Sr. Cura don Emilio Vaisse sobre su pérdida en el desierto*. La carta —como anota Marina Yutronic Cruz, la bibliógrafa del escritor—, aparece dirigida desde San Pedro de Atacama, julio 17 de 1890, a un corresponsal domiciliado en Antofagasta, que el impreso no menciona y a quien el autor llama “apreciado señor y amigo”. Consta que el destinatario de esta carta fue el Vicario Apostólico de Antofagasta, Luis Silva Lezaeta (1860 - 1929), que ejercía este cargo desde 1905, pasando después a ser el primer Obispo de la Diócesis, hasta su fallecimiento. También observa Marina Yutronic Cruz la grafía de la firma de Vaisse, la que aparece en la portada del folleto como Vaässe, a menos que se trate de un error de imprenta.

Cinco años más tarde, en 1895, Vaisse en colaboración con Félix 2º Hoyos y Aníbal Echeverría y Reyes, publicaba en los *Anales de la Universidad de Chile*, en el tomo xci, correspondiente a las Memorias Científicas y Literarias del año 1895 (julio - diciembre), en las páginas 527 - 556, el estudio intitulado *Glosario de la Lengua Atacameña*. Hízose de este estudio filológico una edición separada por la Imprenta Cervantes, en 1896, de 36 páginas, en 12º. Al solicitar los autores la publicación en los *Anales*, el Rector de la Universidad, Diego Barros Arana, pidió informe al profesor y filólogo Rodolfo Lenz, quien lo emitió en Santiago el 1º de noviembre de 1895. Decía Lenz: “Tratándose de un idioma del cual hasta ahora sólo se tienen datos sumamente deficientes, toda contribución que pueda aumentar nuestro conocimiento deberá acogerse con gusto, y tanto más como que se trata de un idioma que se habla, o más bien, que se ha hablado en territorios chilenos, pues, según indicación de los autores, la Lengua Atacameña o Cunza, casi ya pertenecía a las lenguas extintas.

Si no se aprovechara esta oportunidad para dar a conocer al mundo científico todo cuanto ha sido posible recoger de este idioma, quedaríamos en las tinieblas para siempre con respecto a una lengua que por su situación geográfica entre el quechua, el aymará, el araucano y los numerosos idiomas del Chaco, presenta un interés lingüístico muy especial". Concluía: "Resumiendo mi opinión, tengo el deber de recomendar calurosamente el *Glosario de la Lengua Atacameña*". Barros Arana autorizó la publicación del estudio en que Vaisse había colaborado.

La amistad de Fernández Peña con Vaisse, nacida en el Hospital de San Vicente cuando el sacerdote encontrábase enfermo, según hemos recordado, se fortificó por un hecho de trascendencia social en la que Vaisse se asoció con el médico. Fernández Peña era un idealista impulsado a la acción por una fuerza mística. Se encontraba convencido de que uno de los cánceres que minaban al pueblo era el alcoholismo. En Santiago se había fundado una sociedad contra este mal con el nombre de "Liga contra el Alcoholismo", a la cual entró Fernández Peña casi desde su fundación. Fue socio director de ella desde 1901 y secretario desde 1910 hasta 1917. "En la redacción de los estatutos de esta entidad, el fundador había fracasado con cuatro sacerdotes, dice Marina Yutronic Cruz. Sin vacilar un instante, confió esta tarea a don Emilio y, en pocos días, tenía en sus manos el *Catecismo Anti-Alcohólico*, pequeño tratado de moral que analiza las ventajas y los efectos de la temperancia, la práctica de esta virtud en el Antiguo y Nuevo Testamento, las Sociedades de Temperancia entre católicos y su aprobación eclesiástica, para concluir con una breve exposición de los medios más eficaces para lograr un verdadero éxito, en el fin perseguido por esta organización. El doctor Fernández Peña quedó plenamente satisfecho del trabajo y desde entonces contó con la amistad y la colaboración de don Emilio, en todas sus empresas. Esta circunstancia es decisiva en la vocación literaria de don Emilio y gracias a ella salió del anonimato para convertirse en una de las figuras más preclaras en la historia de las letras". Efectivamente, el nombre del escritor circuló en forma muy modesta en los comienzos de su carrera. Desde 1835, editado por la Librería Nacional, se publicaba en Santiago en un folleto de 96 páginas en 18º—, el *Catecismo de la Doctrina Cristiana en cuya Primera Parte se explica el Catecismo Sinodal del Ilmo. Señor Obispo, Doctor don Manuel Alday*, obra del padre dominico fray José Benítez. Hasta 1913, el *Catecismo* de Benítez contó con 28 ediciones. Al aparecer la 26, según lo significa el propio Vaisse en el tomo I de la *Bibliografía General de Chile*, se la precedió "del *Catecismo anti-alcohólico por el presbítero don Emilio Vaïse* (sic). Edición especial para el uso de las Escuelas Públicas". La edición que anota Vaisse fue publicada en Santiago por la Imprenta Universo, en un tomito de 112 págs. Agregaremos nosotros que el *Catecismo* de fray José Benítez —de los hermanos predicadores—, era una publicación oficial aprobada por la autoridad eclesiástica, por el Consejo de la

Universidad de Chile y adoptada por el Supremo Gobierno para texto de enseñanza en los colegios de la nación. Esta es la leyenda que se encuentra consignada en la octava edición, la cual fue notablemente corregida y aumentada, y publicada con 96 páginas en 12^o—, por la Imprenta del Nuevo Mercurio en 1882. Las primeras ediciones del *Catecismo Anti-Alcohólico* escrito por Vaisse hicieron, pues, como integrantes de la obra de fray José Benítez y la príncipe en 1901. Como texto independiente, pero siempre agregado a otro cuerpo, vio la luz en 1908 con el título que copiamos a continuación: *Compendio del Catecismo Menor. Catecismo de la Doctrina Cristiana. Aprobado por el Episcopado Chileno en conformidad a lo dispuesto por el Concilio Plenario Latino-Americano y por el Consejo de Instrucción Pública. Seguido del Catecismo Anti-Alcohólico por el Pbro. D. Emilio Vaisse. Santiago de Chile. Sociedad, Imprenta y Litografía Universo, 1908.* Forma un folleto de 92 págs. en 16^o—, en cuya portada sobre el título se lee: *Edición Oficial para el uso exclusivo de las Escuelas Fiscales hecha con autorización del propietario de la obra.* La página 71 del *Compendio* se abre con una portadilla que dice: *Compendio Anti-Alcohólico por el Pbro. Emilio Vaisse. Publicado con licencia de la Autoridad Eclesiástica. Santiago de Chile. Sociedad Imprenta y Litografía Universo. 1908.* Marina Yutronic Cruz dice haber visto una edición del año citado, en que el *Catecismo* de Vaisse tiene igualmente portada propia. La última edición de este folleto apareció sin indicación de año, en un tamaño 16^o, de 16 páginas, con este título: *Catecismo Anti-Alcohólico del Pbro. D. Emilio Vaisse.* Al final de la página 16 se lee: "Imprenta y Editorial "Sagrado Corazón de Jesús. Av. Ecuador". Por la licencia eclesiástica para la impresión, que fue otorgada el 12 de febrero de 1944, se puede colegir que en este año se editó. Por su parte, el doctor Carlos Fernández Peña aseguró a Marina Yutronic Cruz, que fue ésta la última edición santiaguina, no habiéndose hecho otra en las ciudades del país.

Hasta el año de 1906, tales eran los antecedentes que podía exhibir Vaisse, como escritor, filólogo y catequista, cuando en noviembre de ese año, ocupó la tribuna del Ateneo para dar una conferencia sobre *La Biblia y la Ciencia*, la cual puede leerse en extracto en el diario *El Mercurio* de Santiago del 30 de noviembre de ese año. La conferencia llamó poderosamente la atención. Preocupó a algunos católicos por lo que parecía la extremada libertad de las opiniones del sacerdote, ignorantes de los progresos que en la ortodoxia de la Iglesia había hecho el pensamiento científico y el religioso, en una evidente armonización. También la conferencia preocupó a los espíritus emancipados que vieron en las palabras de Vaisse, una intención de rebelión contra el dogmatismo católico. No había en ese estudio ni lo uno ni lo otro. El sacerdote con criterio encuadrado dentro de las ideas fundamentales de su secta, recordaba que el evolucionismo no estaba divorciado de la sabiduría de Dios ni de su omnipotencia, que se avenía con la teoría de las creaciones sucesivas. Quisié-

ramos seguir el pensamiento de Vaisse en el resumen de su conferencia, pero la verdad es que no nos corresponde hacerlo dentro del propósito de estos estudios. Diremos solamente que esa conferencia publicada en *El Mercurio*, el 30 de noviembre de 1906, como se dijo, fue para Vaisse de señaladas consecuencias. Era entonces director de esa empresa periodística un hombre de carácter y voluntad excepcionales. Agustín Edwards Mac-Clure (1878-1941) había fundado en Santiago en 1900 el diario en el cual iba a colaborar Vaisse y ser más tarde el redactor literario. Edwards, al igual de Juan Pablo Urzúa en la mitad del siglo XIX creador de otro rotativo de tipo moderno, *El Ferrocarril*, se proponía dotar al país de una cadena de diarios y revistas gráficas y literarias, concebidas de acuerdo a las exigencias del periodismo norteamericano, ágil, rápido, objetivo en la información, orientador de la opinión pública, ajeno a las banderías políticas, a los personalismos y a las cuestiones y polémicas religiosas. Quería dar a la industria editorial un rango, y lo consiguió al establecer en Antofagasta una edición de *El Mercurio*; mejorar, modernizándola, la de Valparaíso, que era de 1827, lo que le daba la categoría del diario más antiguo de la lengua española, y estableciendo, a la vez, revistas semanales, tales como *Zig-Zag*, también la más antigua del idioma, *El Peneca* para lectura de los niños, y *Familia* para los hogares. Edwards, que había estudiado y trabajado como obrero en los centros editoriales de los diarios de Estados Unidos e Inglaterra, y en Francia y Alemania visitado con igual propósito los más grandes talleres editoriales, introdujo en las técnicas de la impresión, considerables cambios y, al hacerlos, comprendió que necesitaba de un cuerpo de periodistas animados de una nueva concepción de lo que era un diario y una revista modernos. Esos periodistas los encontró. Le faltaba uno de capacidad universal en la sabiduría, un divulgador de las ciencias, un tratadista desapasionado de los temas religiosos, un crítico literario. Edwards, con el hallazgo de Vaisse superó mucho más lo que esperaba para sus ediciones. Se halló al frente un sacerdote vigoroso físicamente, de mirada llena de inteligencia, de hablar seguro, sin presuntuosidad, reflexivo y ardiente en la conversación. Se hallaba en la plenitud de la vida. Tenía 46 años. Edwards era más joven: frisaba en los 32. La lectura de la conferencia de Vaisse sobre *La Biblia y la Ciencia*, exaltó la intuición de Agustín Edwards, quien advirtió que en ese sacerdote había “un periodista de nacimiento”. Así lo recordó a la muerte del crítico. En “El Mercurio” de Santiago del 28 de septiembre, Edwards evocaba aquel momento con estas palabras:

“Recuerdo como si fuera hoy el año 1906. Iba yo de Santiago a Valparaíso en el tren expreso cuando me impresionó un título de “El Mercurio”, que decía: “La Biblia y la Ciencia”. Admirable síntesis del personaje, desconocido para mí, que había escrito esas imponderables líneas.

“Eran el extracto de una conferencia que don Emilio Vaisse había dado el día antes en el Ateneo de Santiago, a invitación e instigación del doctor don

Carlos Fernández Peña, en una sesión presidida por mi viejo amigo y compañero de labores Carlos Silva Vildósola.

“Que materia tan compleja, árida y paradójica pudiera quedar al alcance de un lector ordinario, como yo, me llamó profundamente la atención. Un hombre capaz de hacer de una conferencia sobre la Biblia y sobre la Ciencia un artículo de interés periodístico palpitante, tenía necesariamente que ser un periodista de nacimiento. Y yo creo que si don Emilio Vaisse al llegar a su tierra natal hace un examen de conciencia sobre su primera y más decidida vocación, encontrará muy difícil satisfacerse a sí mismo y saber a ciencia cierta si se sintió primero sacerdote, o primero periodista. Y que lo era aún cuando hasta ese momento no había ejercitado jamás sus maravillosas facultades quedó de manifiesto porque, no contento con haber dado su conferencia, era él en persona quien le había dado en “El Mercurio” la forma periodística que me había entusiasmado. Fue entonces que resolví llamarlo y pedirle que ingresara al diario”.

Los estímulos de Carlos Silva Vildósola sobre la visión clarividente de Edwards hicieron lo demás. Vaisse pasó a formar parte del cuerpo de la redacción de *El Mercurio*, con un carácter propio, independiente. Se estimó, de acuerdo con su conferencia, que el mejor campo en que debía desenvolverse era el de las materias religiosas. Durante mucho tiempo, quizás si por espacio de dos años o más, toma un carácter permanente semanal, en los días domingos, la sección “Semana Religiosa”. En ella se hace el comentario del Evangelio. No es una simple glosa al texto sagrado lo que escribe. Los textos bíblicos son hermosos, porque son poéticos y están inspirados por la ardiente imaginación del pueblo judío. Quien los comente debe poseer una fina sensibilidad para elevarse a la mayor altura en la interpretación. Es ciertamente difícil conseguirlo. Pero en Vaisse vibraba la mejor condición para enaltecer su glosa: era piadoso, sentía el valor de la fe como un sentimiento compasivo y de misericordia. Amaba al semejante en cuanto hombre. Las crónicas de la “Semana Religiosa” se leen con agrado por esas virtudes del alma del escritor. Sin embargo, digamos que él no se sentía conforme con ese género de colaboración. Sin abandonar el género de escrito que le estaba encomendado, se repartía hacia otros asuntos. Sentía pasión por el progreso de las ciencias. Así, poco a poco, fue adquiriendo consistencia y permanencia la sección “Crónica Científica” y sucesivamente otras, la “Crónica de Historia”, la “Crónica Pedagógica”, la “Crónica de Ideas”, la “Crónica Ortográfica”, la “Crónica de Ideas y Libros”. Sólo en 1910, su dominio en el diario se consolidó, al tener una sección propia, inconfundible, en la cual, se refundieron todas las otras que el ingenio de Vaisse había ido creando en su asidua colaboración en *El Mercurio* y que leyó con verdadera devoción el público culto chileno de un extremo a otro del país. Esa sección la intituló *Movimiento Literario. Crónica Bibliográfica Semanal*. A partir del 8 de diciembre de 1906, por instancias del redactor de *El Mercurio*, Juan Larraín,

Vaisse, que firmaba sus artículos con diversos seudónimos y cualesquiera iniciales, desde entonces adoptó uno propio: Omer Emeth. Según él mismo nos dijo, y así lo hemos apuntado, esas dos palabras, una griega y otra hebrea, quieren decir: *Yo digo la verdad*.

La *Crónica Bibliográfica Semanal* redactada por Omer Emeth, se convirtió desde entonces, en la cátedra crítica de la literatura chilena. De preferencia, de modo especial, se preocupó de los escritores nacionales y de los asuntos que directa o indirectamente alguna relación tenían con las letras nacionales. Durante 30 años, semana a semana, la palabra de Omer Emeth fue oída y leída por un gran público. Al enjuiciar ahora su obra como crítico, haciéndole, a la vez, la crítica, podemos distinguir dos aspectos generales de su influencia en el público que lo leyó. Un gran grupo fue el público lector. Un segundo grupo, más reducido, fue el del escritor; todavía podríamos distinguir un tercero, reducidísimo, el que frente a sus escritos tomaba una posición también crítica acerca de sus opiniones. Para apreciar los puntos de vista que hemos señalado, debemos considerar el ambiente intelectual en que Omer Emeth ejerció el ministerio de la crítica literaria. A comienzos del siglo xx, la crítica literaria había reducido el ámbito de sus cultivadores. Las grandes figuras que se destacaron en el siglo xix habían desaparecido, o los años había silenciado sus plumas. Entiéndase bien: no había decaído. Hombres como Pedro N. Cruz (1857-1939), Juan Agustín Barriga (1857-1939), Efraín Vásquez Guarda (1862-1905), Luis Covarrubias (1865 - 1916), continuaban la tradición y en sus gustos, en las concepciones estéticas, seguían siendo herederos de la época a que pertenecían. La palabra de Vaisse cayó sobre ellos con agrado o con disgusto, pero se hizo sentir. Lo mismo ocurrió con los lectores de esa misma generación. La forma periodística ligera, el decir las cosas burla burlando, el desenfado en la apreciación, la libertad para juzgar lo que se tenía por respetable, no pareció bien a algunos. En cambio, para otros, Omer Emeth mereció aplausos. De formación intelectual europea, sobre todo francesa, eminentemente francesa, es decir, fundamentada la educación suya en las rígidas normas del liceo y seminario galos, la macicez de la cultura la había aligerado el espíritu de la raza, la modernidad de las formas del pensar y del escribir, la pasión de ser claro, sin que por ello la esencia de la cultura perdiera un ápice. Aun contradiciéndolo, esa generación postrera de lectores del siglo xix aprendió mucho con Omer Emeth. Lo que más aprendió fue a revalorar las humanidades en función de un nuevo tipo de vida que advenía al desplazar el socialismo al individualismo, al comenzar las primeras manifestaciones de la suplantación de la personalidad por las masas, al producirse las nuevas corrientes estéticas en el arte por las influencias sociales. Eso aprendió esa generación, y la que no fue capaz de entender lo que anunciaba Omer Emeth a veces como un profeta, se hundió sin atisbar al nuevo sino. El crítico estaba colocado entre dos generaciones de lectores y escritores. La que nacía, no flo-

recía todavía. Eran frutos en agraz. Sobre ella ejerció el crítico influencia, si acaso no en lo estético por lo menos, en la creación de hábitos intelectuales, machacados a diario en las columnas del diario. Formáronse leyéndole todos los futuros críticos: Ricardo Dávila (Leo Par) (1873-1960); Misael Correa Pastene (1870-1956); José Manuel Corral (1877-1939); Eleodoro Astorquiza (1884-1934); Armando Donoso (1886-1946); Domingo Melfi (1890-1946); Luis David Cruz Ocampo (1890-); Hernán Díaz Arrieta (Alone) (1891-); Alejandro Baeza (Fray Apenta) (1891-1950); Arturo Torres Rioseco (1897-); Manuel Vega (1899-1960).

La generación que siguió a ésta, con Raúl Silva Castro (1903); Ricardo Latcham (1903-1965); Norberto Pinilla (1902-1946); Miguel Angel Morales Vega (1910); Luis Merino Reyes (1912); Francisco Dussuel (1913); Mario Osses (1915); Juan Loveluck (1917); Fernando Alegría (1918); fueron directa o indirectamente influenciados por Omer Emeth. Pero éstos en cuanto a la crítica, a la manera de enfocarla. Porque queda un renglón de muy amplia consideración, y es apasionante de establecer: ¿qué acción directa o indirecta suscitó en el escritor, en el novelista, en el poeta, en el autor teatral, en el historiador, en el ensayista, en fin? No cabe duda: contuvo los desbordes. Condenó y ridiculizó las exageraciones en los géneros, cuando no correspondían a expresiones de belleza y de verdad. Pidió al poeta sinceridad en vez de frases. Al novelista, le hizo ver el terruño en que vivía y de él, de ese paisaje, de ese ambiente, extraer lo que haría una literatura chilena. Por sobre todo, enseñó a pensar, a ordenar la inteligencia, a formar hábitos intelectuales, a buscar la raíz de las cosas. Eso fue lo nuevo que difundió. Y obsérvese que lo hace en un momento crucial. Cuando se desdibujaba la obra educadora de Bello y la de Barros Arana en la educación secundaria, y Valentín Letelier sostenía solo la lucha por la conservación de esa herencia en la Universidad ferozmente combatida por el sectarismo conservador y clerical, Omer Emeth aseguró las conquistas de esos tres maestros todavía. La defensa de esas disciplinas Omer Emeth la hizo sin estridencias. Repetía los conceptos fundamentales en sus artículos, siempre con palabras diversas que importaban en el fondo una misma filosofía. Es que el crítico se encontraba cerca del ideal intelectual de esos maestros. De su larguísima obra pueden extraerse infinidad de pensamientos que fijan el carácter de Omer Emeth y contribuyen a situarlo intelectualmente. Marina Yutronic Cruz ha intentado con éxito recoger su ideario y nosotros hemos añadido otros de sus pensamientos.

El ideario del crítico. ¿Cómo concebía al crítico? “El crítico ideal —dijo— es, a un mismo tiempo (o debe ser) catador, constructor y creador”. Era necesario ser sincero y justo para con el autor: “Yo leo un libro, nos dice. Este libro me agrada o me desagrade. Si he de escribir sobre él, expondré las razones en que se funda mi agrado o mi desagrade y las daré con tranquilidad,

ecuanimidad y exactitud, sin preocuparme de si puedo, con mi artículo, molestar o complacer a mis colegas. Si estamos acordes, santo y bueno; si discordes, lo mismo. Ni esto ni aquello importa. Lo único esencial es que la sinceridad y la justicia estén satisfechas". Tal conducta en cuanto a la conciencia. En la estética, esta era su opinión: "La verdadera belleza literaria, aunque muy antigua, resulta siempre nueva, siempre joven para aquellos que saben mirarla, —nos dice—, pero ella surge del fondo y forma de la obra". Esos dos atributos los define así: "Puede, en efecto, preguntarse: en literatura ¿hay forma sin fondo? Estas distinciones puramente teóricas y verbales, no corresponden a ningún hecho real. Tomemos por ejemplo, un diálogo de Platón o un libro de Mablebranche. ¿Concíbese que su forma pueda realmente distinguirse de su fondo y que exista sin éste? La forma es la manifestación del fondo. La belleza literaria es sencillamente el resplandecimiento de la verdad. No hay en la historia literaria, un solo hecho (quiero decir una sola obra) que, siendo universalmente reconocida por hermosa de forma, carezca de fondo o cuyo fondo no contenga en si la fuente o raíz de su hermosura formal". Así fuéronse formándose como herencia de la humanidad, los monumentos literarios que "no son de generación espontánea: crecen no sólo a impulsos de un arquitecto, sino también con la cooperación de aquéllos que disfrutaban de ellos". Pero han debido surgir en determinadas condiciones. Omer Emeth ha indicado algunas. "Para llegar a cierta altura por encima del llano —ha dicho— en que vive y escribe la mayoría de los escritores, necesitase esfuerzo. A esta ley se han sujetado todos los maestros y muchos de los que, sin serlo, han alcanzado cierta perfección. Rara vez improvisan éstos. Las cosas valen lo que cuestan y salvo contadísimas excepciones casuales, las frases que brotan sin labor carecen de perfección, es decir, de valor". Otra condición: el manejo del idioma. El crítico se preguntaba: "¿En qué consiste el conocimiento perfecto de un idioma? En leerlo escrito, en entenderlo hablado, en hablarlo y escribirlo con propiedad y facilidad: cuatro grados, cuatro peldaños, cuatro pasos sucesivos y obligatorios". El verdadero escritor debe conocer su idioma. Mediante el uso de la lengua empleada correctamente, la obra literaria se enaltece artísticamente. "Los grandes escritores —se les representaban a Omer Emeth— como esos gigantes de la selva que no se crearían si otros árboles y arbustos no dejaran caer en torno de ellos sus hojas innumerables, las cuales forman un humus que ora los protege del frío, ora los alimenta". El idioma es el primer elemento para el escritor.

Las manifestaciones estéticas en la obra literaria, es decir, las corrientes artísticas que dominan al autor, son las que forman las escuelas. Omer Emeth había asistido a esas mutaciones del gusto que la historia literaria ha debido recoger y por eso decía: "He presenciado durante mi larga vida evoluciones cuyo recuerdo me da ahora inagotables temas de meditación. Así, por ejemplo, en política he visto la paulatina y continua evolución del liberalismo hacia el radi-

calismo, del radicalismo hacia el socialismo y del socialismo hacia el comunismo. En literatura, he presenciado un movimiento absolutamente paralelo: el romanticismo ha ido a parar en simbolismo, el simbolismo en decadentismo, el decadentismo en futurismo y el futurismo en dadaísmo, el dadaísmo en super-realismo y éste en la nada pura y simple, en el cero literario, en la necesidad". Ya en este plano Omer Emeth intentó llegar a establecer la esencia de los géneros literarios. He aquí lo que entendía por "poesía pura". "Esta según podemos... calcularlo, se conforma con un mínimun y aún con una total ausencia de pensamiento. Bastaba mover el corazón y aún, si esto falta, la poesía merece el calificativo de "pura" con tal que sea música. No os devanéis, pues, los sesos, oh poetas... No os esponzáis, pensando con exceso, a contraer una meningitis... Mirad a las avecillas... Ellas cantan y no piensan... Son poetas. Su canto es 'poesía pura'. Imitadlas". El crítico usaba en este caso la ironía. En otras ocasiones el planteamiento era serio. "Lírica era para los antiguos —definía— la poesía que podía cantarse con acompañamiento de lira... Esto equivalía a declarar lírica toda poesía que no fuese técnicamente filosófica... Entre los modernos es lírica toda poesía en que la razón racionante, muy lejos de ocupar ningún valor visible, procura por el contrario, esconderse para dejar la más amplia libertad a la elocuencia del corazón. Es lírica toda poesía que cante a Dios, a la Patria, al Hogar, a la Mujer amada...". ¿Qué efectos produce en nosotros —lectores— la poesía y el poeta? "Cuando leemos un libro de poesía hemos de preguntar: ¿Acaso ganamos algo intelectual y moralmente al leerlo? ¿Muere en nosotros alguna pasión a su impulso? ¿Aliviase alguna pena o aligérase alguna carga moral? ¿Purifícase nuestra conciencia e ilústrase o afinase nuestro gusto? ¿Qué papel desempeña ese libro en nuestra vida...? Si se inspiró aquella poesía en un corazón que sabe amar o sufrir ¿podrá un hombre recitarla al oído de su madre, de una hermana, de una esposa o de una mujer amada y despertar en ellas un eco que traduzca su amor o su simpatía? Cuando sufrimos ¿brota entre las líneas del libro la flor del consuelo? y en las horas de conflictos mentales y de duda ¿hallamos en él la paz o la luz que mendigamos?" La exigencia del crítico queda formulada así: "Lo que pido al poeta es que de cualquier modo consiga dos cosas: despertar en mi alma las facultades de admiración, indignación, amor y caridad que una larga vida de desengaños no ha logrado borrar todavía y que, además, ese despertar sea armonioso. Pero he llegado a subordinar lo segundo a lo primero en tal grado, que la música del verso es para mí, lo que la copa para el vino. Con tal que éste sea bueno, poco importa, al fin y a la postre, el cristal y aún la "lata" de aquella. No niego que la perfección consiste en la combinación de ambos; pero cuando la sustancia del verso está conforme con mi ideal, perdono fácilmente la falta de música, los defectos de la forma".

¿Qué le pedía al novelista? Omer Emeth luchó esforzadamente porque la novela escrita por los autores nacionales se inspirara en temas chilenos, en

asuntos del país. Que el hombre, la tierra, el mar, el cielo, la montaña, el río, el lago, las costumbres, el ambiente, la idiosincracia social, el medio, el escenario, el lenguaje, el diálogo, los sentimientos, todo, fuera chileno, para crear así una literatura típica.

Pero le imponía al novelista también otras condiciones. "El novelista, —decía— debe apuntar al corazón más que a los ojos del lector. Para éste el paisaje moral (la comedia, o la tragedia de la vida) pesa ante todo. El paisaje físico es un mero telón de fondo que no debe absorber la atención a expensas del otro. Cuestión de proporciones, de moderación y, como decían los griegos, de "mesura". En su tiempo, la "historia novelada" se había extendido vigorosamente y grandes escritores europeos, maestros en el arte, llenaban el ambiente literario. "Novelar historia —comentaba el crítico— es valerse del material histórico en tal forma, que los personajes vivan su vida a vista de nosotros como la viven los personajes creados por el novelista. La historia novelada es una evocación en que el personaje aparece tal como los documentos nos lo pintan: viste, habla, guerrea, ama y sufre como, en realidad de verdad, lo hizo en vida".

Se refiere al dramaturgo. "Un drama —escribe— exige psicología, arte, estilo. No se lo concibe sin situaciones "fuertes", naturales y opuestas, ni sin caracteres adaptados a ellas y al ambiente en que se desarrollan. Allí el diálogo ha de ser siempre conciso y real y la emoción que brota del conjunto ha de ir en un crescendo que no admite interrupción. Todo esto, por fin, debe conseguirse por medios que no desdigan ni de la verosimilitud, ni de la vida. El melodrama es otra cosa. Su "fabricación" no exige ni el mismo talento ni la misma verdad. Vive y se desarrolla sin "verismo", apelando directamente a las emociones populares, las cuales, para nacer y llegar a su paroxismo, no piden sino sacudones violentos. Asustar al espectador, llorar a gritos en el proscenio para que plateas y palcos se deshagan en llanto, hacerle violencia al vulgo por todos los medios, he ahí el melodrama. Si, después de esto, se averigua que los hechos son inverosímiles y que el diálogo carece de estilo y naturalidad, aquello no importa un ápice. El público tiene miedo, llora, se ríe a gritos y por turnos; el 'melo' está hecho".

Habla del periodista y dice: "El arte... de ser periodista consiste ahora —(dentro de la concepción moderna del género)— en mezclar lo serio con lo ameno, para que, merced a éste, aquél despierte el apetito de las gentes de estragado paladar. Hoy los grandes periodistas, son precisamente aquéllos que saben mezclar magistralmente "le grave au doux" y dosificar ora "le plaisant", ora "le sévère", según las exigencias del lugar y del tiempo". Omer Emeth, que definió casi todos los géneros, habló también del criticado frente al crítico, señalando su conducta. No distinguió entre los favorecidos y los condenados. De ellos dijo, generalizando: "Así como los críticos se esfuerzan en mantenerse dentro de los límites de la equidad y procuran insistir más sobre lo bueno que

sobre lo malo, deben los criticados hacer cuanto puedan para mantenerse en los límites de la ecuanimidad”.

Las opiniones de Omer Emeth que se han vertido, están expresadas casi siempre en un lenguaje elegante y atrayente, con un fondo práctico, sensato y de consejo que surge con la mayor naturalidad. No habría sido francés si no fuera claro. Pero, por mucho que lo que haya debido a la herencia gala, ella ¿no había sido enriquecida con su formación humanista constantemente cultivada? Las palabras con que caracterizó la evolución del humanismo en los tiempos actuales en que el griego y el latín, las lenguas clásicas, en suma, no son ya precisas, valen mucho conocerlas. Omer Emeth dijo con su autoridad: “En la época del Renacimiento el humanista era, ante todo, un profundo conocedor de la literatura latina y griega, y se distinguía por la facilidad y elegancia con que manejaba la lengua de Cicerón. Así, por ejemplo, fue humanista Juan Calvino, sin que en larga o íntima frecuentación de los autores griegos y latinos ablandase en lo más mínimo su alma de hierro, e hiciese de ella un santuario para las Musas. El “verdadero” humanista era algo y mucho más: era un artista, que no sólo interpretaba fielmente, sino que imitaba a los antiguos. Ejemplo: los grandes poetas franceses de “La Pleiade”, los cuales, a excepción de Ronsard, versificaban tanto en latín y hasta en griego, como en francés. Pensar, hablar y escribir en latín y en griego; empaparse hasta el alma de las literaturas antiguas, resucitar la poesía, la historia, la filosofía, la jurisprudencia y la oratoria de los griegos y los romanos, he ahí el ideal del humanista en los siglos XVI y XVII. De entonces a hoy, la extensión y comprensión de esta palabra ha variado. Conozco a humanistas muy dignos de ese hermoso nombre, los cuales, empero, no poseen ni los primeros elementos del griego y del latín. Nacidos después de la invasión de los bárbaros, que mutilaron las Humanidades (y hasta la Humanidad), suprimiendo el estudio de las lenguas antiguas, han cultivado, a pesar de todo, la tradición heleno-latina. A través del velo más o menos denso de las traducciones en que viene envuelta, ha logrado seducirlos la antigua Belleza. Leen y aman a Homero, a Platón, a los poetas de la Antología griega: Virgilio, Horacio, Cicerón, son sus amigos. Nada digo de los viejos historiadores: Heródoto, Tucídides, Salustio, Tácito, no tienen secretos para ellos. Estos contemporáneos nuestros son hombres en quienes hállase realizada la forma del humanismo moderno: saben, como decía un Rector del Colegio de Eton, “Something of everything and everything of something”, es decir, ‘algo de todo y todo de algo’. Los hay, en efecto, que, sin haber estudiado el griego y el latín, conocen a fondo a Platón o a Horacio, y poseen valiosas nociones acerca de los demás clásicos. Lo que saben les abre, por decirlo así, una ventana sobre el pasado de nuestra civilización. Cónstales que si algo valemos intelectualmente y si, en el edificio social en que vivimos, hay luz, orden y justicia, todo es herencia de Atenas y Roma”. Sintetizando estas ideas, Omer Emeth las había expresado anteriormente así: ‘Un clásico es un

hombre en quien predominan en forma avasalladora la virilidad, la regla tradicional greco-latina y la predilección por lo general, de lo social y lo humano". Y luego aproximándose a las escuelas literarias y estéticas nacidas de la concepción clásica, del romanticismo decía: "Romántico es aquél en quien predomina en forma más avasalladora aún la "femenidad", al libre examen, el autonomismo personal e individual a la predilección por el yo. Al primero gústale ante todo ver claro, definir, dibujar con precisión geométrica, raciocinar lógicamente, convencer. Es elocuente. Gústale más al segundo el calor que el dibujo, el sentimiento que la lógica. No busca convencer, sino encantar. Es lírico". Omer Emeth se proclamaba heredero vehemente de la tradición greco-latina y para conservarla daba este consejo sabio, oportuno, sencillo. Decía: "Nosotros, greco-latinos, si queremos conservar nuestro mecanismo intelectual en buen estado, debemos alimentarlo de preferencia con lecturas griegas y latinas; filosofía y literatura griega, literatura romana, filosofía medioeval, literatura francesa, española, italiana, portuguesa. Y si leemos habitualmente autores de otros idiomas y otras razas, sean ellos los que más parentesco y semejanza guardan con los maestros. Un Goethe, por ejemplo, que es el más griego de los alemanes; un Gibbon, el más latino de los ingleses, etc. En suma, seamos lo que somos; seamos latinos y no meros monos de los hombres de otras razas".

¿Qué pensaba el crítico del estilo, de la forma, o sea, del arte literario en las ciencias? "Las ciencias propiamente dichas —consignaba al hablar de Henry Bordeaux— no sólo no están reñidas con las letras, sino que influyen en ellas en un grado y en una forma que sólo pueden apreciar debidamente los hombres instruidos a un mismo tiempo en ciencia positiva y en "humanidades". Todos los medios de expresión del pensamiento, las bellas artes tanto como el lenguaje, están hoy bajo el más potente influjo científico. Por otra parte, la ciencia misma, cuando la interpretan verdaderos humanistas, reviste una forma literaria. Hay en efecto, libros científicos que, literariamente merecen calificarse de obras de arte y, a mi juicio, debieran todos serlo, porque la claridad, la exactitud, la precisión, la elegancia y el método propio de la ciencia se casan sin dificultad con la belleza".

Confesión final del hombre: "Yo no soy ni populista ni aristocratista: soy humanista o procuro serlo. Todo lo humano me interesa y sólo tengo preferencia por lo sincero, lo sencillo y lo bello. Y por experiencia sé que hay belleza, sencillez y sinceridad en todos los pisos de la casa, en todas las clases sociales".

Otras labores periodísticas. Agustín Edwards caló muy hondamente al intuir al periodista que había en Emilio Vaïsse. Antes de mucho, la columna suya en *El Mercurio*, ya fuese acerca de cualquier tema, así religioso como científico, literario o filológico, atrajo la atención del público. El prologuista

anónimo de su primer libro de crítica, publicado bajo el patrocinio de la Empresa del Mercurio en 1910, con el título *La Vida Literaria en Chile*, decía: “En realidad, podemos decir que Omer Emeth ha creado en Chile un género periodístico muy delicado y que es propio de los países más cultos: la crónica de la producción literaria con intención crítica... Hay en sus artículos mucha erudición utilizada sin formas pomposas y con discreta oportunidad, y en la serie de ellos será fácil probar que hay doctrina literaria y filosófica de suerte que el público, receptor de esa gota de agua que cae y cae sobre él, ha podido sufrir la benéfica influencia educadora. Por último, la facultad crítica, el poder de separar con buen gusto elementos de arte verdadero de los que no lo son, se halla sumamente desarrollado en Omer Emeth, que posee una extraordinaria fuerza de penetración en el espíritu de las obras y gran refinamiento para apreciar su forma”. Vaisse se dio a conocer en el público cuando Agustín Edwards iniciaba en los comienzos del siglo xx la gran revolución de la industria editorial y del periodismo de acuerdo con las exigencias de los métodos de información moderna. Desde este punto de vista, Vaisse había sido en *El Mercurio* una adquisición como creador de un tipo de la crítica literaria permanente, y en quien coexistían un espíritu ágil, a la par que inquieto, novedoso y captador del gusto de los lectores. Desde el ángulo de su prodigiosa cultura intelectual, era otra adquisición ejemplar, única. Edwards se propuso utilizar esas aptitudes excepcionales a fin de aprovecharlas como novedad cultural en las empresas periódicas que había fundado. En la revista gráfica *Zig-Zag*, que era un semanario, donde diéronse a conocer casi todos los escritores del siglo, se confió a Vaisse una sección muy de acuerdo con su carácter, la zahorí inquietud de su espíritu y sus hábitos de investigación. Esta fue la de *Preguntas y Respuestas*, comenzada con el número 202, correspondiente a enero de 1902. Vaisse respondió a las interrogaciones que se le formularon acerca de las más arduas cuestiones, desde las filosóficas hasta las de formulación de recetas de cocina. Pero en sus respuestas, frente a la amplitud de conocimientos, se dejaba ver casi siempre una ironía, graciosa forma de decir para exponer consejos reveladores de piedad y de indignación contra la miseria y estulticia humanas. *Zig-Zag* por esta sección, llevada con admirable tino, por su simpatía y sabiduría, aumentó su tiraje. *Preguntas y respuestas* constituyeron la página más leída del semanario. Una sección igual, con el mismo carácter y tendencias, la Empresa de *El Mercurio* le abrió a Vaisse en la edición del diario santiaguino. *El Averiguador Universal* —título muy siglo dieciocho— comenzó a publicarse el 2 de agosto de 1922 bajo la dirección personal de Vaisse. Era él quien personalmente averiguaba universalmente, para hacer un juego de palabras que resulta exactísimo. Armado de toda clase de fuentes de consulta, diccionarios, enciclopedias, Vaisse realizaba el trabajo con expedito conocimiento y con un animado deseo de ser útil. Cualquier tema exployado a base de su

sabiduría, revestía tres formas invariables. Primero, la averiguación encontrábase redactada en un estilo siempre atrayente; segundo, la erudición hacía liviana y grata; y tercero no faltaba nunca el *humor* de que hablan los ingleses, aún en las cosas de más seria transcendencia. *El Averiguador Universal* fue la lectura más socorrida de *El Mercurio* y los dos únicos compañeros que tuvo, para las averiguaciones, fueron, en la parte jurídica, Ernesto Galliano, y en la médica, Octavio Monasterio. Vaisse redactó la sección hasta su fallecimiento, en el año 1935. El apasionante interés que despertó *El Averiguador Universal*, hizo que un editor lo reimprimiera en un libro, cuyo subtítulo decía Sección Preguntas y Respuestas de "El Mercurio". Corrió con la edición José Miguel Soto, publicándolo en Santiago de Chile en 1928 en un volumen en 8º— de 931 páginas, en total por la Imprenta Cervantes. Al año siguiente, por la Sociedad Imprenta y Litografía Universo, se hizo una segunda edición también en 8º— de 943 páginas. El índice, completísimo de la obra, fue confeccionado por Vaisse, según el sistema que había ideado. Y ya que hablamos de los servicios que Vaisse prestó a *El Mercurio*, hablemos de otra comisión que le encargó la Empresa al ponerlo al frente de una nueva creación. Quiso Agustín Edwards, en quien eran muy fuertes las influencias del periodismo inglés, fundar un *Suplemento Literario y Científico* igual al de *The Times*, como publicación mensual. Vaisse fue puesto al frente de ella como director bajo la advocación de Omer Emeth, quien definió el carácter de la revista diciendo que podía "compendiarse en dos palabras: primero Chile. Pero una vez estudiada la actividad literaria y científica de este país, miraremos en contorno y estudiaremos la producción intelectual americana y europea". *El Suplemento* tuvo una existencia de un año. Apareció en enero de 1921 y concluyó a fines de ese mismo año. Colaboraron en la revista Hernán Díaz Arrieta, Armando Donoso, Eliodoro Astorquiza, Guillermo Feliú Cruz, Fernando de Montessus de Ballore, Benjamín Oviedo, Tomás Thayer Ojeda, Julio Vicuña Cifuentes, Mariano Latorre y Rafael Maluenda.

En otro orden de labores, Vaisse sirvió a *El Mercurio*. No sabemos si fundó la biblioteca del diario. En 1925, cuando formamos parte de los redactores del cotidiano, ésta ya existía, pero era Vaisse quien daba las normas de la catalogación, quien disponía la forma de los ficheros, la distribución de los libros, en suma, era el jefe de la organización bibliotecaria. Ya por este tiempo era el sacerdote francés respetado, considerado y tenido por un hombre eminente por su saber, lealtad y generoso corazón. "Don Emilio" encarnaba en *El Mercurio* el hombre de bien a carta cabal y la sapiencia.

Volvamos atrás. La fama de Omer Emeth no sólo quedó consagrada como crítico literario, sino que se esparció como la de un escritor de moda. Luego la del conferencista iba a conquistar también los auditorios, especialmente el del Club de Señoras. Las revistas que nacían y las existentes querían su colabo-

ración y la buscaban como un antecedente de prestigio literario. Omer Emeth fue muy severo para contraer compromisos semejantes. Aceptó formar parte del cuerpo de redacción de la revista intitulada *La Semana*, cuyo primer número vio la luz el 30 de octubre de 1910, cuando se persuadió de que era una publicación sin carácter político, de tipo informativo, dedicada a dar a conocer, desde un plano elevado, las incidencias de la vida nacional. *La Semana* durante su existencia de casi un año, mantuvo secciones que despertaron la atención en su numeroso público lector. Entre éstas, deben recordarse *La Vida nacional* y *La Semana en el extranjero*, análisis nerviosos de las situaciones del momento, escritos con liviandad e ingenio. La primera creemos la redactaba Alberto Edwards. F. E. Blanco tuvo a su cargo la crónica científica. Fuera de esos nombres escribieron en *La Semana* José Alfonso, Emilio Bello Codesido, Carlos Risopatrón, Joaquín Díaz Garcés (*Angel Pino*), Joaquín Fabres, Santiago Marín Vicuña, Honorio Henríquez, Rafael Luis Gumucio, Alberto Fuentes, Antonio Subercaseaux, Ramón Salas Edwards, Rafael Maluenda, Alcibíades Roldán, Misael Correa Pastene, Nataniel Yáñez Silva, Mariana Cox Stuken, Luis Uribe, Guillermo Subercaseaux, Pedro Luis González, Ricardo Larrain Bravo, Manuel A. Délano, Luis Langlois, Miguel Angel Gargari (*Nadir*), Eduardo Carrasco B., Ramón E. Santelices, Angel Custodio Espejo (*Maltrana*), Galvarino Gallardo Nieto, Francisco Huneeus, Manuel Salas Lavaqui, doctor Manuel Camilo Vial, Ricardo Beaugency, Alberto Lira Orrego, presbítero Eugenio Jara, Carlos Videla L., Julio Pérez Canto, Augusto Orrego Cortés, Roberto Huneeus Gana, Vicente Valdivia Urbina, doctor Narciso Briones y Luis Ramírez. Era casi la totalidad del mundo intelectual chileno de la época. Como colaboradores extranjeros aparecen G. H. Wells, Charles Llewellyn, Owen Oliver y Aníbal Viteri Lafronte, ecuatoriano.

Los escritos de Omer Emeth fueron ordinariamente de crítica literaria. Eran más cortos que los de *El Mercurio*, y en brevísimas notas bibliográficas dio cuenta de los impresos que llegaban a la revista. Aunque los artículos suyos tienen la misma factura de los del diario santiaguino, no sabemos que se les haya prestado alguna atención en el estudio de su obra. Para la historia literaria del período, los juicios del crítico resultan valiosos. Hizo, por ejemplo, un examen digno de tenerse en cuenta acerca de la *Literatura del Centenario*. Las obras en prosa, en verso, las de teatro y las históricas, producidas por el entusiasmo de la conmemoración del suceso de 1810, Omer Emeth las presentó con bondad no exenta de exigencias en cuanto a los cánones estéticos. En la misma forma, habló de los escritores Juan Enrique Lagarrigue, Vicente Dagnino, Carlos R. Mondaca, Wilhelm Mann, Aureliano Oyarzún, Joaquín Edwards Bello, Fernando Santiván, Senén Palacios, Ricardo E. Latcham, Arturo Ossandón de la Peña, Manuel Magallanes Moure, Gustavo Mora, Tomás de la Barra y Valentín Brandau.

La Empresa Editora *Zig - Zag*, creada también por Agustín Edwards inde-

pendientemente de la de *El Mercurio*, fundó por insinuación suya un tipo de revista para el hogar. Los conocimientos para una buena administración del hogar, las recetas útiles para la cocina, las indicaciones para solucionar rápida y económicamente los infinitos menesteres del cuidado de una casa, las modas, las costuras sencillas y fáciles, el tejido, el deshilado, la higiene, en fin, cuanto requiere la atención de una familia, para alcanzar la felicidad, la nueva revista debía proporcionarlo. Su presentación, en gran formato, con láminas en colores, con diseños cuidadosamente impresos, con una literatura apropiada al término medio de la cultura intelectual de la mujer chilena, siempre con un cuento, una poesía, unas piezas de música, etc., despertó desde el primer número, que apareció en enero de 1910, un interés que jamás decayó. La revista feneció por su alto costo y no por falta de apoyo del público femenino. La revista se llamó *Familia*. Tenemos entendido que fue la primera directora la señora Lucía Bulnes de Vergara, nieta del General. La página editorial fue redactada y firmada mensualmente por Omer Emeth. Esos artículos muestran, una vez más, la diversificación admirable de la inteligencia de Vaïsse. No se olvide que es un sacerdote el que habla sobre el hogar, asunto acerca del cual de preferencia se encaminan sus consideraciones. Cuanto suceso diario adquiere algún relieve, Omer Emeth lo aprovecha para extraer, mediante un oportuno comentario, una lección útil. La futilidad de la vida social, el lujo, el juego, el chisme, la educación de los hijos, la atracción del marido, la inutilidad de una vida vacía por falta de una preocupación superior, la elección de amigas, las obligaciones de una buena dueña de casa, el trato de la servidumbre, en fin, ¿de que no habló Omer Emeth en la columna de *Familia*? El tono varonil para encarar los asuntos cuando así convenía, la dulzura cuando ellos afectaban al sentimiento, el dominio con que impone su consejo y lo hace sentir, la firmeza con que exalta la verdad, son las características de esos editoriales. Parecen escritos por un hombre formado en un hogar donde las viejas tradiciones de respeto por los mayores, de amor hacia ellos, se encuentran justificadas por el santo temor de Dios que guiaba los pasos de los hijos, e hizo del hogar un santuario. Por lo demás ese fue el hogar de Emilio Vaïsse. Lo que escribió en esas páginas no es más que el trasunto de la enseñanza que recibió y que se grabó en su corazón.

Omer Emeth redactó los editoriales de la revista *Familia* desde 1910 hasta 1915. He aquí simplemente el título de algunos de esos editoriales tomados al azar: *Lecturas femeninas, A propósito de la música, El estudio de las lenguas, Hijos y Padres, La familia y la escuela, las mujeres y la política, A propósito del feminismo, El problema del huerfanito, La autoridad en el hogar, El alma de la mujer, Belleza y verdad.*

Las mismas riquísimas condiciones de sensibilidad demostró el escritor al frente de otra revista cuya dirección debió tomar. En efecto, en 1911, Agustín Edwards obtuvo que Vaïsse se hiciera cargo de una nueva publicación de la

Empresa *Zig - Zag*. Se trataba de un tipo de revista infantil, la primera que hubo en Chile. Se llamó *El Peneca*. Comenzó a circular entre los niños, en Santiago de Chile, allá por el año 1908. Desde su fundación *El Peneca* lo había dirigido el bibliógrafo e historiador Enrique Blanchard - Chessi (1870 - 1941), alto jefe de la Biblioteca Nacional. En *El Peneca*, que adquirió una difusión inusitada entre los niños, actuaron algunos escritores que han tenido importancia en las letras nacionales. Recordemos a Hernán Díaz Arrieta y Pedro Prado, que fueron los primeros colaboradores. Benjamín Oviedo Martínez se dio a conocer como poeta en esas páginas.

El semanario infantil de Blanchard - Chessi creó un tipo risueño que admiró nuestra niñez: el Maestro "Chambeco", el hombre de la nariz fenomenal, el contrahecho, el ingenuo, el bondadoso hazmerreir de cuantos se acercaban a él. Pobre de espíritu, bueno como el pan, cruelmente lo perseguía una suerte infame. *El Peneca* era nuestra ansiada lectura del día lunes. Desde temprano lo apetecíamos. Vaïsse, al hacerse cargo de la revista recibía una herencia difícil. Blanchard - Chessi creó con "Chambeco", un tipo que se grabó en el corazón de los niños. Por otra parte, en sencillas biografías nos hizo apreciar y querer a nuestros grandes hombres, y, en relatos, amenos, vigorosamente ilustrados por el dibujante Luis F. Rojas, nos enseñó la historia nacional con una objetividad que jamás se ha borrado de nuestra pupila. El tránsito de la dirección de Blanchard - Chessi a la de Vaïsse —era Omer Emeth— no se hizo sentir. La flexibilidad de la inteligencia del crítico y la cultura del humanista consiguieron mantener la revista en el mismo tono y aún mejorarla en ciertos aspectos. Omer Emeth demostró, además, la bondad de su carácter al acercarse a los niños con las historietas que creaba y se dio a conocer como pedagogo para quien la mejor enseñanza era la que surge de un sentimiento tierno, de la alegría del alma del niño, cuando el medio en que se desenvuelve es sano, virtuoso, limpio y sin las tristezas de las preocupaciones agobiantes de los padres que no saben sobrellevar los infortunios. Omer Emeth se descubrió, como director de *El Peneca*, en una faz de ternura que nunca se sospechó. Aún hoy, ese aspecto de su psicología no ha sido recogido. El autor de una literatura infantil ha quedado sepultado por la obra del crítico y de las averiguaciones universales y de las bibliografías, estas últimas más sonadas en el comentario cotidiano que leídas. Diez años permaneció Omer Emeth al frente de *El Peneca* (1911 - 1921). La revista tuvo un programa que inspiró Blanchard - Chessi. Enseñaba sin querer. Hacía el bien inculcándolo con el ejemplo de los "monos". Moralizaba. Lo noble, lo bueno, lo digno, fluía de la lectura de trozos escritos sin afectación, de un cuentecillo, de un chascarrillo, de una historieta. Se deseaba formar, para el futuro, hombres sanos, fuertes, patriotas, desinteresados, con sentido social. Se aspiraba a producir la alegría en el niño desvalido de la educación, del que sufría en el taller y del que nunca tuvo en sus manos un juguete. En suma, entregar al infante una distracción

honestas, provechosas y enaltecedoras de los sentimientos. Más o menos con estas palabras, Blanchard - Chessi había expuesto, en noviembre de 1908, el objeto de la publicación de *El Peneca*. El ingenio de Omer Emeth se adaptó rápidamente, sin vacilaciones, a lo que llamaríamos el ideario de la revista. Pero ¿era su ingenio solamente el que iba a dar sus frutos? ¿Era sólo su perspicacia? Hubo algo más que se reveló. Vaïsse, conocido en el trato de la intimidad, dejaba de ser duro, doblegaba su orgullo intelectual para convertirse en un hombre de nobles afectos. Demostró el alma de un niño. Debió tener una infancia y una niñez arrobada por las ternuras maternas, rica en ensueños, llena de vibraciones y murmullos de cariño. La vida dura del lazarista, la del soldado de la piedad, lo hizo terco para soportar el dolor propio y ajeno. Al fin, los desengaños, si las almas fuertes no se marchitan, concluyen endureciendo la epidermis de los sentimientos. En el fondo de su corazón, el niño Vaïsse siguió conservando las dulzuras que recogió en el hogar. Este aspecto de su psicología íntima, se puede seguir en las creaciones que produjo para la revista. Las leyendas, las historietas, las fábulas, oídas en su hogar y difundidas en el país de su nacimiento, las aprovechó para *El Peneca*. Allí se contaban las aventuras de la familia "Levacorta" y las de la de "Levalarga". Nuestra niñez y primera juventud se rió y alegró con esas hazañas. Nos infundieron un sano espíritu optimista. Creó el loro Cicerón y lo hizo su socio. Lo que Omer Emeth no quería decir, corría de la cuenta de ese loro parlanchín. Nos contó la historia patria bajo formas nuevas profundamente educativas. *El Peneca* pasó a ser para Omer Emeth su gran amigo. Con cariño paternal dijo de él en una ocasión: "...lo peino, lo lavo, visto, alimento y corrijo todos los días, como a mi hijo y en él tengo puesto, más que en cualquier otra cosa, mi corazón".

Pero la razón de Vaïsse volaba hacia el mundo de los estudios a que lo arrastraban con violencia las inclinaciones de su espíritu. Podía sentir satisfacción en esos trabajos periodísticos a que también se acomodaba la flexibilidad admirable de su inteligencia, capaz de tantas diversificaciones. El periodista, que daba consejos para el hogar y que alegraba la imaginación tierna del niño con las historietas, volcábase a los estudios humanísticos. En Chile sintió la angustia de profundizarlos. En los seminarios de la patria francesa en Castres, Albi y Chalons sur Marne, Vaïsse recibió los fundamentos más rígidos de su cultura humanística: las lenguas clásicas, la filosofía, la filología, las artes, las ciencias, las letras. El desarrollo de esos dones, fue obra suya debido a una constancia heroica. En el destierro voluntario para comunicarse sólo con Dios y la Naturaleza y servir al semejante en San Pedro de Atacama, Vaïsse leyó cuanto servía a su incommensurable curiosidad intelectual. Allí comenzó el famoso *Lexicon Hebraicum*, estudio filológico de proporciones gigantescas. ¿Qué no leyó en el desierto? También meditó largamente. La Naturaleza la sintió como símbolo de belleza. La necesidad, pues, de continuar los estudios de su devoción, llevó a Vaïsse a colaborar en otras revistas. En 1912, cuando Enri-

que Matta Vial funda la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Omer Emeth presta su concurso con estudios críticos y de erudición. Comenta al cronista realista de la independencia fray Melchor Martínez; examina el libro de cuentas de un negrero de 1621; señala la acción de los franceses en Chile durante el periodo colonial; publica y comenta un extracto de la obra intitulada *La Venida del Mesías en Gloria y Majestad*, escrita por el abate Manuel Lacunza, en 1803; da a conocer las cartas inéditas de Monseñor Muzzi y de su secretario José Sallusti, sobre la doctrina del Padre Lacunza dirigidas a Judas Tadeo Reyes; relata las contingencias ocurridas en el proceso seguido en Chillán a unos brujos en 1749, y traza, finalmente en forma admirable, el cuadro sintético de medio siglo de labor intelectual de José Toribio Medina.

En el mes de enero del año de 1913, Omer Emeth, vuelto a su condición civil de Emilio Vaisse, tuvo una de sus grandes satisfacciones de bibliógrafo. Fundó entonces la *Revista de Bibliografía Chilena y Extranjera*, órgano de esta especialidad en la Biblioteca Nacional. No corresponde analizar en esta parte del presente ensayo, la publicación dirigida con tanto acierto por el erudito humanista, asunto que deberá ser expuesto más adelante cuando nos ocupemos del bibliógrafo. Las pesadas tareas que le impuso esa publicación no permitieron a Omer Emeth prestar el concurso de su firma a otra revista también nueva por su contenido, ideada por dos excelentes amigos suyos de gran figuración en las letras y en la política, uno; y periodista, cuentista y ensayista, el otro: Alberto Edwards y Joaquín Díaz Garcés (*Angel Pino*), que así se llamaban los fundadores de la revista *Pacífico Magazine*, aparecida como la de *Bibliografía* en enero de 1913. Sólo tuvieron una colaboración del crítico, un artículo acerca de Ernesto Haeckel, fallecido en 1919, ocasión que a Omer Emeth le permitió rememorar las teorías del naturalista y biólogo alemán. Años más tarde, en 1917, puso su firma y el prestigio de su nombre al servicio de otra publicación, la *Revista Chilena*, fundada por Enrique Matta Vial, erudito historiógrafo y hombre de una extensa cultura, de quien Omer Emeth fue gran amigo. En los números de ese mensual de letras, ciencias y artes, Vaisse dedicó dos artículos a proseguir los estudios sobre el autor de *La Venida del Mesías en Gloria y Majestad*, dando a conocer con extraordinaria erudición, los antecedentes históricos del lacuncismo y su evolución. Pero, especialmente, trató en esas páginas temas de literatura francesa. Son estudios acabados los que dedicó a Gustavo Flaubert acerca de su vida y obra y sobre Balzac y su genio creador. Fallecido Matta Vial en 1922, tomamos nosotros la dirección de la *Revista Chilena*, y en 1925 publicamos su artículo sobre *Knock o el triunfo de la medicina*.

A medida que los años pasaban y los ensueños ideológicos suyos se hacían inalcanzables, mucho más de lo que hubiera sospechado, concentraba Omer Emeth su labor literaria en *El Mercurio*. Ya veremos la razón a que obedecieron estas restricciones.

OMER EMETH
(Emilio Vaisse)

EL LACUNZISMO

SUS ANTECEDENTES HISTÓRICOS
Y SU EVOLUCIÓN

SANTIAGO DE CHILE
IMPRESA UNIVERSITARIA
BANDERA 130
1917

MARINA YUTRONIC CRUZ

PRESENCIA DE OMER EMETH
EN LA LITERATURA CHILENA Y SU MAGISTERIO CRITICO

IMPRESA "CHILE"

SANTIAGO

1955

Sólo esporádicamente colaboró en la publicación mensual de los Centros de Estudio de la Universidad Católica de Chile, representados en la *Revista Universitaria*. Los años comprendidos entre 1923 a 1926 fueron dedicados con alguna asiduidad a dar conferencias y luego cursos en esa Universidad Pontificia, en la Facultad de Humanidades y en la Academia de Bellas Letras. Mantuvo la cátedra de Literatura Contemporánea en los Cursos Libres. El periodista Carlos Silva Vildósola que asistió a ellos con frecuencia, destacó que sus clases poseían “la comprensión íntima de su tiempo, de las literaturas modernas, de la última evolución del pensamiento y su ciencia y refinamiento humanístico le servían para entender los orígenes próximos y remotos de las mutaciones del alma contemporánea y aplicar a cada nueva fórmula, a cada naciente escuela, a cada pequeña capilla literaria, un criterio de buen gusto que sin tardanza separa a los ojos del público los elementos de belleza eterna de las efímeras contorsiones de un afán de sorprender”. Por su parte, el crítico reconoció que en la Universidad Católica encontró —son sus palabras— “una amplitud de criterio admirable, amplitud a la cual combinábase la más estricta adhesión a la ortodoxia católica y, justamente, la necesaria libertad de la inteligencia”. “Se me dejaba —agregó— plena libertad en la elección de los temas y en el desarrollo de los mismos. Nunca jamás se coartó mi libertad y sabe Dios si más de una vez mi parecer no chocaría con el de mis oyentes, entre los cuales estuvo con mucha frecuencia el propio señor Rector”. La Universidad premió la dedicación de Omer Emeth al servicio de los Cursos Libres. Le otorgó el título de Profesor Honorario de la Corporación y de Miembro Perpetuo de la Facultad de Filosofía y Humanidades. Tan altas distinciones le fueron discernidas con ocasión de su viaje a Francia, en la sesión de la Academia de Bellas Letras, el 13 de abril de 1930, al despedirlo el profesorado y los alumnos. El Rector Carlos Casanueva puso en sus manos los significativos diplomas.

En 1929, comentó en la *Revista Universitaria* de la Universidad Católica, un libro sobre la India, su ciencia, la filosofía y la religión. Tomaba pie de la obra de Miss Mayo, *Mother India*, para resumir la conferencia que había dado en el curso de “Literatura Contemporánea” en esa casa de Estudios. En 1931, insertó la crónica sobre *La cultura a lo largo de la vida*. Era un comentario al libro de Desiré Roustan, editado en París en 1930. Todavía, se desenvolvió en otras labores editoriales - literarias. Por razones de solidaridad con sus compatriotas, aceptó en 1929 la dirección de *Le Courier du Pacifique*. Su producción fue aquí principalmente crítica.

Los hombres capaces de apreciar su estilo literario en la lengua francesa manifiestan que Omer Emeth lo manejaba a la perfección y era un estilista. En cambio, la española, si la escribió con fluidez y corrección, no alcanzó aquella desenvoltura clásica de su propio verbo. “La crítica más justa

que se ha hecho contra él es que nunca se asimiló la música del español. Llegó a escribirlo con corrección perfecta, más nunca con galanura ni elegancia. En su lengua, era un maestro del estilo". Estas palabras de Carlos Vicuña sintetizan el juicio sobre Omer Emeth como escritor bilingüe.

El Profesor. Vaïsse enseñó toda su vida. Inconscientemente lo hacía en forma espontánea. Daba lecciones en la conversación familiar, en la charla más sencilla, en cualquier parte donde hablara con alguna confianza y, el mismo sintiera, captándola muy finamente, la simpatía con que se le acogía. Su cabeza se encontraba llena de conocimientos de todo orden, fueran estos científicos, literarios, artísticos, como también prácticos. Si se trataba en la conversación del hogar de un guiso, daba de inmediato la receta y con ejemplar satisfacción si ese guiso reconocía procedencia francesa. Vaïsse era un cocinero y un excelente gustador de la buena mesa. Era una delicia oírle contar el origen, el desarrollo y las vicisitudes por que había pasado, hasta llegar a la perfección, el cultivo de la vid francesa, la preparación de los caldos, la historia de las bodegas de las regiones clásicas del vino galo. Le agradaba el buen vino y sabía paladearlo y hacer su elogio con fruición. Pero con la misma sapiencia podía hablar de la construcción de una llave, de la fabricación de los alfileres, del cultivo del dátil o del peumo, de la protección de las manzanas contra ciertos insectos. Con igual facilidad y versación disertaba acerca de la calidad de la pintura holandesa y oponerla a la inglesa en un período determinado. De esas conversaciones podía pasar a hablar de las galaxias, de las investigaciones astronómicas del último momento. Nada, nada, nada de los conocimientos humanos parecía ignorar. Lo que sabía lo decía al correr de frases sencillas, sin presuntuosidad y tenía, por, sobre todo, una condición excepcional: dejaba hablar. Incitaba a la explicación, a interrogarle, a oponerle contraindicaciones. Es que daba confianza.

Fue profesor desde muy joven. Recuérdese que en el Seminario de Chalons sur Marne, de 1884 hasta 1886, se desempeñó como catedrático de Filosofía, de Griego y Latín. No alcanzaba a los 30 años entonces. Tenía 24. Cuatro años más tarde, ya en América, en la ciudad de Trujillo, en el Perú, en 1888, en el Seminario, profesó los cursos de Teología Dogmática y Moral. En Chile se hizo profesor en la madurez de su prodigiosa carrera intelectual. Sin embargo, antes de dedicarse a la enseñanza, siempre había estado en contacto con ella de un modo u otro. El doctor Fernández refirió a Marina Yutronic Cruz que al final de la Presidencia de Germán Riesco, siendo el doctor Presidente de la Asociación de Educación Nacional, obtuvo la creación del ramo de Educación Religiosa Moral y Cívica en la Escuela Normal N° 13. El programa de esta clase fue redactado, a pedido de Fernández Peña, por Vaïsse. En él daba destacada importancia a la historia del cristianismo, fundándola en la Biblia, porque, como decía, de "allí arrancan las raíces más profundas de la cultura

universal". Evidenció, una vez más, con este documento, la profundidad de la sabiduría que poseía de los textos sagrados leídos en sus originales, el hebreo, e intuitivamente, además, manifestó las condiciones pedagógicas naturales de su temperamento, en la selección de los temas que debían ser estudiados por los alumnos. Sólo al comenzar el año escolar de 1910, en que se creó el V año de Humanidades en el Liceo de Niñas N° 4 de Santiago, Vaïsse fue propuesto por la Directora del establecimiento al Ministro de Instrucción Pública para tomar a su cargo la clase de Lógica. El 28 de mayo de 1911 se le extendió el Decreto N° 924, firmado por el Presidente Ramón Barros Luco y el Ministro Aníbal Letelier, designándolo con dos horas semanales para impartir esa enseñanza. Permaneció seis años al frente de esa cátedra, hasta que en 1916 le reemplazó otro sacerdote, Miguel Miller, Secretario del Arzobispo de Santiago, el historiador Crescente Errázuriz. Le oí hablar de las satisfacciones que esa enseñanza le produjo. Decía que la había despojado de todo formalismo y, mediante ejemplos y comparaciones, interesó a las alumnas en un ramo que parecía árido y pedestre. Unos cuantos meses después, Vaïsse veía realizada otra aspiración de su vida como profesor. En la librería de Guillermo Miranda, donde le llevó el redactor de "El Mercurio" Julio Pérez Canto, reuníase en las tardes una tertulia literaria que, sin presidirla, sin hacerse sentir, congregaba un hombre modesto, de extraordinaria cultura. Se llamaba Enrique Matta Vial (1868-1922). El espíritu abierto y atrayente de ese hombre erudito en el conocimiento de la historia nacional, autoridad en el derecho constitucional, se había formado a base de la cultura francesa e inglesa, principalmente de la primera, y hasta el fin de sus días fue uno de los individuos más informados acerca del movimiento literario galo. En la dirección de la *Revista Nueva* fundada por él a comienzos del siglo xx, había dado a conocer las orientaciones últimas del pensamiento francés. Naturalmente, al conocer Matta Vial a Vaïsse se anudó entre ambos una fuerte comprensión intelectual desde el primer momento. La independencia de criterio del sacerdote, lo cautivó. En las frecuentes conversaciones de la tertulia de la librería de Guillermo Miranda —el club de una sola silla como la llamó Vaïsse— éste expresó su deseo de enseñar latín en algún colegio importante de la educación secundaria, y fue Matta Vial quien habló con el Rector del Instituto Nacional, Juan Nepomuceno Espejo, para que nombrara a Vaïsse profesor de esa asignatura en un curso libre. Esa lengua clásica había sido abolida de la enseñanza nacional después de memorables campañas del liberalismo para asegurar de un modo más efectivo el conocimiento de otras lenguas vivas. Sin embargo, la abolición no impedía que se abriera un curso libre en un colegio de la importancia del Instituto Nacional, y Vaïsse, desde el primer día, contó con numerosos alumnos, los cuales no pertenecían en su gran mayoría al establecimiento, sino que eran ajenos a él, pero deseosos de conocer la lengua de Virgilio como un medio de perfeccionar el conocimiento del pensamiento clásico del genio latino y rela-

cionarlo con el legado hecho a la Europa Occidental. Los cursos de Vaisse despertaron un enorme interés. Gentes maduras, con una formación intelectual reposada, entre los cuales había escritores, abogados, médicos, ingenieros, profesores secundarios y universitarios, asistieron a ellos y quedaron enamorados del método del profesor, de la sapiencia en la expresión, de las asociaciones lingüísticas que ofrecía la lengua del Lacio con las de origen románico y sajón. La semántica les abrió muchos horizontes y las etimologías perfeccionaron conocimientos vacilantes. Vaisse comunicaba a sus clases su espíritu apasionado, inquieto, profundo, inquisitivo del fondo mismo del conocimiento y el latín se aprendía casi sin esfuerzo. Durante un tiempo —muy corto— profesó uno de griego, pero ya sus muchas ocupaciones le impidieron sostenerlo. Los alumnos fueron casi los mismos de latín. Por espacio de diez años regentó esta última clase, o sea, desde 1911 hasta 1921. La constancia y abnegación, con que se consagró a la docencia institutana, fueron premiadas por el Gobierno. Se le otorgó el “Premio de Constancia” por los decretos N.os 1731 y 2381 correspondiente a los años 1920 y 1921. ¿Qué significaba este premio? Un estipendio de 797 pesos. En 1921 —nos informa Marina Yutronic— en el Gobierno de Arturo Alessandri, Vaisse percibió la suma de 210 por otro premio de constancia.

En la Biblioteca Nacional. A fines de noviembre de 1909, falleció en su cargo de Director de la Biblioteca Nacional el bibliógrafo Luis Montt después de haberla servido con singular brillo durante el curso de veintitrés años. Le había dado al establecimiento el carácter propio y distintivo de una biblioteca nacional, de acuerdo con el concepto europeo, es decir, hizo de ella el centro de la cultura intelectual del país en cuanto a su producción bibliográfica. Publicó cada año, desde 1886, en que asumió el cargo, y de acuerdo con normas muy severas catalográficas y de clasificación, el inventario de los impresos editados en Chile por los talleres editoriales, de cualquier género que fuesen, según ordenaban las leyes y decretos al obligarlos a depositar algunos ejemplares en la Biblioteca Nacional desde 1825. *El Anuario de la Prensa Chilena* fue creado por Montt para satisfacer la ordenación de la bibliografía nacional. Además, cuidó de formar una importantísima Sección de Manuscritos, donde fueron reunidos valiosos archivos del período colonial y republicano. Organizó un gabinete numismático chileno. Creó un Museo Bibliográfico a base de impresos chilenos y de curiosidades universales. Formó una Sección de Estampas, Retratos, Grabados y Mapas, etc. Reunió un considerable número de retratos de personajes ilustres en pintura y de sucesos históricos, base para una pinacoteca. Montt entendía al dar estos pasos que una Biblioteca Nacional representaba la más alta guardadora de la tradición cultural de una nación; que era en ella donde se atesoraba, la memoria de un pueblo, todo cuanto en lo espiritual hablase de su pasado, sirviese para su estudio, pudie-

ra utilizarse como fuente invaluable de la inteligencia de sus habitantes. Si era un centro de lectura recreativa, mayormente debía serlo para servir a la investigación histórica, a la cultural, a la social, a la económica, etc. Inspirado en este concepto clásico europeo de lo que significaba una Biblioteca Nacional, Montt independizó los libros chilenos y creó la Sección Chilena. Todos los impresos nacionales se agruparon allí como manifestación del pensamiento patrio. Se aumentó la dotación con otros, con los publicados en el extranjero por escritores chilenos y también con aquellos que, siendo de autores de otros países, hablaban o se referían a Chile. Guiado por la imposición del sentido geográfico de la existencia bibliográfica de una literatura continental, también en sus más diversas manifestaciones, dio vida a la Sección Americana, a fin de servir en mejor forma a las ciencias culturales en este aspecto. La Sección Americana, desde entonces, se extendió bibliográficamente a límites considerables. Reunió una colección de obras de viajeros relativos al continente en su descripción general y en la especial respecto de cada país, que no ha tenido igual en ningún otro establecimiento de su género en el mundo hispanoamericano. Otro tanto debe decirse en lo relacionado con el material bibliográfico acerca de América en general con que llenó los plúteos de esa sección. Las literaturas no americanas fueron reunidas en una sección llamada Fondo General. Esta notable Biblioteca debió sentir la demanda del aumento de la población de la capital ansiosa de leer. Ya en 1886 esa población comenzó a invadir la Biblioteca Nacional. Montt se dio cuenta hacia que desastre bibliotecario conduciría la afluencia de un público indiscriminado en la consulta, estudio, lectura e investigación de textos únicos o simplemente de ediciones raras, o, por último, de difícil adquisición. Por otro lado, la Biblioteca no podía ser indiferente a estas aspiraciones intelectuales. Debía adecuarse el medio de leer con la mayor facilidad fuera del recinto del establecimiento, con lo cual se descargaba una afluencia que dificultaba un servicio carente de empleados. Montt, frente a estas dificultades del momento y las que preveía para el futuro, creó la sección Lectura a Domicilio, dotándola de un excepcional repositorio bibliográfico, riquísimo, seleccionado primorosamente. La Sección Lectura a Domicilio comenzó a funcionar en 1886 y fue una de las primeras instituciones bibliotecarias que se establecieron en América Latina para ampliar popularmente la lectura. Montt, con esta medida, resolvía parcialmente una situación que iba a tomar con el tiempo caracteres apremiantes para la Biblioteca Nacional de Chile. Es discutible, por lo menos para nosotros, la intención de Montt de establecer el servicio popular de lectura a domicilio; dentro del concepto suyo de lo que era la Biblioteca Nacional, fue una ampliación de la lectura para la clase culta social que utilizaba sus repositorios. Los primeros catálogos de la Sección Lectura a Domicilio parecen probar que ella se estableció para una élite, para un público cultísimo, para dar oportunidad a esos lectores de leer cómodamente en sus hogares. No son los libros popu-

lares para un lector poco menos que medio, los que se registran en esos catálogos. Montt no combatió el peligro que se le venía encima en su raíz, es decir, propendiendo a la creación de bibliotecas en el país. Entonces, en 1886, los elementos para hacerlas prosperar estaban dados. Desde los comienzos de la segunda mitad del siglo XIX, el Gobierno de Manuel Montt había establecido las bibliotecas públicas en las cabeceras de provincia, a cargo del liceo de enseñanza secundaria correspondiente, dotándolas de fondos para la adquisición de obras y traducción de aquellas más adecuadas al carácter popular para desarrollar las técnicas artesanales y de una cultura general media. La ley de la Comuna Autónoma de 1891 dispuso la creación de bibliotecas municipales y estas existían en la época a que nos estamos refiriendo. El Director Montt no remedió el mal que se avecinaba para la Biblioteca Nacional salvándolo con la creación en Santiago de bibliotecas públicas. La Nacional, poco a poco, de acuerdo con las exigencias del tiempo asumió el triple carácter de biblioteca nacional, biblioteca pública y biblioteca popular. Antes de mucho, se vieron las consecuencias de esta triplicación de funciones. Las colecciones de los diarios nacionales fueron entregados a toda clase de lectores. Comenzó la pérdida de libros. Las revistas del día, las novelas del momento, fueron leídas por el público. Desde el punto de vista filantrópico de la ilustración; desde el social de la expansión de la lectura para perfeccionar y capacitar al hombre en su ascensión moral e intelectual, no había observaciones que hacer a este uso irrestricto del material de lectura. Se hacía uso de un derecho sustantivo de la vida democrática. Falseando el fondo verdadero de las cosas, se creyó que el mayor número de lectores de la Biblioteca Nacional era el acreditativo de su importancia. Primó el número sobre la calidad de la lectura y ese número comenzó a destruir sistemáticamente las colecciones bibliográficas sin posibilidad de reponerlas por la ausencia cada vez mayor de los dineros concedidos en el presupuesto fiscal de instrucción pública. Al mismo tiempo ocurrió otro fenómeno. A medida que el mal llamado régimen parlamentario establecido en 1891 se fue consolidando como régimen político, la administración pública se desorganizaba. Las influencias de los partidos desquiciaban la disciplina en ella. Los funcionarios eran representantes de las corrientes triunfantes. La competencia, la versación, la eficacia, dejaron de ser los factores de una buena administración. Las bibliotecas sufrieron estos embates. Las de provincia, las de los liceos, las municipales, perdieron importancia y fueron paulatinamente destruyéndose. Por lo que respecta a la Biblioteca Nacional, esta soportó la afluencia de un público que hizo uso de sus materiales bibliográficos sin ninguna limitación, de acuerdo con la política bibliotecaria del sucesor de Luis Montt, llamado Carlos Silva Cruz. Era un abogado recibido en 1895, que había ejercido la docencia como Profesor de Castellano en el Instituto Nacional. Funcionario público desde muy joven, se desempeñó brillantemente en el Ministerio de Instrucción Pública, donde alcanzó a ser Jefe de Sección

y luego Subsecretario de ese despacho. En dos ocasiones le cupo viajar a los Estados Unidos. Nada hirió tan fuertemente su imaginación como el desarrollo bibliotecario de ese país iniciado en 1875, ya por la acción particular, ya por la estatal. De ese increíble progreso quedó admirado y como hombre culto y patriota, se propuso luchar en Chile en esta materia, desde la Subsecretaría de Instrucción Pública, por la organización de un servicio bibliotecario. Se encontraba en Buenos Aires, de regreso de un nuevo viaje a los Estados Unidos, país al cual concurrió en comisión de gobierno para estudiar el sistema educacional, cuando en julio de 1910 el Ministro de Instrucción Pública Emiliano Figueroa Larraín, lo designó Director de la Biblioteca Nacional. Por de pronto, el plan de la ampliación de los servicios del establecimiento a su cargo, fue la primera tarea que acometió. Atrajo al público estudiantil; reabrió el salón de lectura para la atención de un régimen nocturno; agrupó en la Biblioteca instituciones científicas y literarias, como la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, la Academia Chilena de la Lengua, la Sociedad Científica de Chile y otras, las cuales organizaban conferencias bajo los auspicios del establecimiento; luchó hasta obtener, en 1913, el despacho de la ley que adquirió para la Biblioteca el terreno en que debía construirse un edificio especial, y, finalmente, entre otro de los pasos de los tres primeros años de su fecunda administración, debe señalarse la creación, el 1º de enero de 1912 de las secciones de Informaciones al Público y de Adquisiciones de Obras. Se formó este primer organismo con el fin de satisfacer las consultas bibliográficas de todo orden de que era objeto el establecimiento debido al creciente aumento de los lectores. Los estudiantes secundarios y universitarios, los profesionales liberales, los artesanos y obreros y un público en general indefinido, que no se orientaba en los catálogos, continuamente ocurría a la Dirección en demanda de antecedentes para completar los datos que necesitaba. Según Silva Cruz, las consultas acrecían casi en la proporción de un 35% del total de cien lectores, originándose así una seria dificultad para el establecimiento. Era cierto e indudable que hacía falta una sección de Informaciones. ¿Cómo organizarla? ¿Con qué elementos de trabajo dotarla? ¿A quién confiársela? El nombre de Emilio Vaisse surgió espontáneamente. Encontrábase de sobra acreditado en la opinión culta como poseedor de una erudición enciclopédica. A través de la sección "Preguntas y Respuestas" de la revista *Zig-Zag*, se había generalizado esta opinión y también en sus artículos de crítica en *El Mercurio*. Silva Cruz no titubeó en designar a Vaisse para el desempeño de ese cargo, confirmándolo el Ministerio de Instrucción Pública por Decreto de 6 de marzo de 1912.

El erudito, el crítico, el humanista, poseído de la fiebre del saber, docto en griego, en hebreo y en latín, en la ciencia talmúdica y bíblica, al día en el conocimiento de la patrística, en la exégesis de los doctores de la escolástica, como también en las lenguas modernas y en sus literaturas, debió sentir completada y satisfecha hasta la plenitud su ambición al formar parte del cuerpo

de funcionarios de la Biblioteca Nacional. Entraba a ella con rango, distinción y reconocimiento de sus extraordinarias condiciones intelectuales. Podría ahora leer día y noche; apuntar y tomar nota de cuanto le fuera útil para su curiosidad insaciable; hacer papeletas, clasificar ideas y ordenar libros, revistas, diccionarios y enciclopedias, según las necesidades de sus consultas. Tenía verdadera experiencia en este arte de la propedéutica, y en realidad, poseía la vocación para enseñar la técnica de las formas que organizan el trabajo intelectual, la investigación científica y literaria. Desde que Vaisse asumió su cargo de Jefe de la Sección de Informaciones de la Biblioteca Nacional, los estudiantes universitarios aprendieron a trabajar mejor y con más fruto mediante el empleo de las fichas bibliográficas de materias y cronológicas; supieron hacer el resumen de una cita, extractar la parte importante de un texto; compaginar los elementos dispersos de las opiniones y saber con seguridad cuáles eran las partes débiles del trabajo. Las ideas prácticas y sencillas de Vaisse comenzaron por fructificar primeramente en el personal que trabajó a sus órdenes, el que sería después, ya con gran experiencia en estas técnicas, el encargado de otras serias tareas bibliográficas, tales como las de la preparación de una revista especializada, la de *Bibliografía Chilena y Extranjera* y la cosecha de los materiales para una bibliografía general de los escritores. Entre estos ayudantes es justo recordar al que más tarde sería distinguidísimo diplomático, Félix Nieto del Río, al poeta e historiador de la masonería, Benjamín Oviedo Martínez y al periodista, autor de las crónicas de sucesos del pasado que popularizó con el seudónimo de "Archivero", Julio Arriagada Herrera. La divulgación de las técnicas de investigación fue luego seguida por cuantos quisieron simplificar sus trabajos intelectuales, y aun algunos eruditos cambiaron sus sistemas por el que Vaisse recomendaba.

La organización que dio a su oficina de Informaciones reflejaba muy exactamente su espíritu. La antigua Biblioteca Nacional ocupaba el edificio que a fines del período colonial expresamente habíase construido para el Real Consulado de Comercio en la calle de la Bandera con la de la Compañía, en la acera sur poniente. El Palacio del Consulado miraba exactamente al templo de la Compañía de Jesús, cuando se decidió el traslado a ese edificio de la Biblioteca Nacional, haciéndosele transformaciones apreciables para acomodarlo a una librería. Un gran zaguán desembocaba al salón central de lectura, que en su tiempo debió parecer digno y hermoso, pero que con el correr de los años, por el abandono en que fue quedando, era feo, desagradable e inhospitable. Al lado derecho del zaguán, entrando, una amplia puerta daba a las oficinas de la secretaría y de la dirección; al lado izquierdo, otra puerta igual daba acceso a un pequeño vestíbulo donde por una pequeña ventanilla se atendía al público que concurría a la Sección Lectura a Domicilio. Ese pequeño vestíbulo contenía los catálogos bibliográficos de los libros de la sección, y allí había una amplia escala que conducía al segundo piso. Al término de ésta,

se encontraba la sección de Manuscritos y al frente el Museo Bibliográfico. Era una gran sala con diversidad de vitrinas, retratos en pintura de personajes notables o de sucesos históricos y una abundante exhibición de libros raros, curiosos o de procedencia famosa. Hacia 1912, el Museo fue perdiendo su importancia por haberse transformado la sala en oficina para los funcionarios de Vaïsse. Al fondo de esa sala seguía otra con altas estanterías en cuyos plúteos se encontraban legajos de papeles pertenecientes al rico Archivo de la Contaduría Mayor del tiempo colonial y que aún no había sido catalogado. Vaïsse instaló en esta sala un escritorio, un amplio escritorio al que añadió una estantería para los libros de consulta más inmediatos. Poco a poco, esos libros fueron invadiendo el recinto hasta hacerlo estrecho. Pero allí Vaïsse, con gran paciencia, con espíritu acucioso, con ojo muy certero, fue acumulando todo libro, toda obra útil para constituir, lo que hoy se llama en una biblioteca, el departamento de referencias. Es decir, agrupó allí cuanto el conocimiento humano puede dar de sí en diccionarios, enciclopedias, etc. La parte bibliográfica chilena y americana la manejamos muchas veces y lo mismo hicimos con la europea en relación con esas entidades geográficas. Era riquísima. A la perspicacia de Vaïsse nada había escapado sobre el particular. Por esos años, la Biblioteca Nacional, de acuerdo con el convenio oficial celebrado con la Oficina Bibliográfica Internacional de Catalogación Decimal, radicada en Bruselas, acometió la gigantesca empresa de recatalogarla conforme ese sistema. Ricardo Dávila Silva, helenista y crítico literario, empleado del servicio desde 1910 y nombrado en 1912 Jefe de Sección, fue quien tomó a su cargo esta pesadísima labor, llevándola hasta su fin en 1923 o 1924. Fueron infinitas las veces en que Dávila Silva debió acudir al servicio de referencias de Vaïsse. Más aún: el nuevo funcionario, que había organizado esa fuente de consulta, llegó a dominar hasta en sus menores detalles el sistema de catalogación y clasificación decimales, y prestó a la Biblioteca valiosos servicios en la identificación de los libros raros, de las obras anónimas y seudónimas, en la determinación de ediciones apócrifas y dudosas. Cada uno de estos casos complacía la curiosidad inagotable de Vaïsse. Al mismo tiempo, completaba en apuntes, notas y fichas lo que faltaba en su archivo bibliográfico. Uno de sus biógrafos ha escrito en abono de cuanto hemos dicho: "La obra de clasificación y de ordenación, que desarrolló en ese establecimiento, es enorme. Las fichas y los apuntes de Omer Emeth eran verdaderas fuentes de informaciones: todo allí estaba clasificado por materias, con método perfecto, por medio de un sistema original. Sabía reunir antecedentes útiles sobre obras, autores y escuelas, los que le permitían resolver rápidamente cualquiera consulta por difícil que ella fuera".

El bibliógrafo y su obra. No es necesario, con todo lo dicho, insistir en la vocación de bibliógrafo de Vaïsse. El mismo ha recordado los orígenes de

esta predilección intelectual, cuando, animado de su afición a formar colecciones de antiguos periódicos, en uno de ellos encontró las primeras referencias a Chile. Ellas fueron, por un azar de las más impensadas circunstancias, coincidentes con sus anhelos de conocer un país con un puerto de nombre tan romántico como el de "Valparaíso", que Vaisse, en su imaginación, evocó con el "Valle del Paraíso". De como la afición a los libros —devorados por un omnisciente lector— lo convirtió en bibliógrafo, se destaca a través de la lectura de las páginas de este ensayo y se ve su inclinación irresistible con mucha claridad. Lo que interesa ahora es conocer cuáles fueron las realizaciones del bibliógrafo; lo que creó su espíritu; los sistemas o métodos que estableció; como, en resumen, llevó a cabo su tarea. Vaisse dispuso, desde luego, de un ambiente favorable para sus proyectos. El Director de la Biblioteca Nacional, Carlos Silva Cruz, era un hombre moderno con ideas avanzadas respecto de la función intelectual y social del libro. Su admiración por el sistema bibliotecario de los Estados Unidos —como hemos dicho— era ilimitado. Biblioteca Nacional y Biblioteca Pública eran iguales, y entidades tan diversas en la definición las hizo una y en la primera dio cabida a un departamento de Lectura Infantil que luego amplió a uno Intermedio para los jóvenes de la educación secundaria. A éstos podrían entregárseles, sin limitaciones, los tesoros bibliográficos de la lectura chilena y los libros raros y curiosos. Todo el público, por otra parte, tenía derecho a ese material. El Director Silva Cruz, creador y ejecutor de la Sección Infantil y de la Intermedia, partidario de extender el servicio de lectura para cualquier clase de lector en nombre de la filantropía de la cultura, fue el iniciador de las bibliotecas públicas, las que dejaron de ser tales, para servir sus repositorios de alimento a los establecimientos fiscales secundarios. La idea de establecer en Santiago una gran biblioteca pública, capaz de absorber el creciente número de lectores que destruía las colecciones sagradas de la Nacional, no le interesó. Ya hemos dicho que la demanda de consultas bibliográficas, le determinó a establecer la Oficina de Informaciones. Vaisse, bastante inteligente, comprendió inmediatamente que el órgano de esa repartición tenía que ser una revista.

La Revista de Bibliografía Chilena y Extranjera. Hagamos la historia de la publicación. Fundada por el bibliógrafo, tuvo dos épocas en que la dirigió. Una, desde enero de 1913 hasta diciembre de 1918, período en que se publicaron 6 gruesos volúmenes correspondientes a esos años, y otra para los años 1927 y 1928, en que reapareció, bajo su dirección también, hasta su jubilación en este último año. Siendo Ministro de Instrucción Pública en 1909 Jorge Huneeus Gana, escritor, y a quien se debe la creación de la *Biblioteca de Escritores de Chile*, se dictó un decreto, que lleva la firma del Presidente de la República Pedro Montt, por el cual se establecía en Chile la Oficina Bibliográfica Nacional. Debía tener, según decía el decreto, un carácter cooperativo

e internacional y organizarse según el plan establecido por el Instituto Internacional de Bibliografía de Bruselas, esto es, ajustarse en cuanto a libros refería a la Clasificación Decimal sancionada en el Congreso Bibliográfico de esa ciudad, en 1895. La Biblioteca estaba obligada a respetar las decisiones que allí se tomaron como concurrente a la asamblea y por haber suscrito el convenio. A la oficina se le impusieron ciertas exigencias en el decreto del Gobierno chileno. Debía atender las peticiones generales y especiales en materias de información bibliográfica nacional y universal y cooperar al adelantamiento bibliográfico del país. Estaba obligada, principalmente, a proporcionar a los particulares —lectores, investigadores, público en general— aquellos datos que solicitara, y le encargaba, además, la publicación de un *Boletín Bibliográfico* “periódico doctrinario e informativo”, el cual debía tener el carácter de órgano oficial de la oficina. Con posterioridad al decreto que estableció esta repartición, las Leyes de Presupuesto de los años 1911 y 1912 la incorporaron a la Biblioteca Nacional, formándose dos secciones: la *Bibliográfica* propiamente tal, y la de *Adquisiciones, suscripciones e informaciones*. La primera organizó y llevó adelante el Catálogo General de la Biblioteca Nacional y la Bibliografía Nacional respectiva, es decir, le competía la función de emprender el inventario metódico de la producción intelectual del país desde sus orígenes hasta nuestros días. A la segunda, se le confiaba la acumulación en el mayor número posible de bibliografías extranjeras, universales o particulares, catálogos de editoriales y librerías, enciclopedias etc.

Con estos elementos debía la Oficina preparar lo que necesitara el público, o sea, la “información bibliográfica”, proporcionándola la sección Bibliográfica, que según el decreto del Ministro Huneeus Gana, era lo sustantivo a que debía atender el nuevo organismo. En poco tiempo, éste dispuso de una apreciable documentación bibliográfica nacional reunida por Vaisse y se dieron los primeros pasos para completar la extranjera, poniéndola al día, ya que la base que aportó la Biblioteca Nacional era también considerable, pero un tanto anticuada. Vaisse se dedicó a esta labor con aquella actividad, que era la característica de su espíritu de empresa y recibió al mismo tiempo de parte del Director de la Biblioteca, Silva Cruz, el encargo de preparar la publicación periódica de que hablaba el decreto de Huneeus. Los fondos existían para ello y se encontraban consignados en la Ley de Presupuestos de ese año de 1913 para la publicación de la *Revista de la Biblioteca Nacional* y del *Boletín de la Sección de Informaciones*. El dinero de esa partida, el Director de la Biblioteca Nacional lo refundió en un solo periódico, el que llevaría el nombre de *Revista de Bibliografía Chilena y Extranjera*.

Al ser consultado el Ministerio de Instrucción sobre este propósito, fue autorizado Silva Cruz para llevarlo a cabo. Así nació una de las publicaciones de la Biblioteca Nacional que más interés despertó en el mundo bibliográfico internacional y que realizó en Chile una trascendental labor de orientación

Año I

ENERO DE 1913

Núm.

REVISTA
DE
BIBLIOGRAFÍA
CHILENA Y EXTRANJERA.

Publicada mensualmente
por la Sección de Informaciones de la Biblioteca Nacional



SANTIAGO DE CHILE
IMPRESA UNIVERSITARIA
Bandera 130
1913

técnica, de difusión de las letras nacionales, de inventario científico de la producción intelectual y de un intento serio de ordenación y clasificación del material que los diarios y revistas daban en sus columnas. Vaisse escribió las palabras que siguen en la página en que expresó el objeto de la *Revista*: “Al emprender esta publicación no se ocultan a sus redactores las dificultades que deberán vencer para consignar en pocas páginas el resumen de la producción intelectual de Chile y de los países extranjeros, manifestada en los periódicos y libros más recientes, a fin de dar a la nueva publicación su carácter esencial: la actualidad”. En otra parte decía: “Cábele a la Biblioteca Nacional de Chile el honor de iniciar este género de revistas en Sudamérica, satisfaciendo así una necesidad imprescindible en el intercambio y progreso intelectual que tanto anhelan los países de nuestro continente. Y no sólo impulsará esta *Revista* la notoriedad platónica que merecen los autores y las materias por ellos tratadas, es decir, la intelectualidad pura, sino que servirá eficazmente al desarrollo del comercio de libros, suscripciones o periódicos etc., poniendo en contacto a un número inmenso de estudiosos con los mejores escritores y editores.

“Todo libro, todo artículo, sea de diario o revista, todo folleto, en una palabra, toda publicación de algún valor, que aparezca en Chile, en América o en Europa, serán anunciados con indicaciones precisas. Muchos no leen cosas que leerían con gusto, únicamente por ignorar que han sido escritas, y muchos no compran libros o no se abonan a periódicos porque no ha llegado a sus ojos la noticia debida. La *Revista de Bibliografía* suplirá esto con criterio e imparcialidad. No abrumará a sus lectores con cuanto ofrecen los catálogos en materias de dudosa utilidad ni les adelantará juicios. Arbitro absoluto, el público sabrá escoger”. Declaraba en seguida que, siendo la *Revista* de origen chileno y oficial, se encontraba obligada a dar la mayor importancia y extensión a la literatura nacional. Muchas cosas que, por ser extranjeras, no se hubiera acogido en sus páginas, por el hecho de ser chilenas tendrán su casilla.

Vaisse estimaba que con este procedimiento, a la larga, “se habría elaborado la historia literaria (ciencias, artes, poesía, etc.) de Chile de un modo tan completo como jamás nadie haya intentado hacerlo y que nadie tendría paciencia de intentar”. La verdad es que, desde este punto de vista, la *Revista* prestó inapreciables servicios y, si no le fue posible cumplir completamente su plan, contribuyó en forma amplia a abrir el camino de posteriores trabajos. “Esta documentación metódica reunida así con lo mejor y lo más modesto —decía— dará una idea completa de la evolución intelectual y si, como es de esperarlo, otros países latinoamericanos se resuelven a iniciar publicaciones de esta índole, amontonaremos para el futuro un valioso arsenal y para el presente el más exacto sistema de justipreciar nuestro mutuo valor”. Hacía, en seguida, un llamado a las corporaciones de estudios, a los hombres de letras y ciencias, artistas, librerías, editores etc. para que colaboraran en la *Revista* y le prestaran su apoyo.

La *Revista* anunció que mantendría permanentemente seis secciones. La primera, la *Sección Chilena*, en la cual daríase cuenta de los libros, diarios, periódicos y revistas, haciendo el índice de su contenido para orientar al lector; la segunda, destinada a la *Sección Americana*, que se manejó y desarrolló dentro del mismo plan de la primera; la tercera, la *Sección Europa*, que se mantuvo con el mismo método de las anteriores; la cuarta fue dedicada a las *Consultas bibliográficas*; la quinta a la *Crónica de la Biblioteca Nacional* tanto del pasado como a sus actividades en el presente; y, por último, la sexta, consagrada a la *Correspondencia*. En general, durante toda la existencia de la *Revista*, estas secciones dieron el tono de la publicación.

Vaisse por otra parte se encargó de sugerir la manera de hacer los índices; establecer el sistema de catalogación, no tanto de los libros acerca de los cuales existían reglas precisas, como de los artículos de diarios y revistas, materia en que por primera vez se trabajaba en Chile. Se trataba de una cuestión técnica, científica y Vaisse adecuó las formas. Pero todo esto le impuso una labor pesadísima. Debíó instalarse en la imprenta en que se editaba la *Revista*, la *Imprenta Universitaria*, taller que comenzaba a modernizarse, reemplazando la composición de tipo por la de linotipia. En la primera forma del trabajo, sacábase el tipo con error y en la segunda debía corregirse éste en la línea completa. Al enmendar en la lino un desacierto, era lo corriente que en ella misma se cometiera otro. Vaisse se enloquecía con las formas nuevas de la composición en trabajos tan delicados como el de los índices de la *Revista*, y, en el diario, en *El Mercurio*, donde la linotipia constituía la única forma de componer, su empleo le parecía indispensable.

Vaisse escribió sus artículos hasta el final de sus días a mano y con una hermosa caligrafía, con muy pocas enmendaduras, los que rara vez tenían motes en las pruebas cuando se les componía. Así, llegó a trabajar en la linotipia como si ésta fuera una máquina de escribir. En cambio, nunca se acostumbró a ella ni escribió una línea en ese aparato. En la imprenta, se convirtió en el vigilante de los linotipistas. Allí pasaba horas y horas ordenando la forma de los índices, corrigiendo las pruebas, en fin, formando en los obreros la tradición de un sistema especial de composición tipográfica. Ninguna de estas ocupaciones producíale cansancio. Después de ellas volvía a la Biblioteca a revisar el trabajo de sus ya mencionados secretarios. Se había unido a éstos otro, el novelista y ensayista Mariano Latorre, quien tenía a su cargo la reseña bibliográfica de las obras recientemente adquiridas. Resolvía las consultas bibliográficas; preparaba los materiales para el diccionario bibliográfico de Chile y se daba tiempo todavía para escribir el artículo semanal de la *Crónica Literaria* de "*El Mercurio*", o bien, las colaboraciones para otras revistas. En ese tiempo, sus clases de latín en el Instituto Nacional atraían un numeroso público, ordinariamente culto, que no era alumno del establecimiento y que hasta la cátedra de Vaisse llegaban atraídos por su fama de lingüista. Creo

que entonces dio a conocer sus vastas erudiciones filológicas y lingüísticas, al debatir lo que él llamó la "cuestión nimia" o sea, el mal uso de esta palabra, refiriéndola a un asunto pequeño, cuando, en realidad, etimológicamente, la significación era otra. Pero eran con todo, la *Revista* y el diccionario bibliográfico sus preocupaciones más intensas. Comprendía la responsabilidad de una obra que —entiéndase bien— había acometido personalmente, con el asentimiento del Director del servicio, y dejándolo solo en la realización de ella. Sentía comprometido su honor y su decoro de funcionario en la realización correcta del plan que él había propuesto y que era de las más vastas proyecciones en la realización de la bibliografía chilena y cuyo posible fracaso —muy probable dentro de la inestabilidad presupuestaria de la época— podía malograr publicaciones establecidas hacía mucho más de treinta años, como efectivamente así ocurrió. Sin embargo, como es natural, Vaisse nada podía contra la corrupción del poder político, que era moralmente incapaz de apreciar su labor bibliográfica.

El Ministerio de Instrucción Pública manejado por politicastos de mala ralea intelectual y la subsecretaría de ella por politiquillos convertidos en funcionarios y las dos ramas del congreso por aventureros electorales, en su gran mayoría, restaron al presupuesto de la Biblioteca Nacional todo cuanto significaba progreso para la cultura intelectual del país. Lo hicieron con una inconciencia cuyo daño ha sido irreversible para Chile hasta el día de hoy. Vaisse no pudo vislumbrar que la crisis económica permanente del país, llevaría a otra crisis más grave todavía al degradar la cultura intelectual por la brutal ineptitud de los hombres de gobierno. Pero él es responsable de haber dado muerte a lo permanente que tenía la Biblioteca Nacional en el *Anuario de la Prensa Chilena*, modesta publicación que registraba lo editado en Chile cada año en conformidad al depósito legal. Obscuramente, esa publicación satisfacía las necesidades bibliográficas nacionales sin los oropeles fastuosos, incandescentes, con que se presentaba la *Revista de Bibliografía Chilena y Extranjera*, que sería incompleta en lo nacional, mediocre en lo americano y atrasada en lo europeo.

Vaisse, al absorber con su revista el *Anuario de la Prensa Chilena*, mató lo único permanente que tenía la Biblioteca Nacional. Duro es este juicio pronunciado por quien siempre quiso y respetó a Vaisse y cuyo recuerdo ocupa un lugar preponderante en su espíritu, porque le debe gratitud y reconocimiento por los favores morales e intelectuales que recibió de él en su juventud y cuando ya era un hombre. Pero así se nos representa su conducta, y más condenable es ella cuando la *Revista* misma a su vez, mató otra publicación modesta de costo reducidísimo, el *Boletín de la Biblioteca Nacional*. Vaisse era lo bastante inteligente para comprender que su *Revista* daría al traste con las otras publicaciones, anulándolas. ¿Eran incompatibles el *Anuario* y el *Boletín* con la *Revista*? En manera alguna. Fue Vaisse quien propuso a Silva Cruz la

absorción del ítem de esas dos publicaciones para costear la *Revista*, teniendo ésta fondos propios. Sea lo que se quiera, debe reconocerse que Vaïsse dedicó sus poderosas energías, su incansable espíritu, su voluntad de acero, a sacar en la mejor forma la *Revista* y lo consiguió en medio de las graves deficiencias en que hubo de improvisar —este es el término— una revista tan especializada.

A medida que ella difundíase en el público y encontraba una simpática acogida en el mundo intelectual, la *Revista* en un poderoso esfuerzo de superación, mejoraba sus números. Abrió, desde luego, otras secciones, tales como la de “Libros recién llegados”; la de los sumarios, ordenados por orden de materias, de las sesiones de los *Boletines del Congreso Nacional*, y la de “Índices de nombres y materias” de cada volumen de la *Revista*, admirablemente bien hechos, no sabemos por quien o quienes. Para facilitar el trabajo de la investigación literaria, científica y artística, dentro de la modesta condición que la Biblioteca Nacional podía presentar por la limitación de la adquisición de libros de los cuales daba cuenta la *Revista*, los métodos empleados por Vaïsse, para difundirlos, eran, puede decirse con absoluta seguridad, nuevos. Los colaboradores de la publicación aportaron, a su vez, elementos muy valiosos. La revisión rápida de las páginas de la *Revista* así lo atestigua sobradamente.

Intentemos aquí una relación de los autores y de los artículos que se insertaron en la publicación, enunciándolos simplemente sin ajustarlos a una clasificación. El erudito Tomás Thayer Ojeda publicó en varios números su curiosísimo estudio *Las bibliotecas coloniales en Chile*. Entendemos que fue Vaïsse el autor de una *Biobibliografía de algunas familias chilenas*, a base de los estudios dados a luz por Luis Thayer Ojeda. El viejo bibliógrafo Anibal Echeverría y Reyes colaboró con su importantísimo trabajo *Bibliografía Jurídica Chilena (1810-1913)*, con el cual completaba ya otro anterior. El antropólogo Ricardo E. Latham daba a conocer la contribución de Chile a la *Bibliografía de Antropología y Etnología (1909-1913)*, presentada al Cuarto Congreso Científico Panamericano. Tomás Thayer Ojeda volvía a ocupar las páginas de la *Revista* con su ensayo acerca de *Los archivos Históricos Chilenos en 1913*. Félix Nieto del Río exhumaba, curiosamente en un novedoso artículo, lo que sobre el país se había hablado en un mensual parisiense de fama mundial. Se intitulaba esa colaboración *Chile en la Revue des Deux Mondes*. El marino Ismael Gajardo Reyes contribuía con una *Bibliografía Astronómica* a dar a conocer las publicaciones del Observatorio Astronómico Nacional. El Director de la *Revista*, Vaïsse, publicaba un excelente trabajo, sabiamente clasificado, sobre *Materiales e indicaciones para el estudio de la evolución literaria de Chile*.

Un bibliógrafo tan erudito como ignorado por su labor, la que nunca apreció y de la cual hizo un liviano juego de entretención, Enrique Sanfuentes Correa, llenó algunas páginas con un extraordinario estudio sobre la hemeroteca nacional ignorada, aporte del mayor valor para la historia del periodismo. Se

intitula ese estudio *Periódicos chilenos olvidados*. Otro bibliógrafo de una sólida formación humanista, don Ramón A. Laval consagrado a las cosas nacionales así en lo folklórico, como en lo lingüístico, entregó a la Revista un original trabajo, el primero publicado en su especialidad en Chile, intitulado *Bibliografía de bibliografías chilenas*, completísimo hasta el momento en que abarcaba, 1915. Vaisse llenaba nuevamente otras páginas. Reproducía los artículos que escribiera en orden a definir la significación del vocablo "nimio y nimiedad", en torno al cual se formó, con ocasión de su escrito en *El Mercurio*, una activa e intensa polémica. De esos artículos, hizo un folleto de cien ejemplares con el título siguiente: *La Cuestión Nimia. Documentos y discusiones acerca del uso de los vocablos "Nimio y Nimiedad" . . . por Emilio Vaisse. Imprenta Universitaria. Bandera 130, 1915. Son 64 páginas en tamaño 32º.*

Por su parte, el antropólogo Ricardo E. Latcham entregaba completamente rehecho, de base a superficie, la *Bibliografía Chilena de las Ciencias Antropológicas*. Luis Ignacio Silva, joven bibliógrafo, discípulo y colaborador de Nicolás Anrique, iniciaba en la Revista los *Estudios bibliográficos sobre literatura chilena* dedicados a exhumar de las revistas los materiales existentes sobre el particular. Carlos Vicuña Mackenna, dedicado especialmente a los estudios históricos, se distraía de ellos para espigar en la bibliografía y componer una excelente de los artículos del autor de la *Historia de Santiago* escritos en *El Nuevo Ferrocarril* durante la guerra del Pacífico en que el historiador se convirtió en el director popular de la contienda desde el comienzo en 1879 hasta su término en 1884. Trabajó también este autor en otra *Bibliografía Parlamentaria de Benjamín Vicuña Mackenna (1876-1884)*.

El Director de la Biblioteca Nacional, Carlos Silva Cruz, prestó su concurso a la Revista. Insertó el trabajo que intituló *La "Asociación Bibliográfica Panamericana" por medio de la Unión de Bibliotecas Nacionales*. El periodista Clemente Barahona Vega dio a conocer el contenido de un libro de geografía, verdadera curiosidad bibliográfica, editado en Santiago en 1875, en un artículo *Apuntaciones sobre Chile*. Vaisse anunciaba, en enero de 1916, la *Lista de autores, personajes, etc., cuya bibliografía está ya a punto de publicarse*. Otro bibliógrafo joven, que hacia esa época trabajaba en la Biblioteca Nacional, Fernando Bruner Prieto, daba a luz una copiosa *Bibliografía del Dr. D. José Bruner*, su antepasado. Víctor M. Chiappa, en la serie de la *Bibliografía Chilena Contemporánea*, daba a conocer en forma impecable y completa la bibliografía de las obras del autor de la *Literatura Colonial de Chile* con el título de *Epítome de las Publicaciones de D. J. T. Medina*, alcanzando a colacionar hasta 1914, 226 títulos. En forma anónima, se publicaba una *Bibliografía de D. Juan Salas Errázuriz*, humanista. En una extensa lista se daba a conocer la *Música de autores chilenos existentes en la Biblioteca Nacional*, material de primer orden para intentar una bibliografía musical nacional, la cual hasta hoy no se ha realizado. El Director de la Revista cada vez que po-

BIBLIOGRAFÍA 6

D. ANDRÉS BELLO

SUS DESCENDIENTES

1781-1916

POR

Emilio Vaïsse,

Jefe de Sección de la Biblioteca Nacional
de Santiago,

Director de la Rev. de Bibl. Chilena y Extranjera.

«I propose to show in this book that a man's natural abilities are derived by inheritance, under exactly the same limitations as are the form and physical features of the whole organic world.»

F. Galton, Hereditary Genius.

SANTIAGO DE CHILE
Imprenta Universitaria
Bandera 130
1917

día le prestaba su colaboración literaria. Llamó entonces mucho la atención el estudio de Vaisse, *Bibliografía de D. Andrés Bello* y más aun el complemento, *Bibliografía de los descendientes de D. Andrés Bello*. Al mismo tiempo, se publicaron unas *Cartas a D. Andrés Bello*. Eran las dirigidas por Fernández Madrid al autor de la *Gramática Castellana*, junto con un extracto de la del Libertador Bolívar dirigida al segundo, referente al viaje de Bello a Chile.

Para atender a la investigación histórica, social, económica y jurídica, las páginas de la *Revista Chilena de Bibliografía* incorporaron una obra de la Biblioteca Nacional ejecutada por el ya nombrado erudito Tomás Thayer Ojeda. Fue ésta la *Guía para facilitar la consulta del Archivo de Escribanos*, o sea, el inventario de los testamentos, cartas dotales y otros actos notariales realizados en Santiago desde 1559 hasta 1800. Fueron muchas las páginas que en forma de suplemento se emplearon en esta utilísima fuente bibliográfica. Carlos Silva Cruz trató en un breve artículo acerca de lo que debía entenderse por *Biblioteca Escolar y Biblioteca Pública*. De Ismael Gajardo Reyes se daba a conocer una *Breve reseña bibliográfica o algunos de los más antiguos diccionarios marítimos españoles*, sorprendiéndose de cuan pocos eran los que poseía la Biblioteca. En cambio, Vaisse se manifestaba sorprendido de la fantástica riqueza de obras teológicas que tenía el establecimiento, al revisarlas para sus *Apuntes bibliográficos sobre el milenarismo*. El mismo, con el título de *Bibliografías Chilenas* publicaba la del sacerdote e historiador Crescente Errázuriz, y Ricardo Dávila Silva, acogido a ese título, la del doctor Clodomiro Pérez Canto. En varios números, se insertó la extraordinaria *Bibliografía Araucana* del malogrado bibliógrafo Roberto Sundt, quien más tarde entregó para la misma *Revista*, la *Bibliografía Dental Chilena*. La primera de estas bibliografías quedó inconclusa. Guillermo Feliú Cruz colaboró con una nota bibliográfica acerca de *Un impreso chileno no descrito*. Tratábase del *Almanaque* para el año de 1814, olvidado por los bibliógrafos de la imprenta en Santiago. El Director de la Biblioteca Nacional de Caracas, el bibliógrafo Manuel Segundo Sánchez, dio a conocer una curiosa *Bibliografía venezolana de libros y folletos publicados en 1918*.

La *Revista* concluyó exactamente al terminar el año vi de su publicación, con el número doble 11/12, correspondiente a noviembre - diciembre de 1918. La aparición de estos números dobles era un mal presagio: anunciaba la falta de periodicidad del mensuario y esto era indicativo de la angustia económica de la Biblioteca Nacional como que entonces iba a iniciarse en ese año su vergonzosa postración. La *Revista* moría por falta del auxilio fiscal. Encontró acogida en un escaso número de especialistas nacionales; en el extranjero, principalmente en los países europeos, se la estimó, tuvo lectores entusiastas y en las repúblicas americanas, fue indiferente. En el año que hemos recordado, el Gobierno del Presidente Juan Luis Sanfuentes decía al Director de la Biblioteca que "en vista de las circunstancias difíciles porque atraviesa el Era-

rio”, había resuelto suspender la publicación de la *Revista de Bibliografía Chilena y Extranjera*. Vaisse, como Omer Emeth, en su calidad de crítico, lamentó la decisión gubernativa; hizo presente el daño que hacía a la bibliografía nacional y para tal efecto en *El Mercurio* del 16 de diciembre de 1918, escribió en su *Crónica Bibliográfica Semanal* el artículo intitulado *De la Bibliografía Chilena en el pasado y en el presente. Paréntesis respetuosamente dedicado al señor Ministro de Instrucción Pública y a los señores Senadores y Diputados*.

Naturalmente en el conjunto de analfabetos que componían los poderes públicos, especialmente en el Ministerio de Instrucción, las palabras del crítico ni siquiera fueron escuchadas... ya que no podían leerlas. La *Revista*, sin embargo, bajo la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo, reapareció en el año de 1927. Vaisse, otra vez como Omer Emeth, celebró el acontecimiento en otro artículo de *El Mercurio* aparecido el 10 de abril de ese año y que llamó *Una resurrección. La "Revista Chilena de Bibliografía" saldrá nuevamente*. Su campo se reducía ahora, porque, como decía Vaisse, su director, en el primer número de la publicación: “faltándonos las noticias bibliográficas latinoamericanas y llegando las europeas demasiado tarde, era lógico que podando el título de nuestra revista le quitaríamos un adjetivo que no respondía a la realidad ni a posibilidad alguna. De ahí nuestro actual nombre de pila: *Revista de Bibliografía Chilena*. En Chile nos quedamos y bastante trabajo nos costará el juntar y apuntar todo lo chileno”. En realidad, dentro de estas limitaciones, se procuró mantener el plan anterior. Se dio gran amplitud a las secciones “Libros, Revistas y Diarios”. Se establecieron otras, la de “Cronología”, la de “Iconografía Chilena” y la de “Chile en el extranjero”. Durante la dirección de Vaisse se publicaron estudios de notorio interés, tales como el de J. Peláez Tapia, *Bibliografía de las obras publicadas en El Mercurio desde 1841*; la de Gualterio Looser, *Bibliografía Botánica Chilena* y el excelente trabajo de la bibliotecaria de la Nacional, Herminia Elgueta de Ochsenius, *Suplemento y Adiciones a la Bibliografía de Bibliografías Chilenas que publicó en 1915 don Ramón A. Laval*. Vaisse dirigió la *Revista* hasta fines de 1928.

La Bibliografía General de Chile. Desde que Vaisse ingresó a la Biblioteca Nacional en 1912, a cargo de la Sección de Informaciones, concibió la idea de emprender una bibliografía general de Chile. Las circunstancias para llevar a efecto un plan semejante le fueron, sin duda, favorables. Hemos recordado los antecedentes que determinaron la creación de la “Oficina de Informaciones Bibliográficas y de Adquisiciones”, a la cual competía la publicación de un boletín de esta índole y la de preparar la bibliografía nacional. En las disposiciones del decreto que estableció ese organismo, Vaisse vio la posibilidad concreta de llevar a cabo sus aspiraciones y todos sus esfuerzos se encaminaron a satisfacer su plan. La *Revista de Bibliografía Chilena y Extranjera* le

facilitó su cometido. Bajo el nombre simple y sencillo de “Consultas bibliográficas”, abrió allí una sección que fue el primer ensayo débil, tímido, vacilante, si se quiere, de la bibliografía general. Al amparo de ese título, publicáronse allí las primeras bibliografías individuales de los escritores de esos días, como, por ejemplo, la del crítico Pedro N. Cruz, el *Índice de literatos, poetas, publicistas, críticos, periodistas, etc.*, que en 1913 vivían, índice que dividió Vaisse en varias clasificaciones, tales como las de Bibliografía, Sociología, Derecho, Pedagogía, Economía, Política, Jurisprudencia, Filología, Folklore, Periodismo, Filosofía, Poesía, Teatro, Novela, Cuento, Historia, Literatura general, Crítica Literaria, Geografía, Crítica artística etc. Cada una de estas listas fue llenada con la de las personas que a esos ramos se dedicaban, ampliándolas y perfeccionándolas constantemente. Mediante estos documentos hoy sabemos quienes en 1913 se ocupaban en Chile de trabajos intelectuales. A medida que se fortalecía la *Revista*, la “Sección de Informaciones” fue desapareciendo languidamente y entró a reemplazarla de una manera vigorosa la que Vaisse llamó *Bibliografía Chilena Contemporánea*. Se publicó en dos series. La primera comprende la bibliografía de las siguientes personas (t. I, págs. 179, 226, 294, 405).

Alarcón Lobos, Roberto	Ballesteros Larraín, Juan
Alfonso, José	Bórquez Solar, Antonio
Amunátegui Solar, Domingo	Bravo, Alfredo Guillermo
Astorquiza Líbano, Eleodoro	Bravo, Ramón Ricardo
Carrillo Ruedas, Armando	Lizana, Elías
Castro Ruiz, Carlos	Maluenda, Rafael
Concha, Malaquías	Martínez, Marcial
Chaigneau, Juan Francisco	Merino Saavedra, Luis
Donoso, Armando	Molina Garmendia, Enrique
Espinoza, Juanuario	Molina Núñez, Julio
Fuenzalida Grandón, Alejandro	Moraga Porras, Alfredo
González Bastías, Jorge	Novoa Valdés, Nicolás
Guevara, Tomás	Oviedo Martínez, Benjamín
Guzmán Guzmán, Ernesto Arnaldo	Parraguez, Ismael
Hederra Concha, Francisco	Prado, Pedro
Hurtado Borne, René	Ramírez, Juan Ramón
Ibáñez, Maximiliano	Riesco Larraín, José y
Lazo Torrealba, Santiago	Rodríguez Mendoza, Emilio
Lazo Baeza, Olegario	

La segunda serie estaba compuesta por los siguientes intelectuales (t. II, págs. 54, 104, 145, 204 y 274).

Alfonso, Paulino
Cabrera, Arturo
Cañas Pinochet, Alejandro
Dublé Urrutia, Diego
Errázuriz Urmeneta, Rafael
Fernández Montalva, Samuel
Fernández Peña, Carlos
Gajardo Reyes, Ismael
González González, Federico
González, Pedro Luis
Herboso, Francisco
Huneus Gana, Jorge
Huneus Gana, Roberto
Jara Troncoso, Max
Labarca Hubertson, Guillermo
Larenas, Edmundo
Lenz, Rodolfo

Lillo, Samuel
Marín Vicuña, Santiago
Maza, José
Molinari, Nicanor
Medina, José Toribio
Muñoz Medina, Guillermo
Ortiz Wormald, Enrique
Polanco Casanova, Rodolfo
Porter, Carlos
Risopatrón Sánchez, Luis
Rojas Molina, Armando
Rojas Segovia, Juan
Silva Arriagada, Luis Ignacio
Silva Cortés, Romualdo
Silva Lezaeta, Luis
Tondreau, Narciso y
Valenzuela, fray Pedro Armengol

Las bibliografías de los individuos que se han nombrado eran las anticipaciones de la gran obra en que trabajaba Vaisse. Entre 1912 y 1914 realizó una impresionante labor de revisión en todas las fuentes de la bibliografía chilena para obtener de cada escritor sus escritos y este campo debió ampliarlo a las historias generales y especiales del país desde sus orígenes hasta los días que alcanzaba. Aunque Vaisse fue sistemático y metódico en la compulsión de esas fuentes y sus secretarios honradamente secundaron sus propósitos, en verdad, la bibliografía general que iba a acometer estaba llamada a tener vacíos serios, informaciones incompletas, precipitación en los datos. La obra que se había propuesto emprender no podía resolverse en unos cuantos años. Requería maduración en el tiempo. En una *Advertencia* muy corta, dio a conocer el plan a que se ajustaría la *Bibliografía General de Chile*, la que comprendía desde 1523 hasta 1914, dividiéndola en dos partes: a) un *Diccionario Bibliográfico de Autores* dispuesto estrictamente por orden alfabético, y b) una *Bibliografía Metódica* arreglada por orden de materias según el Sistema Decimal empleado en la catalogación de la Biblioteca Nacional de Chile. “En la primera parte —decía Vaisse— figurarán no sólo los autores chilenos, sino también los extranjeros que hayan publicado obras en Chile o cuyas obras, sea cual fuere su idioma o lugar de publicación, se relacionen con Chile. En la segunda parte, o sea en la *Bibliografía Metódica*, esas mismas obras figurarán cada cual en el sitio que les asigne la clasificación decidida. Excusado es decir que, al emplear la palabra obras, aludimos, no sólo a los libros y folletos, sino también a hojas sueltas, a periódicos, a artículos de revistas y diarios y, generalmente, a todo lo publicado en letras de molde”.

Continúa Vaïsse: "No se me oculta que esta empresa, sobre ser de largo aliento, pertenece al número de aquellas en que la perfección es tanto más difícil de alcanzar cuanto más necesaria. Pero, habiendo puesto de mi parte todo el esfuerzo de que soy capaz, la entrego al juicio de los doctos, quienes sabedores de la aridez y dificultad de semejante trabajo, se acordarán de que *Errare humanum est* y perdonarán sus imperfecciones. Conviene, además, declarar que espero y solicito la colaboración del lector en forma de correcciones, suplementos y observaciones de toda índole, los cuales serán debidamente aprovechados en el curso de la obra, o en suplemento que habrá de publicarse una vez terminada esta primera parte".

Debemos recordar todavía, que en julio de ese año de 1913, Vaïsse había-se dirigido al Director de la Biblioteca Nacional, en su carácter de Jefe de Informaciones, significándole las serias dificultades en que se veía envuelto por la falta de una bibliografía general de Chile, cuyo plan le expuso circunstanciadamente y que es necesario conocer para apreciar la magnitud de la empresa que había concebido y que nos permite estimarla de una manera clara y precisa.

"La necesidad de proporcionar al público rápidas y seguras informaciones —decía en ese escrito— me ha obligado a emprender la tarea de buscar y juntar datos que me pongan en aptitud de suplir tan sensible deficiencia. Con tal objeto, he formado una lista bastante copiosa de autores chilenos y de obras publicadas por éstos, formadas o no desde la época colonial hasta nuestros días. Asimismo, he formado una lista de los autores no chilenos que, en cualquier época o idioma, sea en libro o folletos, sea en revistas o diarios, han escrito sobre Chile o sobre personas, hechos y cosas relacionadas con Chile. Los numerosos datos que poseo sobre ambas clases de autores y publicaciones serían debidamente aprovechados si se los empleara en la preparación de las cinco obras siguientes:

1. Sería la primera un *Diccionario* de todos los autores aludidos en el párrafo anterior. Se haría a la usanza ordinaria, es decir, por orden alfabético de apellidos. En lo posible, cada artículo se subdividiría en dos secciones, *biobibliografía*, la primera y *bibliografía* la segunda. En la sección biobibliográfica figurarían los libros, folletos y artículos de revista o diario que pueden servir de fuentes para la biografía del autor. En la sección bibliográfica propiamente dicha figurarían en su respectivo orden cronológico de publicación y con los necesarios pormenores acerca del lugar de impresión, nombre de impresores, fecha, tamaño, número de páginas, etc., todas las publicaciones (libros, folletos, artículos, etc.), del mismo autor. Pero este diccionario no resultaría tan completo y útil como es posible hacerlo, si en él no se indicasen las fuentes de la biografía de las demás personas acerca de las cuales se encuentran datos en los libros, revistas y diarios chilenos. De ahí que el proyectado

diccionario haya de ser no solamente bibliográfico, sino también bio-bibliográfico.

ii. Una vez terminado el diccionario de que se trata . . . , convendría emprender la formación de otro en que figurarían los libros, folletos y artículos anónimos y seudónimos. De esta índole son, fuera de muchísimas publicaciones oficiales, otras de grande importancia, como memorias de banco, prospectos de sociedades industriales, mineras etc., que, habiéndose publicado sin firma de autor, no pueden figurar en el diccionario con que se empezaría la publicación de esta obra.

iii. En tercer lugar se publicaría una *Bibliografía del Periodismo y Diarismo Chileno* que constaría de las cuatro partes siguientes:

1º *Lista alfabética de títulos.* Cada título de Anuario, Revista o Diario vendría acompañado con los necesarios pormenores históricos y bibliográficos;

2º *Listas cronológicas* en que, para cada año, habría una enumeración exacta de la revistas y diarios publicados durante aquel año;

3º *Lista de lugares de publicación* de las revistas y diarios apuntados en la lista número 1;

4º *Clasificación por partidos* políticos o religiosos, o por idiomas y nacionalidades.

Esta bibliografía haría fácil la solución de varios problemas, como por ejemplo el averiguar el nombre y número de diarios ingleses o de publicaciones periódicas de propaganda protestante o católica impresas y circuladas en Chile en un año o en un lugar determinado.

iv. Pero, desde el punto de vista de la utilidad para Chile sería muy imperfecta la obra proyectada si a las publicaciones arriba enunciadas no se añadiese otra destinada para recoger y clasificar alfabéticamente los datos de todo orden relativos no ya a personas, sino a localidades chilenas. Esta cuarta publicación sería, en realidad, una *Topo-bibliografía* en la cual se hallaría, como en un diccionario-histórico y geográfico, la bibliografía de todas las provincias, ciudades, ríos, montañas, islas etc., de Chile acerca de las cuales algo se ha escrito.

v. Por fin, una vez llevada a buen término la publicación de las obras ya enumeradas, sería indispensable coronarlas con una *Bibliografía Sistemática* por orden de materias, en las cuales se seguiría el orden decimal adoptado para la catalogación de la Biblioteca Nacional. Esta quinta y última obra, cuya preparación sería en extremo facilitada por las cuatro precedentes, vendría a ser la clave de toda la producción intelectual chilena y permitiría descubrir en un momento brevísimo todo lo publicado sobre una materia dada”.

La obra se encontraba impresa en diciembre de 1915. Vaisse, desde julio de 1914, había vivido emocionalmente momentos terribles y angustiosos como ardiente patriota francés. Su patria se encontraba comprometida en la conflagración europea y el enemigo eterno de ella avanzaba sin

BIBLIOGRAFÍA GENERAL DE CHILE.

PRIMERA PARTE.

DICCIONARIO DE AUTORES Y OBRAS.

(BIOBIBLIOGRAFÍA Y BIBLIOGRAFÍA)

POR

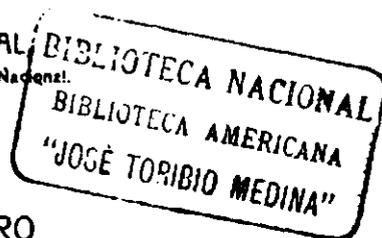
EMILIO VAISSE

PRECEDIDO DE UNA

Bibliografía de Bibliografías Chilenas

POR

RAMÓN A. LAVAL
Subdirector de la Biblioteca Nacional.



TOMO PRIMERO
(ABALOS-BARROS ARANA)

Santiago de Chile
IMPRENTA UNIVERSITARIA

BANDERA 1301

1915

vacilaciones al corazón de París. Fueron esas horas terribles de incertidumbre para el alma sensible del hijo de Francia. Sufrió, sintió amarguras, creyó destruida la tierra de sus mayores, y aunque, desde el fondo más íntimo de su corazón, creyera que una reacción monárquica —él era monárquico— pudiera salvar su pueblo, nada de eso ocurrió y la Francia resurgió por el patriotismo republicano y democrático de sus hijos, entre los cuales sobresalieron algunos que admiró: Vaïsse entonces aprendió a querer a Poincaré y a Clemenceau. Pero sufrió un profundo desengaño al confrontar cuán lejos sus ilusiones monárquicas se encontraban de la mentalidad francesa de esa etapa heroica, crucial para la Francia. La publicación de la obra que tenía entre manos, hizo menos amargas las congojas. Esta apareció con el título que copiamos a la letra. *Bibliografía General de Chile. Primera Parte. Diccionario de Autores y Obras. (Biobibliografía y Bibliografía) Por Emilio Vaïsse. Precedido de una Bibliografía de Bibliografías Chilenas Por Ramón A. Laval, Subdirector de la Biblioteca Nacional. Tomo Primero (Abalos - Barros Arana) Santiago de Chile. Imprenta Universitaria Bandera 130. 1915.* Es un volumen en 8º— de 421 páginas en total. Consta de dos portadas, la una genuina, que es la copiada y la otra que va al frente de ésta, y reza de este modo: — *Bibliografía General de Chile. Por Emilio Vaïsse, Jefe de Sección de la Biblioteca Nacional de Chile. I. Diccionario de autores y obras (Biobibliografía y Bibliografía). II. Anónimos y Seudónimos. III. Bibliografía de Diarios y Periódicos. IV. Topo-bibliografía Chilena. V. Bibliografía Sistemática de Materias. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. Bandera 130. 1915.*

Con esta portada, el autor daba a conocer lo que ya había anticipado al Director de la Biblioteca Nacional desde su ingreso a ese establecimiento en 1912, mejor dicho, desde que puso manos a la obra en el año de 1913. Hizo preceder el libro del notable trabajo de Ramón A. Laval, del cual nos ocuparemos especialmente al hablar de este autor. Con su inserción en la *Bibliografía General*, completaba idealmente sus planes. Los había iniciado a los cincuenta y dos años. Eran planes largos, difíciles, tediosos y requerían de una voluntad sin desmayo. Vaïsse la tenía recia, inquebrantable, sin una vacilación, como lo había demostrado en todas las faenas que llevó a cabo en la vida intelectual. La que ahora emprendía a una edad en plena florescencia de sus aptitudes, era avanzada para que le viera su término. Son empresas que se emprenden únicamente para darle satisfacciones al espíritu, para encontrar en ellas consuelo a los desengaños, para entretener en algo útil los primeros anuncios de la vejez y servir todavía a los semejantes.

Las ilusiones que una obra de bibliografía puede hacer concebir, para quien sabe de su transitoriedad, están condenadas a desaparecer quizá si al mismo día de su aparición, si no antes, cuando el autor ha podido ya comprobar vacíos y omisiones. Vaïsse sabía todo esto y nunca se arredró. La voluntad fue su aliado y la mejor amiga. La disciplina había formado en el sacerdocio su

carácter. Venció las pasiones físicas más fuertes y dominó las de la inteligencia. “Viniste a servir —dijo Kempis— no a mandar; persuádate que has sido llamado para trabajar y padecer, no para descansar y charlar”. La vida monástica le doblegó los sentidos, le corrigió la voluntad y le dio paz para el estudio, tiempo para la reflexión y ánimo para formarse en todas las obediencias a que fue sometido su espíritu para que alcanzara a saturarse de la sabiduría de las lenguas y culturas vernáculas de la vieja Europa. Recordamos estas circunstancias para destacar los momentos en que Vaïsse, lograda ya la gloria literaria como crítico, aspira a coronar su vocación de bibliógrafo. El material que acopió es digno de ser presentado como un esfuerzo extraordinario de investigación bibliográfica. Hizo la bibliografía de 2.568 autores nacionales o extranjeros y dio las referencias necesarias para avanzar más allá de la bibliografía misma, proporcionando casi siempre la biobibliografía. En un plan tan vasto, deben y tienen que haber errores graves, defectos apreciables, descuidos considerables. Y evidentemente los hay. Pero no por esto disminuimos la dimensión gigantesca de su tarea con una crítica menuda y pueril, señalando lunares para mediante este sistema deteriorar un espléndido conjunto. Seamos sinceros con quien fue precisamente arquetipo de esta virtud. Vaïsse afronta una obra que la supo realizar y que la habría concluido si el Estado no le hubiera restado miserablemente su concurso. Ahí están los apuntes, las notas, las fichas, las indicaciones que dejó en cantidad fantástica para darle término. También la habría perfeccionado como lo demuestran los apéndices publicados que rectifican errores, abren rumbos a nuevas fuentes y señalan, en fin, otros caminos.

Pero repetimos lo que ya hemos manifestado. La *Bibliografía General* careció de reposo. Le faltó asentamiento. Vaïsse se encontraba obligado a demostrar que sus concepciones bibliográficas eran posibles y debía asegurarse de que el Estado se encontraba dispuesto a secundarlo, facilitándole el dinero. No se olvide que ese Estado lo gobernaban analfabetos, politiqueros de club. Nadie mejor que él sabía que la investigación bibliográfica no tiene término y es un mar sin orillas. Seguramente, con un tiempo más de reposo, los elementos reunidos con tanta paciencia y dificultad se habrían completado; algunos datos, encontrado una mejor verificación; los detalles técnicos, subsanados a simple vista; la uniformidad del sistema empleado, aplicada sin quebranto; la averiguación de noticias, hecho con más seguridad, y ciertas informaciones no habrían quedado a mitad de camino. Ninguna de estas observaciones o críticas, ni todas las que se deseen hacerle, invalidan el mérito excepcional de la *Bibliografía General de Chile*. Los que hemos trabajado en la investigación histórica y bibliográfica, sabemos cuantos duros sacrificios nos imponen estas labores y como casi nunca se queda satisfecho de los resultados obtenidos. Vaïsse hizo lo que pudo. Trabajó en mejores condiciones que Medina porque éste fue un apoyo vertebral para su obra en la parte del período colonial y co-

mienzos de la independencia; encontró el campo del tiempo de la república desbrozado por Briseño y por los *Anuarios de la Prensa Chilena* (1886 - 1916), y dispuso de bibliografías especializadas. Pero, así y todo, al hacer el diccionario de autores llevó a cabo una obra incuestionablemente de interés. Vaïsse pasó con ella a ocupar un lugar destacado en la bibliografía y su nombre se une al de los maestros del género.

Últimos años. 1918 - 1935. Casi inmediatamente después de publicado en 1915 el tomo I de la *Bibliografía*, Vaïsse inició la del II en la *Revista Chilena de Bibliografía*, en pliegos anexos de 16 páginas. Alcanzaronse a editar en esta forma 217 páginas, correspondiendo las signadas con numeración romana a un *Suplemento Provisional* dividido en tres partes: I *Addenda et corrigenda*, destinada a completar los autores de la letra A (*Abalos - Ayala*) y los de la B (*Balmaceda - Barrière*); II *Lista de personajes y autores* que figurarán en el suplemento definitivo (*Abadía Méndez - Barros, Juan Agustín*) y III *Seudónimos*. El tomo II mismo de la *Bibliografía* se abre con los apellidos *Barros Baeza, Luis Felipe* y se cierra abruptamente, en la ya citada página 208, con el de *Bustos A., Julio*. ¿No se imprimieron más pliegos? El último (págs. 193-208), se registra como anexo en el N^o 3-4 de la *Revista*, correspondiente a marzo - abril de 1918. Los originales que continuaban la *Bibliografía* ¿qué suerte corrieron? Quedaron en la imprenta, desapareciendo mucho después. El índice bibliográfico de Vaïsse se interrumpe en esta parte. En este segundo tomo se incluyen 1.213 bibliografías de autores o de referencias a éstos, en total 2.568, sumando las 1.355 del tomo I.

Vaïsse vio desaparecer con un profundo sentimiento de pesar la *Revista* y su *Bibliografía General*. Quedaban interrumpidas dos obras en las cuales había puesto cuanto podía darle su brillante inteligencia, su voluntad incontrastable, su inventiva fecunda, su extraordinaria cultura. Al principio creyó que la suspensión de esas dos empresas sería momentánea, ya que la penuria fiscal así lo exigía. Pero vio correr los años y la reposición de los dineros no se consultaban en el presupuesto de la Biblioteca Nacional. Así transcurrieron siete años. Sólo en 1927, como ya se ha dicho, la *Revista* reapareció mutilada de la parte europea. Todo el elenco de sus competentes colaboradores habíase dispersado: Félix Nieto del Río servía en la diplomacia; Benjamín Oviedo Martínez no sentía ya interés por hacer índices y trabajaba en otras secciones de la Biblioteca Nacional; Julio Arriagada Herrera habíase incorporado al periodismo en *El Mercurio*. Vaïsse mismo reiniciaba la tarea lleno de expectación sobre el futuro. Tenía dudas acerca de la vida de la *Revista* dadas las crecientes dificultades económicas del país. Lo que había muerto era la *Bibliografía General de Chile*. Siguió, sin embargo, trabajando a partir de ese año de 1918 en la ordenación de los materiales de la *Bibliografía General*, pero especialmente se contrajo a darle a la Sección Informaciones una gran amplitud. Hizo

converger hacia ella, sin que lo deseara, al público serio que concurría a la Biblioteca en busca de fuentes para estudios que requerían investigación. Al mismo tiempo, continuaba con sus clases de latín en el Instituto Nacional y las ocasionales que daba en los cursos libres de la Universidad Católica sobre literatura. Cuando en 1925, la Biblioteca Nacional se trasladó de su antiguo edificio de la calle Bandera esquina sur poniente de la Compañía a su nuevo palacio en la Alameda Bernardo O'Higgins, los libros se trastocaron por la disposición de las estanterías, en cuanto al tamaño de ellos, y se perdió la correspondencia indicada como signatura en los catálogos. Se había previsto esta grave contingencia, y ella era natural en la disposición de los anaqueles de los almacenes de libros, especialmente construidos para este efecto.

La catalogación por el sistema decimal, que tantos y tantos millones de pesos representó al Erario, naufragó y con ello la obra de romanos emprendida por Ricardo Dávila, que catalogó absolutamente toda la existencia de libros de la Biblioteca Nacional. Se hacía indispensable, urgente, imperioso, la recatalogación de la Biblioteca. Ahora era el momento, ya que los libros quedaban en definitiva en un establecimiento que se le había construido especialmente. Vaïsse fue encargado de hacer esta recatalogación y se negó a emprenderla. ¿Por qué? La experiencia constante con los libros le había enseñado que una Biblioteca Nacional lo primero que debía saber era el número de volúmenes con que contaba y, dentro de la idea de volumen, si era propiamente tal el contenido de otras individualidades como folletos, hojas sueltas, etc.

Fue la primera cuestión que Vaïsse debió dilucidar. La segunda, la indicación de los tomos que contenía una obra. Por muchos que éstos fuesen, si se trataba de una obra compuesta en varios. Así, por este método, Vaïsse quería establecer la naturaleza topográfica en que iba a actuar. Necesitaba levantar la carta de navegación de su barco para determinar sus movimientos. Como siempre, sus ideas claras y luminosas, aunque a veces por excepción no fueran sensatas, las expresó en un formulario modelo que ahora hemos vuelto a consultar. Allí expresó en un sistema de columnas verticales, llenas de títulos en los cabezales, cuanto dato pudo imaginar para configurar un cuadro exactísimo de los volúmenes con que contaba la Biblioteca Nacional. Creemos que éstos arrojaron el medio millón. Obra maestra de paciencia, de experiencia, de sabiduría, esos formularios llenados con acucia por los jefes de sección de la Biblioteca, ahí quedaron arrumbados. Fatal destino. Y es curioso consignar que cuanto proyectó Vaïsse para el establecimiento, al que dio su cariño y competencia, careció de continuidad y permanencia. Además, antiguas realizaciones desaparecieron con sus innovaciones. La *Revista de Bibliografía*, al nacer, hundió el Boletín de la *Biblioteca Nacional* y ella misma desapareció.

Dio existencia a la *Bibliografía General de Chile*, que feneció en el primer

volumen, y con ello arruinó el *Anuario de la Prensa Chilena*. Ahora, obedeciendo instrucciones superiores, intentaba establecer la cantidad de volúmenes con que contaba la Biblioteca y hecho el recuento, en el momento de establecer algunas particularidades interesantes, tales como el número de volúmenes, folletos, hojas sueltas, mapas, etc., fracasaba por alguna razón de orden secundario. La Biblioteca creo que alcanzaba entonces en 1926-1927 a cuatrocientos cincuenta mil volúmenes. La misma Oficina de Informaciones, que Vaisse organizó con una extraordinaria dotación de fuentes bibliográficas, fue dispersada poco después de su jubilación. Poco antes de obtener este beneficio, se le dio en 1927 la Jefatura de la Sección Fondo General, la más rica del establecimiento, como que en ella se guardan todas las literaturas que no son ni las de los países del continente americano ni la chilena. Esa sección, prodigiosamente dotada de obras de teología, exégesis, patristica y demás, con un fondo español, francés, italiano, portugués, poderosamente rico, la había tenido a su cargo otro humanista, traductor de Esquilo del griego al español, poeta y crítico, Juan Salas Errázuriz. Vaisse encontró allí solaz y regocijo. Le correspondió también organizar algo que le llenó de satisfacción, la Sala Francia. El 18 de mayo de 1928, el Gobierno le concedió la jubilación. Se retiraba de la Biblioteca con agradecimiento y pena. Testimonio de ese afecto fue la disposición que estableció en su testamento de 19 de marzo de 1934, extendido ante el Notario Público Jorge Gaete Rojas, por el cual el texto de su manuscrito *Diccionario Hebreo - Latino*, lo legó a la Biblioteca Nacional. Lo había iniciado en años mozos, en San Pedro de Atacama y le dio término en París en la ancianidad, en 1930-1932. En la última página del *Diccionario* escribió: "Se concluyó esta obra el día 30 de junio de 1932, con gasto de mucha paciencia y cariño, mas no sin provecho, pues mientras trabajaba me olvidaba de los males de esta vida o los menospreciaba. En adelante ¿qué podré hacer para huir de aquellos males o para no hablar de ellos...? Empezaré, Dios mediante, otra obra igual, pero con mayor prolijidad".

Lo impulsó a la jubilación el deseo irresistible, irrefrenable, maniático, si se quiere, de establecerse en Francia definitivamente. La guerra de 1914, todo el período que ella duró hasta la paz de Versalles de 1918, conmovió a Vaisse hasta lo más profundo de sus cimientos morales e intelectuales, como hemos dicho. El patriotismo se enardeció hasta la fiera. Sufrió, lloró, sintió las amarguras más profundas, los quebrantos más fuertes y las penas más negras con las derrotas y desastres de su tierra.

El retorno a Francia. El triunfo de la Francia exaltó más en Vaisse, todavía, el patriotismo hasta convertirlo en una obsesión. La vuelta a la tierra gala se transformó en una pasión delirante. En su espíritu, las impresiones sufridas por las vicisitudes de la guerra obraron un cambio muy serio. "Comenzó a sentir —como agudamente lo observó Domingo Melfi— que el eje de las

grandes inquietudes estaba en Europa y que nuevos caminos se habían abierto a la humanidad. La literatura chilena le preocupó menos y su “maurrasiano” que latía en su corazón vehemente, se entregó casi por entero a las cosas europeas. Los libros chilenos comenzaron a amontonarse en su escritorio y ya su crónica semanal no fue como antes, en los primeros años, el tapete de interesantes discusiones sobre temas nacionales... El espíritu de don Emilio había cambiado de rumbo y era lógico que ese apasionado de Francia, cuya sangre hervía en sus venas, volviera la cabeza y el corazón hacia la tierra de sus mayores”. El deseo del regreso, convertido en pasión sin continencia, se acrecentó. Vaïsse hubo de liquidar su casa sencilla, amplia, cómoda y llena de sol, de la Avenida Francia 1111, en el barrio de la Avenida Independencia; deshacerse de sus libros y despedirse de amigos que lo querían y que él también amaba. Fue este el paso más duro de esos momentos. El sentimiento de su ausencia fue profundo.

El había dicho que iba a “buscar oxígeno intelectual. Allá iré, pues, a renovar mis provisiones y consagrarlas al servicio de Chile... Así pagaré en parte mi deuda a este país hospitalario, a esta tierra de amigos, donde, sin olvidar un momento a Francia, he realizado para mí la antigua máxima romana: *Ubi bene, ubi patria...*” Tenía 70 años. Nada le pesaban. Agil el cuerpo, sana y vigorosa la salud; brillante y encendida la inteligencia; impetuoso todavía en sus ideales; realizaba ahora la esperanza suprema de su vida: vivir los últimos años en su Francia y morir dejando sus huesos en ella. El Gobierno de Chile antes de partir, en reconocimiento a sus eminentes servicios, le otorgó la condecoración de la Orden del Mérito. El de Francia, ante este paso del de Chile, lo hizo Caballero de la Legión de Honor. Y una mañana de abril de 1930 partió con destino a París. Le acompañaba, con pasaje propio, personal, como un individuo, “Kim”, su perro regalón. Se alejaba de Chile después de una residencia de 34 años y éstos eran los mismos de su ausencia de Francia, la patria querida, vehementemente soñada. ¿Cómo iba a encontrarla? ¡Qué no había cambiado en ella! Se fue a vivir a los alrededores de París. Viajaba a la ciudad y excursionaba por las hermosas campiñas francesas en un automóvil propio, un pequeño Peugeot.

Son todos éstos, datos para conformar el cuadro psicológico de su carácter. Amaba a los animales y era “gatófilo” y “perrófilo”, como el decía. Fue apasionado apicultor en la hacienda de Pirque. Se demostró allí mismo diestrísimo jinete, deporte que aprendió en las exploraciones que hacía desde San Pedro de Atacama al interior de los valles, y en Calama a las regiones vecinas. Fue un notable tirador al blanco. Sus “famas” las recordaban sus amigos como legendarias. Amó la carpintería, consagrándose a ella hasta sus últimos años, construyendo de su inventiva, toda clase de muebles y artefactos para sus necesidades: estantes, atriles de lectura, mesas de lectura para la cama, ficheros, etc. Era un delicado gustador de ciertos guisos franceses populares y de

otros chilenos. El vino, si era bueno, le satisfacía y lo bebía con delicia. Cuando volvió a Francia, muchos de estos rasgos los conservaba intactos como aptitudes de su poderoso organismo físico e intelectual. Creo que no sentía devoción por la música. Otra cualidad moral de Vaïsse era el sentimiento profundo que le merecía la amistad. Se dio a sus amigos con una lealtad incontestable. Tenía muy pocos y éstos le fueron, a la vez, de una sincera consagración. Los primeros contratiempos de su permanencia en París los experimentó por la ausencia de los amigos. En 34 años de alejamiento, todos se habían ido a la eternidad. De sus parientes, tampoco quedaba ninguno.

Comenzó a caminar en un campo en ruinas, espiritualmente desolado para sus afecciones. También para sus convicciones políticas, que eran un grito en el desierto en el que proclamaba el ideal monárquico, a pesar de sostenerlo hombres del más esclarecido talento y del mayor prestigio literario.

En la pupila de Vaïsse quedaron grabadas las escenas de 1870 - 1871. A los 11 años, la máquina fotográfica de la memoria hace indeleble los cuadros materiales y morales de las angustias padecidas, y aunque el niño no las comprenda, la pesadumbre de los rostros, las penas del corazón expresadas en el abatimiento, las miradas de los ojos llenos de dolor y el desconuelo de las almas, manifestada en un duro pesimismo; todo le da a la tragedia un significado que jamás se olvidará. Vaïsse supo de la caída ignominiosa del Segundo Imperio. Sintió la derrota de Sedán. Vivió la Comuna. Le tocó asistir al nacimiento de la Tercera República. Cuando salió de Francia en 1886, tenía 26 años, es decir, había presenciado la etapa dramática, tumultuosa, expectante, de las vicisitudes de la política francesa entre la concepción republicana y la monárquica. Ya llevaba 16 años esa lucha, desde 1870 hasta 1886. Sea desde el colegio de su ciudad natal, sea desde los seminarios en que estudiaba, Vaïsse sabía y conocía el drama de su patria. La educación lo había hecho monárquico, pero cuando él dejó la Francia, lo que más inquietaba a ese pueblo, recién elegido Presidente Jules Grevy, eran las tendencias que lo dividían y que explican su historia posterior. Unos aceptaban la derrota; otros no querían olvidarla. Algunos buscaban un entendimiento con Alemania, cada vez más poderosa, debiendo Francia quedar a la zaga, en un papel secundario en Europa, pero desenvolviéndose fuera de ella en la complementación de su imperio colonial. Había otra tendencia todavía. Quiénes deseaban que la Francia desarrollara una política continental, ya que el Imperio Alemán sería siempre un peligro, más todavía cuando sus alianzas con el Austria y la Italia (la Triple Alianza), le daban gran fuerza a su espíritu antifrancés. Republicanos y monárquicos, en las diversas facciones en que se subdividían, sostenían estas tendencias. Vaïsse alcanzó a ver cómo los monárquicos sostuvieron la república inmediatamente después de la derrota. Estaba en su patria cuando ello ocurrió. Por sus antecedentes de familia, por tradición, por la enseñanza religiosa misma recibida, sabía la definición de un republicano.

La república en Francia era para los monárquicos y los derechistas, la guerra y la revolución, el desorden y la anarquía. Estas convicciones de la niñez, estas ideas maduradas en una ardiente juventud, dominaron siempre a Vaïsse. Ellas le hicieron perder la fe en la democracia. La Tercera República no era por eso de su simpatía. La odiaba. No quiso comprender que la república había salvado a la Francia de la Comuna. Que entonces el sistema fue capaz de autoridad y dominó la guerra civil en forma implacable para que ésta no volviera jamás a levantar cabeza. Una república conservadora había realizado ese prodigio y no pudieron hacerlo los monárquicos por falta de unión y también de coraje cívico. Perdieron una oportunidad que ya nunca más pudieron recuperar. Esa república, con partidos anárquicos, de tendencias opuestas, que vive en una permanente inestabilidad, que despoja a Boulanger de su temible popularidad; que impávidamente reabre el proceso Dreyfus en una Francia dividida exactamente entre partidarios y enemigos del soldado y hace justicia; que desata la lucha anticlerical y hace la reforma de la enseñanza laica para consolidar el sentimiento nacional; que teje las alianzas internacionales que elevan a la nación como una potencia capaz de contener las demasías de Alemania; esa Tercera República supo ceder y buscar en el momento oportuno el término medio, preciso, conveniente al progreso moral, material e intelectual de Francia. Los hombres que la compusieron, con Clemenceau a la cabeza, salvaron a Francia en la primera guerra mundial. Nada de esto vio Vaïsse. Pero aprendió a querer a Clemenceau. Corazón generoso, no le negó lo que le correspondía al "Padre de la Victoria". El sentimiento monárquico, a pesar de la evidencia de los hechos, no se modificó un ápice. Vió Vaïsse la historia de Francia a través de los hechos externos que parecían desgarrarla y destrozarla, pero no observó la reciedumbre de su espíritu dispuesto a renacer en la más dura, más atroz, más humillante de las derrotas. No alcanzó a la segunda guerra mundial. En 1930, el monarquismo era en Francia una curiosidad, una actitud política de derecha para punzar los gobiernos izquierdizantes, socialistas, radical-socialistas, etc., que se sucedían vertiginosamente en el gobierno. Hombres de talento dirigían el movimiento que congregaba en la *Acción Francesa* una verdadera élite intelectual, desgraciadamente castrada en la visión política. Ya en París buscó inmediatamente las conexiones con ese grupo. El primer contacto fue con Jacques Bainville, el historiador. Luego con León Daudet, Pierre Chardon y Charles Maurras. Pero era uno entre tantos de los que se acercaban a los pontífices de un pensamiento sin porvenir.

En cualquier punto de Chile, Emilio Vaïsse u Omer Emeth, era un nombre de superior categoría. Omer Emeth era el "ilustre escritor", "eminente, el crítico", una autoridad, el orgullo de los chilenos. En París, en Francia, era un nombre más, un sacerdote, un buen francés culto, entendido en letras y otras ciencias. Era un "Caballero de la Legión de Honor". La había ganado por sus servicios en la difusión de la cultura y de la civilización francesas

“en esos países eternamente revolucionados de *l’Amerique*, uno de esos tantos que allí existen”. Nada más era en su patria, en su tierra. Habría necesitado comenzar de nuevo para integrarse a las filas de la generación en que debía ocupar un lugar como en Chile. Poseía las cualidades esenciales para surgir en un sitio de esa naturaleza. Sin embargo, no le fue posible. El más francés de los franceses, el más patriota de los patriotas, se sintió como desarraigado en la tierra adorada de sus mayores.

En más de un cuarto de siglo; cuántas mudanzas en los espíritus, cuántos cambios en las costumbres, cuántas mutaciones en la psicología de los hombres! Pudo hacer amigos entre los individuos que participaban de sus ideas. Pero nunca pudo intimar con ellos. Los entrevistó, comentó sus libros, sus artículos de prensa, e ilustró con sus crónicas en *El Mercurio* al público chileno. Suman más de 130 los artículos en que habló de la vida intelectual de Francia en múltiples aspectos, deslizándose a veces, muy pocas, al campo político, sólo cuando éste alguna relación tenía con las letras. Después de la primera guerra mundial, el predominio intelectual incontrastable de la Francia en la América Latina se aflojó. Los libros franceses, las revistas, los diarios, que seguían nutriendo la intelectualidad chilena de formación y espíritu eminentemente galos y que Vaïsse como tal y como Omer Emeth, tanto había hecho por mantener su imperio, dejaron de llegar, o, por lo menos, la frecuencia se espació. Francia restañaba las heridas de la catástrofe. Su ruta espiritual con América comenzaba a surcarla otra gran nación, los Estados Unidos. Las crónicas literarias de Omer Emeth tuvieron la virtud de reanudar, intensificándolo, el contacto con el pensamiento francés. Desde este ángulo de observación de su labor crítica, se le debe evidentemente un gran servicio, una gran colaboración, al ampliar la visión de la cultura nacional cada jueves y domingo en el diario en que escribía. Naturalmente, muchas de esas crónicas aluden al movimiento monárquico francés dirigido por Charles Maurras desde 1898 y por León Daudet. Lo formaban muchos católicos, individuos de la nobleza y jóvenes de la clase media.

A los comienzos del siglo xx, ese grupo brillante por la inteligencia, por el indomable espíritu de lucha, por el coraje cívico, por la calidad notable de sus escritores, fundaba *L’Action Francaise*, diario dirigido por Maurras, exaltado nacionalista, discípulo de Augusto Comte, —Clemenceau también lo había sido— poco creyente en el cristianismo, si bien fundara en el catolicismo el legado de Roma a la cultura francesa. Vaïsse fue lector de ese diario casi desde su nacimiento. “Yo soy lector de *L’Action Francaise* “ab initio”, es decir, desde antes que fuera diario, cuando todavía era una humildísima revista mensual —escribía en 1926— vestida de gris. Esto no me rejuvenece. Hablo de veinticinco años, por lo menos”. Jamás dejó, en verdad, de leerla, y lo hacía con inefable gozo porque allí veía el espejo de sus ideas y la exposición de ellas traducidas en el mejor lenguaje francés de su tiempo, con belleza, gracia,

ironía, franqueza, sentido del humor, ardiente espíritu polémico, grandeza en la concepción de las cosas. Lo mejor del espíritu galo estaba allí en esa hoja de combate. Su condenación por el Papa en 1926 —por las ideas de Maurras en cuanto ortodoxia— fue para Vaïsse una terrible pena. Se sintió intelectualmente herido. Pero católico de verdad, de profunda e incommovible fe, disciplinado férreamente en sus creencias, aceptó sin reparo alguno la orden del Papado que prohibía la lectura de la *Action Francaise*. Suscrito a ella, no leyó más sus números y a su librero le pidió le recortara de su suscripción los artículos de crítica literaria. Los números del periódico que habíanse acumulado en su escritorio, ordenó quemarlos, porque no quiso que circularan. Esa era la entereza moral de Vaïsse. Y al propio tiempo es digno de admirarse la independencia de su criterio. Léanse los párrafos de estas cartas: “El clero —escribe— no es ni sombra de lo que era cuarenta años atrás. Antes era demófilo, ahora es demócrata. En estos precisos momentos, en el departamento del norte, fomenta, en unión con los comunistas, una huelga enorme contra los patronos de esa región, los cuales ya tenían organizados los Seguros Sociales en provecho de todos. Habían instituido un “premio de fidelidad” para los obreros que seguían trabajando en la misma fábrica. Año tras año el premio aumentaba. Merced a ello, no había huelgas. Y, además, los seguros funcionaban admirablemente sin intervención del Estado. Ahora, con la nueva ley de Seguros Sociales, todas las instituciones de seguros anteriores quedaron supresas. Y, ¿sabe Ud. en qué se funda el clero para combatirlos? Se funda en que el “premio de fidelidad” es atentatorio para la dignidad y la libertad del obrero. Esos patronos están en una situación ridícula, pero trágica: premian una virtud cristiana y los intérpretes oficiales del cristianismo les salen observando que ese premio constituye un atentado a la dignidad humana. El gran doctor en esta materia es el Cardenal Obispo de Lille, recién creado por el Papa para premiar su democratismo. ¿Entiende Ud. . . . ? Lo que yo entiendo es que con eso quieren adquirir influjo político haciéndole la corte al populacho e imitando a los politicastos profesionales, explotadores del pueblo. La conclusión será que mañana esos Padres de la Iglesia nos enseñarán el colectivismo, forma decente del comunismo. Pero no advierten que si el colectivismo es una forma católica de la sociedad, la Iglesia, que combatió durante casi cien años el socialismo (acuérdesse Ud. de Saint-Simon, Lamennais y otros), ha faltado a sus deberes de madre y maestra por casi un siglo. Es un dilema . . .”.

Juzga los errores de los jerarcas de la Iglesia: “Los errores político-religiosos en que han incurrido aquellos jefes —decía— han sido numerosos y graves, especialmente desde el siglo xvi. Ejemplo: el caso del luteranismo en Alemania y del anglicanismo en Inglaterra. La famosa agudeza de la no menos famosa diplomacia pontifical no sirvió. Acuérdesse de la frase de León x a propósito de Lutero: Pelea de frailes. Y ¿en el siglo xviii? ¿Ganó algo la Iglesia con la supresión de la Compañía de Jesús? En el siglo xix ¿qué ganó Pío ix

con su intransigencia para con Italia? Sobre esto, el actual Pontífice debe tener opiniones interesantes después del tratado con Mussolini y de la conversión de "Roma" en "Ciudad del Vaticano", una ciudad de dos o tres cuerdas cuadradas. Ud. cree que el mundo va hacia el socialismo y yo también creo que eso no se evitará si todas las instituciones se dejan, por convicción o cálculo, seducir por aquel absurdo sistema que da al punto de vista material el predominio absoluto sobre el espiritual. Y además ¿a quién se le ocurre que el socialismo no deba necesariamente chocar con el catolicismo? Dos autoridades no pueden coexistir. El uno eliminará al otro y, dado el actual estado del catolicismo, no creo que sea capaz políticamente de domeñar, bautizar (es decir, suprimir) el socialismo. Lo que se conseguirá con concesiones doctrinales y morales será vivir o más bien "vivoter" un tiempo más. Bonito resultado. Los obispos, en tiempos de las invasiones bárbaras, salvaron al Occidente. Hoy se preparan a entregárselo a Moscú con bendiciones especiales e indulgencia plenaria. Esto, mi querido amigo, me amarga la vida y no sólo la actual sino también la pasada. Si la política religiosa de hoy es la verdadera, fuimos engañados nosotros cuando jóvenes, puesto que entonces se nos enseñó que catolicismo y socialismo eran incompatibles. Verdad ayer y error hoy. Eso no es para mis tragaderas".

Encontrándose en París en 1932, le escribía a un amigo francés de Santiago, Maurice Carpentier. "¿Y la *Acción Francesa* me preguntará Ud. Mi querido amigo, estoy más adicto a ella (a la Asociación) que nunca y mientras más se la combata, más me siento a su lado. Pero vea Ud. hasta donde llega la guerra que se le hace. Por ser sacerdote, no puedo proceder como querría. No hay que hacerse ilusiones, mi querido amigo, la Santa Inquisición está alerta mucho más que otras veces. Sobre los laicos ella casi nada puede. Pero sobre un sacerdote lo puede todo, hasta matarlo, no como en otras épocas, pero de un modo más eficaz, deshonorándolo. Y a ese respecto no hay que olvidar que hoy el menor desliz público en cuanto a la *Acción Francesa*, un sacerdote es amonestado por su obispo y si de nuevo lo denuncian, gracias a los esbirros eclesiásticos, se produce la suspensión inmediata. Y un sacerdote suspendido de sus funciones es un mal sacerdote, tenido por tal por todos los que lo conocen, y no me extrañaría saber que aún para la *Acción Francesa* sea una persona no grata. Ahí tiene Ud. el panorama... De esta suerte, aunque en los alrededores de aquí hay algunos sacerdotes amigos de la *Acción Francesa*, no he querido entrar en relación con ellos. Son estas regiones inseguras... Quiero la paz y tanto como sea posible, el honor. En San Germain me limito a decir mi misa en la parroquia real, saludo en la sacristía a los señores sacerdotes con la mayor gentileza y vuelvo a mi casa, donde el *Diccionario* me espera". Después, le abría otra vez el corazón a su amigo y le decía: "Por lo demás, no teniendo la *Acción Francesa* propaganda fuera de Francia o de los países de lengua francesa, ¿para qué le serviría? Cuando llegué a París le ofre-

cí mis servicios a M. Maurras, quien los aceptó muy amablemente, pero después no ha dicho nada. En francés, nada le falta, como bien lo sabemos Ud. y yo, y así no puedo serle de ninguna utilidad.

“En cuanto al Catecismo maurrasiano, he renunciado a él porque, con o sin razón, he creído comprender que a Maurras no le interesa. Además, si alguien debe hacer este trabajo, es él y ninguno otro. Desgraciadamente, este hombre, tan laborioso como genial, tiene sobre sus hombros una tarea inmensa. Este Catecismo en el cual cada palabra debería (en vista de sus enemigos de toda laya) ser discutida, analizada y pesada, resulta un trabajo abrumador. En todo caso, los elementos están en el *Diccionario*, que es una mina. Ud. me habla de traducirlo. No querría otra cosa, pero ¿para qué?”

“La propaganda de la *Acción Francesa* en países de lengua española es inexistente. La traducción no serviría de nada.

“Como Ud. lo ve, mi querido amigo, mi situación en cuanto a la *Acción Francesa* es clara. Soy como el Nicodemo de que habla el Evangelio después de la muerte de Cristo: por miedo a los judíos (¡y cuántos cristianos lo son!) debo quedarme en mi rincón.

“Es muy interesante lo que Ud. me dice acerca de los medios de convertir en francos todo o parte de los pesos que tengo en Chile y que allí están congelados. Me haría Ud. un gran servicio si en una próxima carta diera detalles prácticos al respecto y me dijera como puede esto realizarse. Soy muy ignorante en tales materias, de modo que no tema en extenderse demasiado en lo que allá llaman “minuciosidades” o “nimiedades”. Si aquello se realiza, le quedaría muy reconocido”.

No tuvo la suerte de ver en vida el decreto del Papa Pío XII que levantó la condenación de *L'action Francaise*, dado en Roma el 10 de julio de 1939. La existencia le negó esa dicha espiritual. Pero el monarquismo de Vaisse en nada sufrió con este grave, gravísimo contratiempo. ¿Cuál era el contenido de ese sentimiento monárquico? Hablando de otro francés ilustre, de transcendental influencia en nuestra cultura científica y en la histórica, al referirnos a Claudio Gay, anterior a Vaisse, y cuya actuación se realiza en la mitad del siglo XIX, al desentrañar las ideas políticas del naturalista, escribimos estas palabras que rigurosamente pueden aplicarse a Vaisse por su congruencia ideológica: “Ser conservador para un francés del siglo de Gay —dijimos entonces— era sentir la tradición del alma francesa creadora de una civilización, de un espíritu cultural, que se definió como la de la mentalidad griega y que llegó a expresarse en un aforismo que decía: “Lo que no es claro no es francés”, así en las ideas, en la literatura, en las ciencias, las artes y las letras. En fin, en cuanto creó ese pueblo. A fuerza de defender esa tradición, el francés conservador se hizo autoritario y Gay participaba de esta doctrina, sosteniendo que la acción del Estado debía ser enérgica en sus decisiones y filantrópica en la protección del ciudadano, pero sin llegar a enervar su voluntad, antes por el

contrario, el autoritarismo debía levantarle la virtud —así le llamaba— de la responsabilidad. El sentimiento muy vivo de la tradición, la convicción de que la autoridad fuerte hace siempre benéfica la obra del gobierno y la necesidad de proteger la sociedad contra los avances de la demagogia de los falsos defensores del pueblo, hicieron de Gay un monarquista. Las afecciones monárquicas tenían para Gay, como para muchos de los compatriotas de su tiempo, una simbolización en la casa de los Orleans. Luis Felipe había realizado un gobierno fecundo, próspero, sin guerras ni grandes ni pequeñas complicaciones en el campo internacional. A la sombra de una paz benéfica, la Francia se había repuesto de los males que le dejara el ciclo napoleónico y de las humillaciones que debió sufrir durante el reinado de Luis XVIII. La familia de los Orleans, representada en sus más caracterizados príncipes, poseía, según creía Gay, las cualidades de mando adecuadas para llevar a cabo la felicidad del pueblo, porque también poseía la ilustración necesaria capaz de dar el buen discernimiento que reclaman los asuntos públicos. Los consideraba, además, dotados de tino político. En el gobierno, las excelencias de ese don exquisito lo habían demostrado en el régimen de paz exterior en que mantuvieron a Francia, en la convivencia, en los asuntos religiosos como en los eclesiásticos, en la tolerancia para mantener en la sociedad los hábitos y costumbres de todas clases, proporcionando la familia de los príncipes el ejemplo de una vida sencilla, hacendosa, contraída al cuidado del hogar. Daban así la impresión de una realeza en que el sentido democrático era sincero y leal". Habrá que agregar, para comprender el por qué Gay y los franceses provincianos campesinos sentíanse identificados con los Orleans, debido a que en esta familia veían el propio retrato de lo que ellos eran, el ideal de la burguesía de que formaban parte, tal como la herencia de los antepasados, aún con el sacudimiento de la revolución de 1789, les imprimió indeleblemente en el fondo de sus conciencias conservadoras. Gay distaba considerablemente de simpatizar con el segundo imperio. Despreciaba a Napoleón III y odiaba a su Gobierno.

Había visto Vaisse como se había derrumbado el segundo Imperio y la ignominia de la derrota que le había causado a Francia. Más lejos iban sus odios. La Revolución Francesa la detestaba. La Tercera República le parecía un absurdo. ¿Por qué? Las aparentes caídas de Francia las atribuía a los republicanos. El sufragio universal, la pérdida de la disciplina social, el quebranto cultural, el parlamentarismo, las luchas religiosas, las disposiciones anticonfesionales, la supresión de las órdenes religiosas, parecíanle los males irreversibles ocasionados por la democracia republicana. Su pensamiento queda expuesto a través del de su compatriota Claudio Gay, pero no puede olvidarse que Vaisse era un sacerdote y que cargaba con el peso tremendo de lo que la tradición le impuso como un dogma, en cuanto a la veneración de lo tradicional. Amaba la individualidad y despreciaba las masas. No era por cierto un retrógrado. Con una autoridad fuerte y paternal era posible realizar el

progreso social y la elevación de los desvalidos de la fortuna. Miró en Chile con simpatía las reformas sociales introducidas en el curso de su evolución desde 1920, y aún apoyó el derecho a voto de las mujeres.

Regreso a Chile. La muerte. Muy poco antes de salir de Chile en 1930, Vaïsse había dicho: "Razones de corazón me traerán de nuevo a esta segunda patria mía". Tres años duró la ausencia. Si desde el punto de la afeción íntima, personal, del más profundo sentimiento, Vaïsse tuvo la satisfacción de ver nuevamente su tierra en la materialidad de su hermoso paisaje, representado en el cielo, en la campiña, en el río, en el bosque, en las costumbres, en todo lo que evoca lo que se quiere y en la visión esplendente de París y de sus ciudades particularmente características, algo hubo que lo desacomodó, y ese algo fue sentirse desarraigado en su medio, solitario en el ambiente. En San Germain, cerca de París, se encontraba aislado del mundo de que quiso formar parte. A Hernán Díaz Arrieta, le decía: "En cuanto a mí, mi querido amigo, vivo como el ratón de la Fontaine, metido en mi queso, que desgraciadamente no es de Holanda, pero tal como es, basta a mis necesidades fundamentales. Vivo tranquilo y practico una filosofía menos optimista, pero tan resignada como la de Cándido. Sé ahora que la felicidad es cosa que depende de nosotros, del *yo* y de nada más. A condición de no darle a esta palabra felicidad un sentido excesivo, uno puede sentirse casi feliz. Ud. conoce Saint Germain, su parque real y su bosque. Más de una vez Ud. habrá recorrido sus alrededores. Sabe, por lo tanto que es un sitio ideal. Influenciado por su suavidad —yo por lo menos— se llega a pensar sinceramente que es un lugar mejor que cualquier otro, para vivir y aún morir dulcemente. Me alegro de haber traído alrededor de 2.000 volúmenes de mi biblioteca. Estos libros, más los del señor Cuevas, que son de mayor cantidad, bastan para hacerme compañía. Por sexta o séptima vez, me he puesto a seguir un trabajo que me ocupó en Chile desde 1899. Es un *Diccionario Hebreo-Latino*, según un método original mío y que a nadie se le ha ocurrido poner en práctica. Pasé un año en rehacer la última edición chilena (manuscrita), de este trabajo y ahora la corrijo y la completo leyendo la Biblia hebraica, palabra por palabra, de manera de no dejar sin explicación o solución la menor dificultad gramatical o filológica. Y ahí tiene Ud. que he encontrado mi "dada". A caballo en él me paseo todo el día como un niño feliz de cabalgar en un palo de encina. Si tuviera plata publicaría este trabajo nada más que para ver la cara que pondrían los hebraizantes de la Sorbona, del Colegio de Francia o de Alemania. Lástima que mis pobres dineros, economizados con tanto y tan largos esfuerzos, están hoy —y no sé por cuanto tiempo— bloqueados en Chile".

Comenzó a sentir la nostalgia de Chile, la de sus amigos y echar de menos la consideración con que se le distinguía. También los recursos económicos fueron cediendo. La dificultad de obtener el envío del dinero de la jubila-

ción, se le hizo cada vez más difícil. Hubo de entenderse con un chileno de corazón que le ofreció llevarlo a su casa entregándole la administración de ella. Se llamaba Jorge Cuevas (1887-1961), el Marqués de Cuevas, casado con una nieta de Rockefeller, autor de una novela publicada en Chile en 1912, *El amigo Jacques*. La contextura física del gran humanista había decaído. A su Francia amada había ido —como él lo dijo— en tiempos inseguros. Valía más volver a Chile donde todo era grato y él era grato a todos. No cabía vacilar. Decidió el regreso a comienzos de marzo de 1934 y se instaló en Santiago, en una sencilla pero cómoda casa de la calle Inés Palma. Volvió a sus labores habituales como escritor de *El Mercurio*. El primer artículo publicado a su regreso fue consagrado al estudio de *Las Mejores Páginas de Marcel Proust*, seleccionadas y prologadas por Alone. Son los libros franceses y chilenos los que caen bajo su crítica generosa, amplia, afectuosa y animadora. Más los franceses que los chilenos.

Su última *Crónica Bibliográfica* fue dedicada al libro del Profesor del Colegio de Francia, Bernardo Fay, *La Franc-Maçonerie y la Revolución Intelectual del siglo XVIII*. Apareció en *El Mercurio* de Santiago el jueves 1º de agosto de 1935. La salud le había ya abandonado desde hacía algún tiempo. Se debilitaba, se le arrancaba la vida. Apenas llegado a Santiago le vimos entero, pero con un dejo de cansancio. Vibrante la conversación, lleno de entusiasmo. Eran los lampos engañosos de una naturaleza que se agotaba. Se le descubrieron síntomas de paludismo contraído seguramente en el Perú. A cada momento disminuían las horas de su existencia. Un día dejó de latir el gran corazón, afectado por una bronconeumonía. Era un viernes 27 de septiembre de 1935. Tenía 75 años. Toda, absolutamente toda la prensa chilena, así los diarios como las revistas, le rindió un homenaje de gratitud impresionante y conmovedor sin distinción de credos confesionales ni políticos. Los católicos fueron los menos impresionados por el fallecimiento del adalid de la cultura chilena vaciada en un molde francés como él la quiso. El homenaje se extendió a la perduración de su nombre. La calle contigua en que vivió, llamada "Eucaliptus", recibió el suyo: "Emilio Vaïsse". La Biblioteca Nacional lo admira en un retrato. La Francia, ¿qué hizo . . . ? Nada. Cuando en la primera Guerra Mundial, Vaïsse en defensa ardiente de su patria fue el conductor de los ideales galos en Chile, el propagandista más activo, inteligente y bullente de la causa francesa, el Gobierno de ese país, triunfante ya en 1918, no se acordó de Vaïsse. Repartió medallas, condecoraciones, cordones y no supo del sacerdote francés. Ahora, en el momento de su muerte, lo ignoró y creemos que sigue ignorando que hubo un francés llamado Emilio Vaïsse. En 1930, le dio la Legión de Honor, porque Chile le había concedido la Legión del Mérito por sus servicios a la cultura nacional.

Sentí con amargura su lejanía y aún todavía la siento. En una ocasión, le rendí un sincero homenaje al escritor en una obrilla mía acerca de *Las Publicaciones*

de la Biblioteca Nacional, Santiago de Chile, 1964. Escribí estas palabras: "Conocí a Emilio Vaisse cuando me iniciaba en la carrera de las letras, hace 51 años, o sea, en 1917, en plena juventud. Le debo consejos que me han orientado. Le debo más todavía: haber hecho más intensa mi vocación, asegurándola con su entusiasmo al sentir su generoso apoyo. Mis primeros escritos los recibió con una benevolencia estimulante".

La Biblioteca la honró con su nombre y con su erudición. Juan Salas Errázuriz, Ricardo Dávila Silva, Ramón A. Laval y Emilio Vaisse fueron los representantes de la cultura clásica en ese establecimiento. El humanismo se personificaba en ellos. En ellos vivía la lengua griega y la latina, la sánscrita y la hebrea. En ellos estaba atesorado el conocimiento profundo de esas literaturas. Además, eran exégetas y filólogos. En Emilio Vaisse, francés, al fin, toda esa inmensa sabiduría tenía vibraciones comunicativas. Inspiraba para entregarse a su conocimiento como él lo hacía en sus averiguaciones universales. Era difícil resistirse a no seguirlo porque su ciencia tenía el maravilloso don de seducir desde el primer momento la curiosidad que despertaba su conversación chispeante, sana, de un humor alegre que convidaba al diálogo con el cual uno se tornaba prisionero, primero de su bondad, luego de su ciencia tan profundamente humana y, por último para penetrar en lo que su curiosidad había sabido despertar. Emilio Vaisse dejó en la Biblioteca, como ya se ha visto, una huella con las publicaciones que hizo para ella, huella honda, maciza, transcendental. Esa obra pide a gritos que se la continúe.

Cuando se cumplieron en 1960 los cien años de su nacimiento quise como Director del servicio evocar al hombre esclarecido que lo honró. Era un acto de justicia. Desde que Emilio Vaisse dejó la Biblioteca, el mundo clásico ha quedado allí huérfano. ¿Huérfano? Languidece en las sombras. Se le rindió el homenaje con que lo honró la Biblioteca Nacional. Hablaron Eduardo Moore Montero, Ministro de Educación Pública, Carlos Vicuña Fuentes y yo, todos sus amigos. De ese recuerdo a su memoria quedó algo más. Hice compaginar un volumen con el siguiente título: *Emilio Vaisse. Omer Emeth. Estudios críticos de Literatura Chilena. Homenaje de la Biblioteca Nacional al autor en el Centenario de su nacimiento (1860 - 1960). Ediciones de la Biblioteca Nacional*. Fue editado por los Talleres de la Editorial Nascimento en un volumen en 8º de 540 páginas en total. Las que llevan numeración romana corresponden a los estudios de Alone, *Recuerdos de Omer Emeth* y de Eduardo Moore Montero, *Don Emilio Vaisse en la evolución de las letras chilenas*. Las páginas de Omer Emeth que aquí se recogen son las que escribió como crítico literario de "El Mercurio".

Quiero recordar al concluir esta semblanza de Emilio Vaisse que meses antes de su fallecimiento, en enero y febrero de 1935, dedicó dos largos artículos a unos libros míos, al estudio crítico acerca de *Barros Arana historiador* y al ensayo bibliográfico sobre la producción literaria de Ricardo Palma.

Referencias. La bibliografía de todos los escritos de Emilio Vaisse —alcanzan en total a 2.668, incluyendo los libros y folletos— ha sido hecha magistralmente por Marina Yutronic Cruz en su libro intitulado: *Presencia de Omer Emeth en la Literatura Chilena y su Magisterio Crítico*, publicado por la Imprenta Chile en Santiago en el año 1955. Es un volumen en 4º de 117 páginas en total, siendo tirada aparte de los *Anales de la Universidad de Chile*. Siendo Secretario General de esa Corporación, nos correspondió dar a luz esta valiosa contribución al estudio y conocimiento del crítico francés. Lleva un prólogo de Alone, Hernán Díaz Arrieta. La introducción de la autora comprende los rasgos biográficos de Vaisse y la apreciación de su obra. Es una valiosa contribución de carácter general. La bibliografía de Vaisse se inicia en la pág. 38. Artes, proporciona la autora una buena biobibliografía del escritor. Registra 43 títulos de interés, que omitimos aquí por estar allí consignados. Muchas de las informaciones de Yutronic Cruz, las hemos aprovechado en este estudio. Completamos esa biobibliografía con las siguientes aportaciones.

1911. DONOSO ARMANDO

—*Los Nuevos. (La joven Literatura Chilena)* F. Sempere y Compañía, Editores. Valencia.

16º— XXIII de introducción, continuando el texto en la pág. 26 hasta la 236 más una de índice. Véase el estudio sobre Omer Emeth en la pág. 127. *La Crónica Bibliográfica Semanal* del escritor publicada en “El Mercurio” el 19 de noviembre de 1911, lleva la fecha indicada y la dedicatoria de Donoso a Enrique Molina y Alejandro Venegas está suscrita en abril de 1912. La crítica de Donoso para Vaisse es irreverente.

1913. VEGA, DANIEL DE LA

—*Entrevistas literarias. XIII Con don Emilio Vaisse (Omer Emeth).*

Véase: *Zig-Zag*. Santiago de Chile, 18 de enero de 1913.

1915. LAVAL, RAMON A.

—*Bibliografía de Bibliografías Chilenas (De la Revista de Bibliografía Chilena y Extranjera)* Tirada de 100 ejemplares. Santiago. Imprenta Universitaria. 1915.

4º— 71 págs., a dos cols. Es tirada aparte de los núms. 1 a 5 del año III de la *Revista de Bibliografía Chilena y Extranjera*, que se antepuso como introducción a la *Bibliografía General de Chile*, tomo I, de Emilio Vaisse; consúltese las págs. 332.

1917. URZUA, MIGUEL RAFAEL

—*El Pbro. D. Emilio Vaisse y el Lacuncismo. Respuesta del Pbro. D. Miguel Rafael Urzúa. Publicación hecha por J. S. M. en defensa de Lacunza.* Santiago de Chile. Imprenta El Progreso. 1917.

16º— 35 págs. Respuesta al folleto de Vaisse intitulado: —*El Lacuncismo. Sus antecedentes históricos y su evolución.* Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1917. 8º— 90 págs. Fue publicado primitivamente en la *Revista Chilena* de Enrique Matta Vial, tomo I, núms. IV y V, julio y agosto de 1917.

1919. NIETO DEL RIO, FELIX

— *Un crítico francés en América.*

Véase: *Revista Chilena*. Fundada por Enrique Matta Vial, tomo VII, Santiago de Chile, 1919, pág. 277.

1921. PINTO DURAN, CARLOS

— *Diccionario Personal de Chile*, obra de consulta publicada por la Compañía Editora. Santiago de Chile. Imp. Claret. 1921.

8º— 255 págs. en total.

1930. ELGUETA DE OCHSENIUS, HERMINIA

— *Biblioteca Nacional. Suplemento y Adiciones a la Bibliografía de Bibliografías Chilenas que publicó en 1915 don Ramón A. Laval. Por..... De la Biblioteca Nacional.* Imprenta Cervantes. Santiago de Chile. 1930.

8º— 71 págs. Utilísima para seguir la obra bibliográfica de Vaisse.

1931. ALONE (DÍAZ ARRIETA, HERNÁN).
- *Panorama de la Literatura Chilena durante el siglo xx*. Editorial Nascimento. Santiago 1931. Chile.
- 8°— 182 págs. + 1 en bl. Sobre Omer Emeth, pág. 143. En el curso del texto, varias referencias al crítico.
- FIGUEROA, VIRGILIO
- *Diccionario Histórico Biográfico y Bibliográfico de Chile*. Por (Virgilio Talquino) 1800-1931. Tomo v y último. Establecimientos Gráficos Balcells y Cía. 1931, Santiago de Chile.
- 4°— La signatura de las páginas empieza en la 595 y concluye en la 1226, o sea, el volumen comprende 621. En las págs. 957, 958, se encuentra la biografía de Vaïsse.
1933. SILVA CASTRO, RAUL
- *Fuentes bibliográficas para el estudio de la Literatura Chilena*. Tirada aparte de los *Anales de la Universidad de Chile*. Santiago. 1933.
- 4°— XIX más 271 págs. Alcanza hasta 1931 inclusive.
1934. AMUNATEGUI SOLAR, DOMINGO
- *Las Letras Chilenas*. Texto recomendado por la Dirección de Educación Secundaria. Segunda Edición. Editorial Nascimento. Santiago. 1934. Chile.
- 16°— 379 págs. Véanse las págs. 370-371. Dice de Vaïsse: "Es el verdadero organizador de la crítica literaria entre nosotros".
1936. AMUNATEGUI, GABRIEL; VICUÑA FUENTES, CARLOS
- *Homenaje de la Biblioteca Nacional a la Memoria de don Emilio Vaïsse*..... Editorial Nascimento. Santiago 1936. Chile.
- 8°— 76 págs. más una de índice y 3 en bl. Los puntos suspensivos son indicativos de la siguiente leyenda de la portada que dice así: I. La obra bibliotecaria y bibliográfica de D. Emilio Vaïsse, por el Director de la Biblioteca Nacional D. Gabriel Amunátegui. II. Semblanza de D. Emilio Vaïsse por D. Carlos Vicuña Fuentes. III. Gustavo Flaubert por D. Emilio Vaïsse.
1947. LILLO, SAMUEL A.
- *Espejo del Pasado*. *Memorias Literarias*. Nascimento. Santiago. Chile. 1947.
- 8°— Retrato y firma del autor. 424 págs. Dice al hablar del Ateneo: "Entre estos viejos amigos del Ateneo, están los directores de diarios, críticos y cronistas que van a continuación: en "El Mercurio", don Guillermo Pérez de Arce, don Carlos Silva Vildósola, don Clemente Díaz León, don Armando Donoso, y don Emilio Vaïsse (Omer Emeth), que no sólo nos ayudó con sus comentarios, sino que tuvo la gentileza de subir a la tribuna de Bilbao y leer trabajos como cualquier laico de la institución.
1952. LILLO, SAMUEL A.
- *Literatura Chilena*. *Obra aprobada por la Facultad de Filosofía y Humanidades y adaptada para la enseñanza de los Establecimientos de Instrucción secundaria*. Séptima edición. Editorial Nascimento. Santiago. 1952. Chile.
- 16°— 304 págs. en total. A nuestro juicio, el de Lillo sobre la obra crítica de Vaïsse debe tenerse presente en una apreciación general.
1954. DUSSEL, FRANCISCO
- *Historia de la Literatura Chilena*. Santiago. 1954.
- 8°— 431 págs.
1956. TORRES RIOSECO, ARTURO
- *Breve historia de la Literatura Chilena México*. 1956.
- 8°— 176 págs.

1958. ANONIMO.
 — *Diccionario de la Literatura Latinoamericana. Chile. Unión Panamericana. Washington, D. C. 1958.*
 4º— x 234 págs. 197-199. Suscrita: R. S. C., o sea, Raúl Silva Castro, la biografía y la apreciación de su obra.
1961. ALONE (Díaz Arrieta, Hernán)
 — *Recuerdos de Omer Emeth.*
 Véase: Emilio Vaisse. Omer Emeth, *Estudios críticos de la Literatura Chilena. Editorial Nascimento. Santiago. 1961. Chile.*
 Págs. v a XIX. Las cartas dadas a conocer por Alone son reveladoras de la personalidad del crítico.
- MOORE MONTERO, EDUARDO
 — *Don Emilio Vaisse en la evolución de las letras chilenas.*
 Véase: el mismo volumen anteriormente citado.
- SILVA CASTRO, RAUL
 — *Panorama Literario Chileno. Editorial Universitaria. S. A. Santiago de Chile. 1961.*
 8º— 570 págs. En las págs. 497-499, una semblanza de Vaisse y una apreciación crítica excelentes.
- LAVAL M., ENRIQUE
 — *Recuerdos del Capellán del Hospital de San Vicente de Paul, Pbro. D. Emilio Vaisse.*
 Véase: *Anales Chilenos de Historia de la Medicina. Santiago de Chile. Año III; 1961. Vol. único.* Págs. 311-357. El mejor estudio sobre la personalidad moral de Vaisse, escrito hasta ahora.
- VAISSE, EMILIO
 — *Dos cartas. (A Juan Enrique Lagarrigue). Santiago, 25 de julio de 1929 y a Maurice Carpentier, París 31 de marzo de 1932.*
Revista Chilena de Historia y Geografía, Santiago de Chile, N° 129, págs. 23-29.
 1962. ALONE (Díaz Arrieta, Hernán)
 — *Historia Personal de la Literatura Chilena. (Desde Don Alonso de Ercilla hasta Pablo Neruda). Segunda Edición. Zig-Zag. (Empresa Editora Zig-Zag). Santiago de Chile 1962.*
 8º— 669 págs. Véase el juicio de Alone en las págs. 315-318.
1964. FELIU CRUZ, GUILLERMO
 — *Las Publicaciones de la Biblioteca Nacional. 1854-1963. Editorial Universitaria. Santiago de Chile, 1964.*
 4º— 81 págs. con numeración romana. Se hace la historia y la descripción bibliográfica de la *Bibliografía General de Chile*, pág. xv y de la *Revista de Bibliografía Chilena y Extranjera* en su primera época y de esta misma en su segunda, o sea de 1913 a 1918 y de 1927 a 1929.